Los cabrones del Señor Cura.

En un lugar de corto vecindario, como hay tantos en España, y que aun cuando situado en una feráz y abundante campiña, por desgracia de sus vecinos era pobre, pobrísimo, pues la mayor parte de las tierras pertenecian á un señor Conde, Grande de España, que en la córte consumia sus rentas, uno de cuyos antepasados, capitaneando á sus siervos se habia apoderado de aquel territorio, arrojando de él á los moros, como siglos antes estos habian arrojado á su vez á los godos, y los godos á los romanos. Seria cuento de no acabar sino propusieramos entrar en estos pormenores históricos, cuyo exámen nos revela, que siempre los mas fuertes han despojado á los débiles, reduciendolos á la esclavitud y miséria, y enseñoreandose de sus bienes. Y como lo que llamamos moral, es un ideal tan acomodaticio para todos, y que cada individuo, cada agrupacion política, cada pais interpreta á su modo, y los robos de nacion á nacion se llaman en la que consigue la victória, hechos heróicos, guerras gloriosas, viendose aplaudidos y ensalzados por los suyos, los caudillos que mas hombres han degollado, y mas se han ensañado con el ignorante y pobre pueblo, arrebatandole sus bienes y hogares y sumiendolo en la miséria. Y á la vez los que victorean y aplauden con orgullo tales desmanes, no tienen inconveniente en llevar al cadalso, al triste que desfallecido de hambre comete algun robo para aplacarla. Pero como mi objeto no es entrar de manera alguna en estos intrincados problemas de nuestra mísera humanidad, volviendo al Conde señor de aquel pequeño pueblo, diré que como debe suponerse, era acérrimo partidario del absolutismo y enemigo nato de toda innovacion ó reforma, echando de menos aquellos buenos tiempos en que sus gloriosos antepasados eran poco menos que dueños absolutos de vidas y haciendas en el lugar de su señorio, en el que nadie mas que ellos poseia

una pulgada de terreno, en que ninguno podia abrir posada ni pasador, fabricar molino para triturar el grano, ni horno para cocer el pan: en aquellos felices tiempos en que gozaban del privilegio de nombrar el Concejo, cobrar los diezmos, alcabalas y otras gabelas. Gran parte de estos derechos los habia perdido, es verdad el señor; pero en cambio le quedaban otros no menos importantes. Habia perdido la percepcion de los diezmos y alcabalas, es cierto; pero el Gobierno le habia indemnizado espléndidamente y con creces á costa por supuesto de la nacion; pues ya sabemos por desgracia como se resuelven estos y otros análogos negocios en nuestro bienaventurado pais. Es tambien cierto que no podia designar el Concejo ó ayuntamiento, pues este se nombraba por eleccion popular; pero como los vecinos que tenian voto eran colonos del señor Conde, el administrador, su representante en el pueblo, tenia buen cuidado de hacer que fueran elegidos los amigos y paniaguados, pues de este modo en el reparto de las contribuciones figuraria su señor por una tercera ó cuarta parte de lo que en justicia debería contribuir, y los vecinos se encargarian de suplir de sus bolsillos esta pequeña diferencia. Ademas en las dichosas y demasiado frecuentes épocas en que se renuevan nuestros sabios y útiles Congresos, nuestro pueblo votaba como un solo hombre á quien el administrador les designaba; y que con frecuencia ni conocian ni jamas habian oido pronunciar su nombre los votantes hasta esta ocasion. Y cuidado que ninguno de ellos se atreviera á hacer la mas leve observacion; pues solo la amenaza de ser despedido de las tierras que labraba le cerraria la boca.

En cambio de estas ventajas y otras muchas que omitimos, el señor Conde miraba mucho por el bien del pueblo. Y en efecto con su influencia en las oficinas, lograba á veces disminuir algun tanto el cupo de los tributos... disminucion ó rebaja de que él solo se aprovechaba: detenia el expediente para el establecimiento de alguna escuela de niños ó niñas en el lugar; pues esta nueva carga era muy pesada

para aquellos pobres vecinos. Si tan dichoso pueblo por su posicion tenia ~~(que)~~ la dicha de que por su término debiese pasar alguna carretera, el trazado de ella se desviaria lo necesario para que pasase por alguna finca ó casa de recreo del señor Conde, aun cuando al alejarla de la poblacion perjudicase á esta y los costos fueran mas crecidos.

Pero noto que me voy separando de mi propósito que no es otro sino contar las peripecias á que dieron lugar los calzones del señor cura, y de consiguiente voy á entrar en materia. En el referido lugar en el que no habia, pues costaba caro, ni maestro ni menos maestra de escuela, en el que no existia médico ni ~~[illegible]~~ menos botica... ¿y para qué?, decian muchos, tener que costear tales zanganos? Todos nos morimos al llegar la hora; y ni mi padre ni yo hemos aprendido á leer, y no por eso nos ha sucedido nada. Pues bien en tan afortunado pueblo repito en que tantas cosas necesarias no habia, no por eso faltaba un cura y uno ó dos mas ~~[illegible]~~ eclesiasticos vegetables, sin duda por aquello de que el cuerpo es perecedero, y no debemos cuidarnos de él; pero sí del alma que es inmortal y eterna; siendo muy necesario que se encuentre en todas partes encargados para dirigirla y encaminarla al cielo. El señor cura debió su caracter eclesiastico y el cargo que desempeñaba al señor Conde, que de criado suyo, y habiendo aprendido algun tanto á leer y mal escribir, un poco de latin y algo de moral, por la influencia de su amo con el Obispo logró que este lo ordenara; y algun ~~cuan~~ tiempo despues cuando se habia adiestrado en decir misa, cantar responsos y recitar sermones de otros, que aprendia de memoria, pues su caletre no llegaba á más, fué elevado al curato de tan afortunado lugar, pues su protector el Conde ~~tenia~~ queria tener siempre un pié en el ayuntamiento, otro en la iglesia y las manos en todas partes; y nada mejor para lograr su influjo en lo eclesiástico que hacer cura párroco al que tantas veces le habia quitado los zapatos, cepilladole la ropa, amen de otros servicios, algunos de ellos no muy honestos,

pues nuestro Conde era muy galante con las damas, y el Cura en ciernes le habia servido con muchas de tercero. De aquí resultó que el buen pastor aprendiendo en la escuela de su amo, aun cuando al ser ordenado habia hecho voto de castidad, con todo como tantos otros, ó mas bien la gran mayoria de los de su clase, nunca pensó cumplirlo, compelido á ello por los malos ejemplos que habia presenciado en la Corte, y por su ardiente temperamento que le obligaba con frecuencia á refocilarse con alguna mora. Y aquí no podemos por menos de esclamar ¡hasta cuando los creyentes católicos no caerán en la cuenta de que el absurdo celibato impuesto al clero en beneficio de la corte romana y en favor del egoismo del mismo clero, redunda en perjuicio de los laicos, pues las mugeres é hijas de estos, tienen necesariamente que ser víctimas de la desenfrenada lujuria de frailes, clerigos y monjes, pues el impulso de la naturaleza ha sido, es, y será superior á todos los votos del mundo!

Nuestro buen Cura joven, robusto y maleado en sus costumbres por el tiempo que habia pasado en la Corte al servicio de su amo, viendose al frente de sus feligreses sin mas ocupacion que decir misa cuando se la pagaban, bautizar á los que venian al mundo cargados con el pecado original, enterrar á los que se morian, dandoles pasaporte seguro por medio de plegarias, todo por supuesto por cuanto vos contribuirse, y decir amen á todo lo que disponia el administrador de su antiguo amo, no bastandole ir con frecuencia de caza por aquellos cerros, ni la lectura del Breviario, que siempre le producia sueño, se ocupaba en ratos perdidos, y como por distraccion y entretenimiento, en cortejar á esta ó aquella de sus feligresas que no tuviese mal talante, inclinandose siempre á las casadas, pues era muy mirado y huia del escandalo que pudiera resultar si alguna doncella engruesase mas de lo debido á causa de las caricias del buen Cura; sobre todas preferia á las beatas por ser las mas fáciles para contentar á clérigos y frailes, por aquello de que es preciso no negarles

nada en bien de la Religion y del servicio de Dios, pues poseen las llaves de las puertas del cielo, y nadie entrará en él sin su absolucion que todo lo borra. Tal es la moral que las mas de ellas profesan; y los que digan que calumniamos, que se tomen el trabajo de inquirir, sin dejarse engañar por la hipocresía, la vida íntima de fráiles, clérigos, monjas y beatas, y confiados esperamos, si es que no los ciega el fanatismo, que pronto nos darán la razon.

Pero volviendo á nuestro señor Cura, fué el caso que se prendó de la muger de un arriero llamado por apodo el Lacharudo, á causa de su caracter impasible y flemático, mora robusta y guapa, que pasaba ya de los treinta, por lo que reunia dos apreciables condiciones: ser muger de juicio y de experiencia, y verse con frecuencia privada de la compañía de su marido por los frecuentes viajes que este hacia con otros compañeros dedicados como él á la arriería, la sola industria á que podian dedicarse aquellos vecinos, pues ya hemos dicho que allí no se conocian mas oficios que el de labrar los campos. Pasaba el tiempo, las relaciones entre el Cura y la muger del arriero se estrecharon; y aun cuando procuraban ambos disimularlas del mejor modo posible, sin embargo como en los lugares pequeños nada puede estar por mucho tiempo oculto, pronto llegaron á noticias de todos, exceptuando por cierto al buen Lacharudo, que como marido, era al que de derecho correspondia ser el último en saberlo.

Como se trataba nada menos que del señor Cura, la murmuracion era muy secreta, si bien algunas beatas algun tanto envidiosas, hacian de su parte todo lo posible para ver si conseguian, guardando ellas el bulto, que se diera algun escandalo mayúsculo; pero sus artimañas se estrellaban ante la buena pasta del arriero, que queria de veras á su muger, y como tantos otros maridos confiados la creia incapaz de faltar á sus deberes. Pasaron muchos meses y todo marchaba en completa tranquilidad, el bueno de Lacharudo haciendo sus frecuentes viajes y entre tanto su muger Catalina, que este era su nombre se entretenia en dar cuanto gusto podia al

BIBLIOTECA GRANADA

señor Luna, que se encontraba con ella muy contento, y la regalaba de vez en cuando. Llegó el invierno con tal temporal de aguas y nieves, que se pusieron intransitables los caminos, ó mejor dicho los lodazales á que en nuestro pais se dá aquel nombre. El Cacharudo y sus compañeros, tuvieron que suspender sus viajes, esperando que el tiempo mejorase, lamentandose entretanto de la merma de sus intereses, pues cuando nada ganaban tenian que mantener las recuas, si bien á medio pienso. Pero el que se daba á los demonios, mas que los arrieros era el buen Luna, que veia interrumpidas sus visitas á su adorada Catalina; pues el Cacharudo salia muy poco de casa, y esto de dia para ir algun rato á la taberna; pero nunca de noche que eran las horas que aprovechaba el Luna para guardar mejor el secreto. Su ardoroso temperamento le hacia asomarse con frecuencia á la ventana de su casa para consultar la atmósfera y la veleta de la torre de la Iglésia. Pero todo en vano, pues á un dia nublado seguia otro lluvioso y á este un furioso temporal de aire y nieve. Mas como todo tiene fin en este pícaro mundo, las lluvias y nieves cesaron, la atmosfera se despejó y el sol brillante volvió á lanzar sus benéficos rayos por aquellas campiñas, con gran contento de los labradores que veian prosperar sus sementeras, con alegria de los detenidos arrieros que podian emprender sus ordinarios viajes y con regocijo del Luna, que veia próximo el deseado momento de entablar coloquios con su Catalina. Esta que conocia la impaciencia de aquel, por médio de la tia Montoro, vieja apergaminada y astuta, y además beata de las mas asiduas á la iglésia, pero que esto no era obstáculo para ejercer el oficio de alcahueta, mandó á decir al señor Luna que su querido marido saldria despues de media noche en compañia de Carcoma y Culebra para un viaje de pocos dias, pues solamente iban á la capital; y por lo tanto era preciso aprovechar el tiempo, á cuyo efecto, como tenian de costumbre, tan pronto como Lacharudo saliese de la casa, la puerta quedaria francas. Alegre nuestro Luna con nuevas tan de su gusto, regaló por supuesto á la tia Montoro, la

que volvió á dar cuenta del resultado de su comision á la tornada y casta Catalina.

El cura impaciente deseaba entre tanto que cuanto antes viniese la noche y poder oir desde su casa, pues vivia en la misma calle que Lacharudo, que este salia de la suya arreando sus borricos. Llegó aquella oscura y fria, y hácia las doce el confiado arriero aparejó el ganado, se despidió de su muger y salió á la calle para reunirse á sus compañeros, y juntos emprender la caminata. Apenas el Cura oyó el cencerro del garbozo, burro que guiaba la recua, y que esta se iba alejando hasta no oirse ya ningun ruido, habiéndose cerciorado además de que nadie habia en la calle, bajó apresurado la escalera, salió de su casa envuelto en su capa y se entró en la de su Catalina, que lo esperaba, si bien no con tanto apresuramiento, pues temia que acaso su marido no hubiera salido todavia del pueblo. Pero el fogoso cura calmó su intranquilidad, y pasó á ocupar el puesto que usurpaba al amo de la casa. Pero hé aquí que á poco rato nuestros dos amantes oyen dos tremendos golpes á la puerta, y la voz del arriero llamando á su muger. El susto y sobresalto de esta fueron grandes, pero el del padre Cura fué mucho mayor, pues ya sabemos todos por fortuna ó por desgracia que las señoras mugeres afrontan estas escenas con mas sangre fria que los hombres. Como el marido arreciaba los golpes en la puerta, levantose su muger en camisa, abrió la ventana y con voz soñolienta preguntó: ¿quien llama á estas horas? Soy yo Catalina, contestó el Lacharudo desde la calle, pero no te molestes en abrir, échame las alforjas que he dejado olvidadas ahí en una silla al lado de la ventana, y aprisa, que los compañeros me estan esperando. A estas razones respiró la muger, y aun mas que ella el Cura, que temblando y sin saber donde esconderse por lo pronto se habia refugiado debajo de la cama, encomendandose á todos los santos del calendario. Entretanto la muger azorada buscaba las alforjas, y

como la casualidad ó el diablo, que todo lo enreda, habia hecho que en la misma silla en que el amante habia dejado olvidadas, el cura pusiese sus calzones, aturdida la Catalina tomó estos en vez de las alforjas, y por la ventana se los echó al marido, que sin apercibirse de la equivocacion (~~los colocó encima del borrico que montaba~~) sin duda por la prisa y oscuro de la noche, los colocó á las ancas del borrico que montaba, y arreando á este fué á reunirse con sus compañeros.

~~[illegible]~~ Pasado el peligro la casta esposa decia á su amante de sotana reconviniendole: ¿no dije á Usted señor cura que se habia apresurado á venir? Vea usted las consecuencias que por fortuna no han ~~[illegible]~~ sido fatales como debia esperarse. Es necesario romper estas relaciones, que el dia menos pensado pueden tener un terrible desenlace en castigo de lo que ofendemos á Dios; pues si bien mi esposo es prudente y flemático, con todo, en hinchandosele las narices, es como todos los de caracter bonachon, que de mansas ovejas se convierten en lobos, y yo que lo conozco lo creo capaz de hacer una barbaridad. Repuesto el cura de su terror tranquilizó lo mejor que pudo á su Catalina, prometiendola un collar de perlas que deseaba, pues ya por experiencia sabia que las dadivas y los regalos son la mejor medicina para acallar los escrupulos de algunas ó la mayor parte de las mugeres.

A su tiempo amaneció, y la Catalina muy cuidadosa de su honra, hizo que el cura se levantara para que se fuese á su casa, antes que algun vecino madrugador lo viese atravesar la calle. Pero hé aquí que al vestirse el buen eclesiástico no encuentra sus calzones por mas que los busca, y á no ver la Catalina que lo ayuda en esta tarea, tropieza con las alforjas, cuya vista la hiela la sangre en las venas, pues revelandola el quid pro quó que ha tenido lugar, conoce que en su aturdimiento lo que echó al marido por la ventana no fueron las malditas alforjas que vino á buscar, sino los calzones del cura, tan conocidos de todos los del pueblo, pues como de eclesiástico eran

diferentes de los que usaban los labradores, siendo de punto de seda, negros y ajustados á la pierna por una hebilla de plata. Estamos perdidos, irremisiblemente perdidos, pues aunque mi esposo no es ningun lince, no por esto dejará de sospechar al encontrarse con los calzones en vez de las alforjas que buscaba, y que tan conocidos son, pues no hay otros iguales en el pueblo, que su dueño se encontraba sin duda conmigo, y en ropas menores. ¡Ay desdichada de mí; en cuanto vuelva del viaje me mata! El Cura no menos aterrado al ver tal desgracia, marchose á su casa antes que acabara de amanecer, muy mohino y sin atinar el medio de remediarla. Pero enterada que fué del caso la tia Montoro, consoló á la acongojada Catalina, la dió ánimos, y la prometió que lo sucedido no tendria malas consecuencias, pues quedaba á su cargo el evitarlas, si bien para ello necesitaba que el señor Cura le diese unos ~~pares~~ calzones iguales y si era posible ya viejos. Así lo hizo aquel, sin atinar con el medio de que se valdría para conseguir su objeto la tia Montoro. Esta al punto que tuvo en su poder los segundos calzones, con ayuda de la buena Catalina, añadiendo, quitando y remendando, los arreglaron de modo que parecian hechos para el talle y los muslos de la astuta vieja, que se los probó muchas veces hasta que quedaron á su gusto. Dejemos á estos tres personages cada uno de ellos en su clase, peor que los otros dos, y volvamos á nuestro arriero que habiendo alcanzado á sus compañeros, arrearon sus recuas cuanto pudieron para resarcir el tiempo perdido.

Pero hé aquí que al amanecer y cuando ya se distinguian distintamente los objetos, el Cacharrudo repara con sorpresa en los endiablados calzones que dá vueltas en sus manos, y se queda atónito al ver que sus alforjas se han convertido en... unos calzones, y que á no dudar eran idénticos á los que siempre llevaba puestos el señor Cura. Sus compañeros mas ladinos que él, y que no dejaban de sospechar los

relaciones de la Catalina con el tuerto, punto dieron en el tiro de la dificultad, ~~cuando~~ cuando aquel les informó de lo que había pasado; y burlandose del pobre marido tanto la corona como Culebra, que estos eran sus apodos, no dejaron de dirijirle envenenadas pullas que dieron bastante en que pensar á Lacharundo. Pero compadecidos de él al verlo triste, pensativo y cabizbajo, y que tan cantor como era, no desplegó sus labios para entonar una sola copla, lo dejaron en paz, no volviendo á hacer alusion alguna al suceso.

Llegados que hubieron á la capital, cada uno de los arrieros se dedicó á sus negocios; y aunque segun costumbre se reunian para fijar el dia de la vuelta al pueblo, el Lacharundo cada dia mas sombrio y taciturno, dejó que se marcharan, y él emprendió solo el camino. A la salida de un lugarejo que distaba del suyo como dos leguas, vió sentada en la linde del camino á su paisana la tia Montoro, que al pasar nuestro hombre esclamó en tono alegre: doy gracias á Dios por nuestro encuentro, pues espero de tí que me hagas la caridad de que me suba en uno de tus burros para volver al pueblo, del que salí esta mañana para ver aquí á mi sobrina y pasar con ella algunos dias; pero he tenido la desgracia de encontrarla fuera y su casa cerrada; y yo hijo mio en mi edad y con mis achaques, no me hallo con fuerzas para volver á pié al pueblo andando otras dos leguas; espero pues que me hagas en caridad este favor, que Dios te lo recompensará. El Lacharundo que tenia buen corazon, accedió á lo que le pedia la astuta vieja, y la invitó á que montara en uno de sus burros; pero la muy ladina le suplicó la ayudase á subirse, pues ella sola no podia hacerlo por impedirselo sus dolores reumaticos. El arriero accedió tambien á esta natural exigencia y levantando del suelo á la tia Montoro la colocó sobre el borrico; y como ella habia tenido buen cuidado de levantarse las enaguas lo necesario para que Lacharundo reparase en los calzones de punto de seda que llevaba puestos, aquel la dijo: tia Montoro ¿gasta usted calzones? Si hijo, y pegados á la misma carne, pues así me lo tiene recomendado el médico don

ducar para alivio de mis dolores; y á fé que me vá muy bien con ellos; gracias tambien á la bondad de nuestro buen cura, que compadecido de mí, y en agradecimiento á los encargos que le desempeño, tiene la caridad de darme los calzones que desecha para que yo acabe de romperlos. Y á propósito de esto, cuando llegues á tu casa hazme el favor de decir á tu esposa Catalina, que ya debia haberme arreglado los calzones que estos dias me dió el señor cura; y á fé que estan nuevos, pero no ha podido usarlos por venirle bastante estrechos; y como has visto los que llevo puestos estan ya inservibles, el invierno es muy ~~largo~~ crudo, y yo no lo puedo pasar sin ellos... pero veo hijo que te has quedado ~~[illegible]~~ alelado; ¿que te pasa que no arreas? Mira que ya es muy tarde; ¿te has puesto malo, hijo mio?

Durante esta sarta de palabras, dichas por aquella bruja con ribetes de hechicera, para hacer tragar la píldora de los calzones al pobre arriero, no habia dejado un instante de observar la fisonomía de este, que se fué paulatinamente ~~[illegible]~~ dilatando, desapareciendo el tinte cetrino y sombrío, y asomando una leve sonrisa de satisfaccion á sus hasta allí contraidos labios; montó en su rucio y arreandolos á todos, despues de un suspiro que arrancó de lo hondo de su pecho, preguntó á la tia Montoro: ¿conque mi muger tiene allí para arreglarselos á Usted, unos calzones casi nuevos del señor cura? Sí hijo, y por mas recados que le he mandado no me los gobierna, y me tiene entretenida hace mas de dos semanas, y como has podido notar me hacen bastante falta. ¡Que peso me ha quitado ~~[illegible]~~ usted de encima tia Montoro! Dios sin duda la ha puesto á usted en mi camino para evitar mi perdicion, dijo el Cacharrudo. Con señales de admiracion y curiosidad, la vieja Celestina preguntó á su vez al confiado arriero: ¿pues que te pasa, hijo mio? Maldito si entiendo una palabra de lo que me dices, ni veo que relacion pueda tener todo ello con mis calzones. Sí la tiene y mucha, tia Montoro, la contestó Cacharrudo; y á seguida la contó todo lo que ella mucho mejor ~~[illegible]~~ que él sabia, y las ne-

gras y crueles sospechas que lo habian atormentado hasta entonces. La bruja, que mientras el Cacharrudo le hacia su relacion no dejó de santiguarse exclamando con acento compungido: ¡Jesus mil veces! Todo hijo mio es obra del demonio. Este enemigo nuestro se habia sin duda propuesto enemistarte con tu esposa, rabioso al ver lo bien que os llevais. ¡Y sospechar del señor Cura!... un santo varon incapaz de mirar á ninguna muger, y mucho mas si es casada. No hay duda, hijo mio, todo ello como me figuro es obra de Satanás: pero Dios ha desbaratado sus artificios. ¡Loado sea Dios! Ahora lo que te aconsejo, por el bien de tu alma y en descargo de tu conciencia, es que despues de pedir perdon á tú muger, que en el pueblo pasa por un modelo de castas y fieles esposas, te confieses con el señor Cura, que es muy piadoso, y no te negará su absolucion; y es mas, en vista de tu desengaño y sincero arrepentimiento, te otorgará tambien su proteccion.

Desarrugado el entrecejo de nuestro arriero, y convencido el pobre de su equivocacion, él que en todo el viaje, aunque como dejamos dicho era muy dado á entonar sendas seguidillas, no habia desplegado los labios, volvió con gran contentamiento de la maldita bruja á recuperar su alegria ordinaria, y arreando sus borricos, repitió á voz en grito su copla favorita

Para alcanzaras Chiclana,
para trigo Trebrijena
y para niñas bonitas
San Lucar de Barrameda.

Llegaron al pueblo, la tia Montoro se despidió de él, recomendandole que su muger le acabara de arreglar los calzones; y él se dirigió á su casa donde lo esperaba temblando su cara mitad; que bien pronto desechó el miedo cuando la abrazó cariñosamente su marido, conociendo en los transportes de alegría de aquel, que la astuta tia Montoro habia alcanzado victória en toda la linea.

Como los otros arrieros divulgaron la anécdota de que las alforjas de la-

charudo se habian convertido en unos cabrones muy parecidos á los que usaba el señor Lucas; esta estraña metamorfosis fué por muchos dias el asunto de las conversaciones de los ociosos y desocupados, si bien todos estrañaban que en el matrimonio del arriero no se notase disgusto alguno. Y aquí dá fin el cuento, que dá algun tanto á conocer, las costumbres de los clérigos jovenes en las aldeas; y sobre todo que los que nacen predestinados para cornudos, cumplen pacificamente su mision en este picaro mundo.

Los terremotos de Granada.

Allá por el año de 1829, terribles terremotos se dejaron sentir en los reinos de Valencia y Murcia, que arruinaron no pocas poblaciones y sobre todo la ciudad de Orihuela, que en su mayor parte quedó convertida en escombros. En Granada se dejaron sentir algunas trepidaciones, que si bien por fortuna no causaron daño alguno, con todo su repeticion y frecuencia, y el temor de que la hermosa ciudad de los cármenes, pudiera sufrir la infausta suerte de algunos pueblos de levante, conmovieron los ánimos de tal modo, que muchas familias levantaron tiendas de campaña en varios parages despejados, principalmente en el Triunfo, Carrera de Genil y en el Campillo, donde se guarecian para pasar la noche.

Por este tiempo hacia las delicias de los filarmónicos, llamados hoy dilettantis, una compañía de opera que cantaban en el único teatro que entonces habia en Granada las obras mas en boga (hoy se dicen partituras) del entonces famoso Rossini, que apellidaban el cisne de Pésaro. Se ponian en escena el Corradino, la Garza ladra ó Urraca ladrona, la Dama del lago y otras varias óperas en que se lucian el tenor Valencia y su esposa, cuyo nombre no recuerdo, solo sí que era una prima donna de primo cartelo, segun opinaba la alta sociedad de Granada, que cada noche admiraba mas las prodigiosas gargantas de tan afortunado matrimonio.

Pero es el caso que el tenor Valencia, cobarde como buen cantante, temia mucho á los terremotos, por lo que todas las noches las pasaba en la tienda de campaña que con otros amigos habia levantado en el Campillo frente á á casa, pues habitaba en el café del Comercio, muy en voga por su mucho lujo y decorado notables en aquella época en que los contados establecimientos de esta clase que habia en Granada, se alumbraban con candilejas de aceite. La queri-

da mitad del tenor era al parecer mucho mas varonil que este, y ademas muy honesta, por lo que á pesar de las instancias de su marido para que lo acompañara en su barraca, nunca quiso acceder á ello, pretestando lo inconveniente y vergonzoso que era pasar las noches confundidos en aquellas estrechas tiendas personas, de uno y otro sexo.

Una de las noches mas templadas y hermosas de aquella primavera, se dejaron sentir várias sacudidas, y allá á la madrugada una tan fuerte, que inclinadas las torres de las iglesias los badajos de las campanas hirieron á estas, produciendo un lúgubre aunque momentaneo sonido, que aterró á todos los que lo oyeron, pues conocieron que la violencia del terremoto habia sido tal, que los edificios debieron adquirir una inclinacion espantosa, y á poco mas hubieran venido al suelo. Todos los que se abrigaban en las barracas del Campillo, se conmovieron de espanto, salieron despavoridos y santiguandose temerosos de que se repitiese otra tan fuerte sacudida; dando gracias á Dios de que la que se habia dejado sentir, no habia producido, al menos por aquellos barrios, hundimiento alguno. Nuestro tenor Valencia alarmado como todos, y aun mas si cabe dada la pusilanimidad de su caracter, cuidadoso de su esposa decidió ir á cerciorarse de su estado, enterarse si habia sentido el terrible terremoto, consolarla si se habia asustado, y sobre todo ver si podia convencerla de lo arriesgado que era permanecer en las casas mientras no cesara la calamidad que á todos amenazaba.

Con tal objeto entró en la casa Café, subió las escaleras y penetró en la habitacion donde descansaba su casta Diva. Pero ¡oh sorpresa! al abrir la alcoba vé saltar apresurado de la cama matrimonial á un hombre en ropas menores, que se dirige hacia la puerta, pero estorbandole el paso el pobre tenor que se habia quedado como alelado, pues sin duda no se hallaba preparado á estas sorpresas, apesar de que siendo casado no debia admirarse mucho de ellas, lo aparta de un empujon, toma la escalera y sin duda vá á confundirse con los que

dirigian al cielo oraciones por haberlos preservado del terrible terremoto. Entre tanto el cuitado Valencia repuesto algun tanto de la sorpresa y del empujon, siguiendo la costumbre de la generalidad de los maridos necios, que en vez de callarse y poner el debido correctivo, si es posible en casos tales, alborota la casa, se asoma al balcon, y á gritos pide justicia y que detengan al adúltero que habia sorprendido en el lecho con su señora. A las voces acuden los vecinos, la casa se llena de curiosos, registran las habitaciones, encuentran en la cama perdido el conocimiento, ó como buena actriz fingiendo un desmayo, á la famosa diva... y en una silla cerca del profanado lecho el uniforme de un oficial de los que entonces daban la guarnicion en Granada. Lo examinan, pero no teniendo charreteras (aun no se habian inventado las estrellas), que en aquella época por su número y hombro á que estaban sujetas, indicaban la categoría del oficial, se quedaron sin poder atinar si el dueño era alferez, teniente, ó capitan: pero fuese lo que fuese, el sorprendido amante se habia puesto en salvo; y nadie lo vió, ó mejor espresado nadie dijo haberlo visto.

El torpe marido, prosiguiendo la senda que habia emprendido, cuyo término como siempre sucede, es el deshonor, la impunidad del culpable, y verse aquel señalado con el dedo y acogido con sonrisas de cruel burla por toda la sociedad, pues la moral de esta es burlarse siempre del esposo ~~burlado~~ engañado (cornudo,) enaltecer al amante y mirar con indiferencia á la adultera, culpable esposa, dió al siguiente dia cuenta de su desgracia á los tribunales, presentando la casaca de uniforme como prueba del delito. Era la época en que el fervor religioso habia llegado en nuestro pais á una esaltacion tal que, en Granada clérigos y frailes á porfia se afanaban por reformar nuestras corrompidas costumbres á fuerza de jubiléos, pláticas y sermones, siendo muy vistosa la procesion que todos los domingos por la tarde salia del Convento de Capuchinos, situado en el Triunfo, llevando un gran estandarte en el que se

veia una imagen de la Virgen con atavíos y ropage de pastora, rodeada de corderillos y agasajando á uno de ellos, y que el vulgo, siempre maldiciente, decia era (la Virgen, no el cordero) el vivo retrato de la querida de un fraile de campanillas en la orden, muy en voga entonces. Esto no debe sorprendernos, pues sabemos por la historia que muchos pintores célebres han retratado en sus famosos cuadros de Vírgenes á sus queridas. Flaquezas humanas. Esta lucida procesion, cuyo numeroso séquito lo componian personas de ambos sexos, principalmente de los brutales barrios de San Lázaro y Calle Real, habitados por gente de mal vivir, jiferos, contrabandistas, matuteros y ladrones, pero todos ellos muy fervientes devotos de la Divina Pastora, que gritaban desaforadamente *viva la Religion*, *mueran los negros*, *vivan las cadenas*, acompañados de los reverendos padres capuchinos, atravesaba el triunfo, recorria toda la calle de Elvira, parando en la Plaza Nueva; y al llegar aquí el estandarte era colocado en uno de los balcones de la casa habitada por un famoso baratillero, que competia en surtido de muebles viejos, baratijas y ropas usadas, con el célebre Tio Ardila, y que se llamaba por el vulgo Frasquito Triazo, muy devoto, eso sí, pero gran usurero y encubridor de rateros, comprador de cosas robadas y del que se contaban ~~(cosas)~~ anécdotas estupendas. En otro balcon de la misma casa se colocaba un fraile, que dirigía á aquellos energúmenos un largo sermon, en el que lejos de aconsejarles la mansedumbre, la pureza de corazon y virtudes de la Religion, y sobre todo la doctrina cristiana, que por cierto bien necesitaban aprender todos, frailes y seglares, invertía el tiempo vomitando sapos y culebras sobre los impíos liberales llamados negros, escitando las pasiones hasta tal punto que una tarde en que se proponia atravesar la plaza un anciano de venerable aspecto, pero tachado entre aquellos cafres de haber profesado durante la época constitucional, ideas algun tanto liberales, varios de aquellos desalmados lo detuvieron, se arrojaron sobre él, le obligaron á hincarse de rodillas ante el estandarte de la Divi-

na Pastora, lo compelieron á dar vivas al rey absoluto, á la inquisicion; lo maltrataron, y acaso hubiese terminado tan repugnante escena por un horroroso asesinato, si la próxima guardia de la Chancilleria, no hubiera acudido en auxilio de aquel desgraciado, que á duras penas fué sacado de las manos de sus sicarios y llevado en mal estado á su casa.

Como era consiguiente el sermon fué interrumpido, y cuando el virtuoso capuchino, pasado el tumulto lo reanudó, lejos de condenar aquella escena de salvajismo, trató de atenuarla, diciendo á su auditorio que era una espansion disculpable de la cólera popular, que habia llegado á su colmo al ver á tanto hereje y descreido que se burlaban sin reparo de nuestra sacrosanta Religion. Como estas saturnales religiosas, que otro nombre no merecen tenian lugar los dias de fiesta, si algun coche de los pocos que entonces habia en Granada, atravesaba la Plaza Nueva, la avilantez y descaro de algun predicador, llegó hasta mandar que se detuviese, para que sus dueños y lacayos oyesen la divina palabra, en vez de dirigirse al paseo ó á tertulias ó reuniones mundanas. Y en verdad que mas de un carruage tuvo que detenerse; pues á no haber sido obedecida la orden del energúmeno fraile, coche, caballos, amos y criados hubieran tenido que arrostrar muy sérias consecuencias. Por lo tanto se veian obligados á permanecer quietos oyendo la divina palabra, y solo quedaban en libertad de seguir su camino cuando acabado el elocuente sermon se retiraba la Divina Pastora, acompañada de sus numerosos devotos, que siempre aplaudian estas demasías de aquellos (~~[illegible]~~) humildes y virtuosos capuchinos. *Pero veo que + la memoria ~~los recuerdos~~ de lejanas escenas presenciadas en mi juventud, y que me dejaron hondos recuerdos, me estravia de mi asunto, por lo que á él vuelvo.

llegar en este ...to, mi pluma ...extraviaba del ...unto principal ...n el recuerdo ... lejanas escenas ...esenciadas en su ...ventud y q. le de...ron hondos re...dos, siendo ne...rio llamarle la a...cion para q. vol...viera á su historia, ...) antimbro ...ri:

Aprovechando las hipócritas ideas que entonces imperaban en Granada, el tenor Valencia, que como hemos dicho acudió á los tribunales, recabó de estos que se diese principio á una causa ó proceso ruidoso, que por algunos meses tuvo en espectacion á ociosos y deso-

cupados. No habiendo mas indicios sino que el galan sorprendido debia ser uno de los oficiales del regimiento que se hallaba de guarnicion en Granada, el tribunal de Guerra y Marina, que entonces existía, principió el sumario. Y ¡cosa rara! una de las providencias fué, que en dia señalado, todos los capitanes, tenientes y subtenientes de aquel cuerpo, tendrian que comparecer ante el tribunal á reconocer el uniforme; y en caso de no (ser) poderse saber á quien pertenecia, todos los oficiales sin escepcion, se lo habian de probar, para de este modo + conocer ~~averiguar~~ el culpable, que sin duda seria aquel al que viniese bien al talle. Como es consiguiente, tan estraña providencia subleró el ánimo de la pundonorosa oficialidad, que de tal modo se veia tratada. Pero como en aquella aciaga época, nuestro ejército no habia adquirido, acaso por fortuna, la preponderancia á que ha llegado despues, y como en espiacion de la sublevacion de las Cabezas de San Juan en el año de veinte, se veia postergado por el Gobierno, cuya principal base para la dominacion y esclavitud del pais eran los Voluntarios Realistas, viendose los militares supeditados á frailes y curas, la oficialidad tan indignamente tratada no tuvo mas remedio sino bajar la cabeza y obedecer, sin otro desahogo que la de murmurar de los que la sometian á tan humillante y ridícula prueba.

Por la misma época existia en Granada un sastre remendon, cuya parróquia se reducia á personas pobres que se veian en la precision de reformar sus trages á falta de medios para comprarselos nuevos. Como el ejército á la par que desatendido se hallaba muy mal pagado, los oficiales de la guarnicion eran parroquianos del tal sastre, que les volvia, recomponia y remendaba los uniformes, teniendo habilidad y pericia suma para transformar una casaca vieja en otra con apariencia de nueva. En la tienda de este sastre, y no se ofendan sus compañeros del dia, si se creen rebajados por no darle el nombre de taller, situada en una de las callejuelas que desembo-

can en la de San Matías, se reunian á charlar muchos dias los oficiales de la guarnicion; y en aquellos en que tenian lugar los sucesos de que nos ocupamos, como es consiguiente el asunto de la conversacion no era otro que la crítica del acto humillante por el que se les queria hacer pasar; y al manifestar alguno que acaso el resultado fuese que pagasen, como se dice en lenguage vulgar, justos por pecadores, Tejas, que así se llamaba el sastre de viejo y los estaba oyendo con atencion, dijo: todo pudiera muy bien evitarse si contaran ustedes con un medio cualquiera para apoderarse del uniforme aprehendido, y poner otro en su lugar; pues yo me atrevo y comprometo á hacer uno que probado no se ajuste al talle de ninguno de los oficiales por muchos que sean. Estos dijeron que contaban con medios seguros para sustituir el uniforme que se hallaba depositado en poder del Auditor de Guerra, con otro distinto. Pues manos á la obra, dijo el ofrecido sastre; traedme paño, vivos, forros y demas adminículos, y tambien que los diez y siete oficiales que dicen ustedes que se lo han de probar delante del tribunal, vengan todos á que yo les tome la medida. El convenio quedó hecho, y en el mismo dia fué provisto el sastre de todo lo necesario, y ninguno de los oficiales interesados dejó de ir á que le tomase en la correspondiente medida, lo que aquel llevó á cabo; y por cierto que sin servirse de los muchos instrumentos que la moderna sastrería ha tomado de la geometría, el tal uniforme fué hecho, hoy diriamos confeccionado, lo que sin duda será mas elegante, en unas cuantas horas; pues la urgencia del caso no permitia dilaciones, y á fé como vamos á ver, que llenó todos los requisitos que eran necesarios.

Así fué, que despues de la diligencia judicial, se difundió por toda la ciudad la noticia de que mas bien que un acto sério, habia sido un verdadero sainete, pues llamados uno á uno los oficiales para que se probasen el uniforme cuerpo del delito, á uno vino corto, á otro demasiado largo, á este estrecho, á aquel ancho, á cual no

cubria el cuello, quien de ellos escondia sus manos por lo largo de las mangas; ó al contrario estas no llegaban á la muñeca; alguno quedó en cruz sin poder bajar los brazos. En fin, despues de haber causado la prueba del uniforme la hilaridad general, el tribunal tuvo que sobreseer en la causa por no haberse podido descubrir al culpable, quedando el humillado Valencia, como por regla general acontece en tales casos, esto es, deshonrado y burlado.

Divulgado por la poblacion todo lo ocurrido, pronto se hizo público aunque en secreto, la rara habilidad y pericia del hasta allí arrinconado sastre, que fué el que verdaderamente recogió el fruto de los desvelos de la cantarina; cambiando desde entonces su posicion, pues de sastre de viejo y remendon, se vió en poco tiempo elevado á la primera categoría entre los de su oficio, llegando á oscurecer á todos los sastres de Granada. Los que entonces se llamaban lechuguinos, como antes se llamaron pisaverdes y currutacos, y despues se les há designado con el nombre de elegantes, pollos y demas, pues siempre el vulgo de todas las épocas há caracterizado con nombres mas ó menos expresivos y adecuados á la turba de imbéciles, presumidos y afeminados, cuya principal ocupacion es hacerse notables por el corte del pantalon, color del chaleco, forma del sombrero, hechura del frac, lazo de la corbata, y otras ridiculeces semejantes, acudieron á porfía á la hasta allí ignorada tienda del humilde sastre que en esta ocasion dió una prueba palmaria y evidente de que sabia manejar á maravilla las tijeras de su oficio, por lo que se vió elevado al pináculo á que no habia podido alcanzar ninguno otro de su clase. Trasladó su tienda, hoy diriamos taller, al Zacatin, consiguiendo que el que vistiera en ella era considerado en la alta sociedad como sujeto de poco mas ó menos. Esto le produjo dinero, hasta el extremo que paseaba en tilbury, lujo que no habia alcanzado ninguno de sus cofrades; y reuniendo que llegó á edificar una magnífica casa en la Carrera del Ge-

vil, cuya escalera de peldaños de mármol de una sola piedra, llamó la atención de los granadinos, como [suntuosidad] de un lujo no acostumbrado, concluyendo el sastre (~~[illegible]~~) por ser conocido con el apodo de marqués de la Tijera. Hé aquí como la fortuna del hombre á veces es debida á los mas extraños caprichos y raras peripecias. Si el señor Valencia no hubiera ingresado contra su voluntad en la hermandad tan numerosa como extendida de San Lucas, que es el evangelista que tiene el toro á sus pies, y no como cree el vulgo de las gentes, que se lo atribuye á San Marcos, cuyo acompañante es un leon, pues los cuatro evangelistas ostentan cadauno su respectiva alimaña, el oscuro sastre de las callejas de San Matías, apesar de toda su habilidad hubiera permanecido siempre desconocido y pobre en su poco acreditada tienda. Lo que á unos perjudica á otros favorece.

Volviendo á la historia del cornúpeto señor, diremos que sufrió con paciencia y resignación las sonrisas de los unos, los epigramas mas ó menos embozados de otros, y hasta la burla sangrienta de los chicuelos, algunos de los cuales atrevidos solian dirigir hacia él la mano extendida los dedos índice y meñique mientras tenian doblados los otros; y aun se dijo que se hubiera ausentado de buena gana de la población, en la que tanto llamaba la atención, á unos por sus gorgoritos y á otros por sus apéndices frontales, á no verse detenido por el empresario del teatro que le obligaba á cumplir el tiempo de su contrata; hasta que un nuevo y desgraciado suceso vino á poner el colmo á sus desventuras, y que consistió en lo siguiente.

Llegada la cuaresma, tiempo santo y de penitencia, no permitía el Gobierno en aquella tan hipócrita como gangrenada época, ninguna clase de representaciones escénicas; por lo que se cerraba el teatro, y solo por escepcion se toleraba como diversion inocente, que los domingos pudiera algun jugador de manos, como entonces se denominaban los que en el dia se titulan prestidigitadores, dar alguna que

otra funcion para divertir á tontos y ociosos con sus cubiletes, cajas mágicas, botijas encantadas y otras simples suertes, relegadas hoy á exponerse ante el público de míseros campos en las férias de los lugares. Uno de estos juglares se presentó en Granada y obtuvo permiso para exhibir sus habilidades los domingos, en el teatro. Una noche en la que más habia lucido sus juegos de escamoteo, viendose muy aplaudido del público, sacó una talega de lienzo basto, que dijo era un regalo de cierto sabio nigromántico, y que tenia la virtud de proveerlo de cuantos huevos quisiera, pues era inagotable, como iba á demostrar ante tan lucida y noble concurrencia. En seguida arremangandose las mangas del frac, volvió, revolvió, estrujó entre sus manos tan peregrina talega, para hacer ver que dentro no habia nada; y despues introdujo una mano: y ¡oh maravilla!, como gritaron los papanatas en cuyo número me encontraba yo, sacó un par de huevos. Vuelta á sacudir la talega, á volverla del revés, á estrujarla, á meter la mano en seguida, y sacar otro par de huevos; siguiendo de este modo hasta completar una docena, que fué depositando en una mesa.

Arrellanados en dos lunetas de primera fila como en aquel tiempo se llamaban los asientos del teatro, se hallaban el señor Valencia y otro caballero que se decia amigo suyo, y que indujo á aquel, á ayudarle en lo que se habia propuesto llevar á cabo para deslucir al escamoteador y ponerlo en ridículo, en el supuesto de que así que acabara de sacar de la talega todos los huevos que para el caso tendria preparados, y como probablemente no tendría mas á su disposicion si se le rogaba sacase otro par más, su apuro seria grande y su descrédito completo. El Valencia accedió á esta inmisdiosa propuesta de su mentido amigo, que sin duda estaria de acuerdo con el jugador de manos, y cuando este doblaba la talega dandola por concluida la suerte, le dijeron: caballero, ¿tendriais

la bondad de complacernos, en el supuesto que decía que la talega del nigromántico es inagotable, sacando de ella otro par de huevos? Algo contrariado por lo pronto se manifestó el jugador de manos; pero contestó con amabilidad: no hay inconveniente alguno; y para probar á usted y al público lo productiva y maravillosa que es mi talega, usted mismo añadió dirigiéndose al Valencia, vá á meter en ella la mano, y le aseguro que ha de quedar complacido. Al efecto aquel bribon bajó del escenario, volvió y revolvió de nuevo la tal talega para hacer ver una vez mas que se encontraba vacía, se la presentó al cándido tenor invitandole á que él mismo metiera la mano en ella, pues de este modo sería mas chistosa la suerte. El cándido Valencia cayó en el lazo, metió su mano en la misteriosa talega, la que con presteza retiró el escamoteador, quedando á la vista del público la mano del cantante empuñando, no un huevo, sino un largo y retorcido cuerno de algun corpulento buey; y que arrojó desconcertado al suelo, no sin que alguno de los que le rodeaban lo levantase para mostrarlo al público. Las risas, carcajadas y silbidos de los espectadores, acompañados de algunos no muy cultos apóstrofes, fueron tales y tal el escándalo que se promovió en el teatro, que la autoridad tuvo que intervenir para que se restableciera el orden.

Del desgraciado Valencia no se volvió á saber mas, pues sin duda corrido y avergonzado huyó de Granada á esconder en otra parte su afrenta. Se dijo que el Corregidor habia impuesto una fuerte multa al escamoteador por su sangrienta burla; si bien se añadió, que le habia sido perdonada seguidamente; segun otros que la habian pagado por él los oficiales de la guarnicion, autores al parecer de esta tremenda venganza en desquite de la humillacion que habian tenido que sufrir por la prueba del uniforme.

Estos verídicos sucesos deben de convencer á todos los casados, cuan torpes andan si al encontrarse en el vergonzoso y triste caso de

nuestro cantante, cometen el error de alborotar y acudir á los tribunales en defensa de sus hollados derechos, puesto que la degradada moral de nuestra sociedad, impele á todos á burlarse del desgraciado marido, enaltecer como hombre afortunado al amante, y disculpar á la adúltera. Por lo tanto en vez de hacer los mismos maridos pública su deshonra, harán bien ó en resignarse con su suerte, ó tomar como norma de su conducta el título de aquel drama de Calderon, ,,*á secreto agravio, secreta venganza*,, Es mas, si el burlado marido es hombre de valor y energía, desafía al amante de su muger, y verificado el duelo recibe de este una estocada ó un tiro que lo inutiliza ó lo priva de la vida, todos dirán á voz en grito, que vengó su honra manchada. Nosotros á la vez diremos que la estupidez humana es mucho mas grande que lo que ~~muchos~~ algunos presumen.

Robo á un Canónigo.

Cuando en toda España se pagaba al Cabildo de la Catedral de Compostela la onerosa contribucion llamada el Voto de Santiago, que consistía en que cada labrador tenia que satisfacer por cada yunta tanto mayor como menor que utilizara en sus labores, media fanega de toda clase de granos y legumbres que cosechare, y media cántara de vino; tributo debido al voto hecho á aquel apostol por el rey don Ramiro despues de la batalla llamada de Clavijo, que ayudó á ganar el santo, apareciendo en el ejército cristiano montado en un caballo blanco, y combatiendo espada en mano contra los moros, como nos lo representan sus imagenes en pinturas y en estatuas, por cuyo triunfo se libró el reino de Leon de seguir pagando el ominoso tributo de cien doncellas nobles que cada año debian entregar los cristianos á los infieles, pues sin duda entre estos escasearia el bello sexo, lo cual cuentan con todos sus pormenores las antiguas crónicas; si bien es cierto que criticos juiciosos y sabios anticuarios, han puesto tan en claro en estos últimos tiempos la falsedad de tales invenciones, pues ni ha habido tal batalla, tal voto, ni tal contribucion de doncellas nobles ni plebeyas, que á juzgar por lo que en nuestros tiempos se vé, debemos suponer que los antiguos reyes del pequeño reino de Leon, se debieron sin duda ver muy apurados para poder reunir cada año cien doncellas nobles, pues acaso en la actualidad apesar de la extension del reino se veria en no pocos aprietos el atrevido que quisiera reunir aquel número, reclutado en las elevadas clases. Pero dejando á un lado tan delicado asunto, diremos que la falsedad de todos estos sucesos ha sido puesta tan en claro, que hasta los mismos ultramontanos han tenido que inclinar la frente, ellos tan decididos en todos tiempos á defender los mayores absurdos y disparates, por lo que con aplauso gene-

val de los hombres sensatos la contribucion del Voto fué definitivamente abolida en 1836, si bien con gran sentimiento de los canónigos de la catedral de Santiago, que hasta aquí habian vivido en tanta opulencia que se reputaba una canongía en aquella iglesia superior en productos y beneficios á muchos de los obispados del pais.

El cabildo de Compostela para hacer efectivo el tributo, enviaba á cada arzobispado un canónigo de su seno, encargado de la percepcion y administracion, el que como es consiguiente, pronto se enriquecia viviendo algunos en medio de un lujo y boato que contrastaba muy mucho con la mansedumbre y pobreza de los príncipes de la iglesia en los primeros años del cristianismo. Se hallaban estos delegados del Cabildo revestidos de toda clase de atribuciones administrativas y judiciales, pues ellos designaban lo que cada labrador debería pagar, apremiaban á los morosos, les embargaban y vendian los bienes para hacer efectivo el pago y las costas, que por lo ordinario ascendian siempre al quintuplo y á veces mas de la deuda, llevandose a cabo estas vejaciones sin apelacion alguna, pues cualquiera conocerá que mas que una garantía era una irrision el derecho que se reservaba á todo contribuyente de poder apelar al Cabildo de Santiago en queja de las providencias del Canónigo delegado. Pero basta de voto, extorsiones é injusticias á que su cobro daba lugar, y entremos en materia.

El Canónigo de Santiago, encargado de administrar la renta del voto en el arzobispado de Granada, allá por los años del veinte y y cuatro al treinta, era un astuto y avaro gallego, que segun fama que corria entre los ociosos de aquella ciudad, en pocos años se habia enriquecido como todos sus antecesores, atribuyendole muchos de aquellos desocupados, que se entretienen en hablar y discutir los agenos intereses olvidando los propios, ser poseedor de grandes sumas; por lo que no debemos extrañar que fuese muchas veces dicho canónigo el blanco de várias tentativas para robarlo, por parte de los devotos de Caco. Pero

todos los que habian puesto en practica para dar un asalto á las talegas del Canónigo habian salido fallidas; pues este buen señor tenia tan bien montada su casa, que á nadie se franqueaba la puerta sin cerciorarse antes de que era persona conocida, y que venia sin acompañante alguno, para cuyo examen la puerta exterior de la habitacion tenia un postigo ó ventanillo por el que los domesticos examinaban con prolija detencion al visitante; llevando la precaucion tan adelante, que tenian ordenes secretas del mismo amo, de no abrir la puerta cuando él mismo llamaba, si venia acompañado, á no ser que hiciese una seña convenida. El entresuelo de esta casa, que podia considerarse como una fortaleza, se hallaba ocupado con las oficinas y dependencias de los muchos funcionarios que estaban empleados en la gestion de la contribucion del Voto, por lo que respecto á esta parte de la casa no habia cuidado alguno.

Bien se deja conocer que con estas precauciones el avaro canónigo se habia por mucho tiempo librado de lo que hoy en el lenguage de los cofrades de la muy estendida hermandad de San Dimas se llaman entierros, timos, asaltos, encerronas y demas. Pero como los tales cofrades eran tan ladinos y sutiles como los mejores de hoy, pues es preciso convenir en que siendo el oficio de apoderarse de lo ageno, un arte, este ha progresado mas que otros en nuestro tiempo y en nuestro pais, gracias á los adelantos (del siglo) de la época, los de aquella de la que nos separa mas de medio siglo tenian la suficiente astucia y destreza para salir victoriosos en sus empresas, contando ademas en su favor con que la rudimentaria policia que por aquel tiempo habia en nuestras poblaciones, mas cuidaban de perseguir negros y hereges como apellidaban á los liberales, que en dedicarse á poner coto á las demasías de ladrones y bandoleros, si bien debemos tambien añadir que en este punto se encuentra la nacion en el mismo estado, con la desventaja ademas, de que la policia de ahora, á los mis-

mos defectos de la antigua, añade la de ser muy numerosa y costosa en alto grado. Pero como la nacion es la que satisface sus pingües ~~[illegible]~~ sueldos y emolumentos, no debemos ocuparnos de ello.

El resultado al fin de las várias conferencias que sin duda los antiguos caco de Granada debieron tener para burlar la astucia de nuestro canónigo, y poder hacer una visita á sus talegas, fué el siguiente: Una noche que aquel se dirigia á su casa acompañado de un page que lo precedia alumbrando con una linterna, pues era oscura y fria, y los faroles de las calles estaban como de costumbre, la mayor parte apagados, aun cuando no habia sonado el toque de ánimas, hora la mas tarde á que el canónigo se recogía, al pasar él y su page frente á un portalon oscuro, salieron de él tres hombres apoderandose dos de sus personas, tapandoles el tercero la boca para impedir que pidiesen auxilio, y arastrandolos al portal los desnudaron tan sin misericordia que no les dejaron mas que las camisas y calzoncillos. Hicieron un lio de la ropa, (~~y se marcharon amenazandoles con que si antes de doblar ellos las esquinas de la calle, volverian y sin piedad los matarian~~) y amenazandoles con volver y matarlos si daban voces pidiendo socorro antes de que hubiera transcurrido una hora, se marcharon muy tranquilos y al parecer descuidados. El pobre canónigo ya entrado en años, y el page aunque joven, tardaron en reponerse del susto y sobresalto que eran consiguientes, y no sabiendo qué partido adoptar al verse ambos ~~[illegible]~~ en ropas menores. En el entretanto tres personas bien portadas bajaban ~~[illegible]~~ despacio la calle, tratando al parecer de algun asunto ~~[illegible]~~ importante, pues de cuando en cuando se detenian sin duda para acentuar mas su coloquio. Una de las paradas que hicieron fué precisamente delante del zaguan en que amo y criado no sabian á que santo encomendarse para que los sacase del apuro en que se encontraban. Al ver parados á algunos pasos de ellos y en animada conversacion, á aquellos tres caballeros

el page, mejor repuesto que su temor, salió de ellos á pedirles auxilio y proteccion, ofreciendose de buena voluntad todos tres á prestarla; y enterados á la ligera del suceso y de la calidad del robado, uno de ellos esclamó indignado ¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia! El otro en el mismo tono añadió ¡Haberse atrevido á despojar de sus vestiduras á un sacerdote! ¡Qué sacrilegio! Pero el tercero tiró por que lo primero era cubrir, con su capa á aquellos robados, y al efecto quitandose la capa que llevaba envolvió con ella al canónigo; lo mismo hizo otro con el page, conduciendolos á su casa, demostrando con ambos en el camino las mas delicadas atenciones, por lo que el canónigo dedujo que los tres desconocidos que tan providencialmente habian acudido á su socorro, eran personas bien educadas y de buena sociedad. Llegados que hubieron á la casa del canónigo el page se adelantó á llamar; el ventanillo se abrió, y aunque conoció la criada á su amo, como lo vió en distinto trage, y ademas acompañado de desconocidos y que no hacia la señal convenida se detuvo en abrir. El canónigo que por su estado de agitacion habia olvidado este requisito, al ver dudosa á la criada la reconvino y la ordenó que abriera con entera confianza, como así lo hizo dando entrada al amo, page y los tres caballeros.

Cuando los primeros dieron cuenta del robo de que habian sido víctimas, todos los de la casa se pusieron en movimiento, y acudieron sin ceremonia á la sala principal donde los caballeros habian sido introducidos, y donde el page principió la relacion de todo lo ocurrido, mientras el canónigo en su gabinete se estaba vistiendo, á fin de presentarse á sus salvadores, darles las gracias, y devolverles la capa con que habian cubierto su casi desnudez.

Equipado ya de buen eclesiastico se presentó á todos, ocupó el mejor asiento que la chimenea, pues en efecto el frio que habia sufrido lo tenia aterido, y despues que le sirvieron un buen vaso de vino caliente con canela; principió á hacer el relato de como habian sido

él y el page sorprendidos, desmandados, probados y demás hasta el providencial Berro de aquellos tres caballeros que habian acudido en su ayuda. La familia de la casa la componian ademas del canónigo y el page, una hermana del primero, vieja apergaminada y enjuta, y dos criadas, ambas robustas mocetonas de las orillas del Miño, que agrupadas al rededor de un amor oian con terror la relacion del canónigo y las lamentaciones del page. Los tres caballeros que se habian situado convenientemente, cuando la relacion hubo concluido, y tanto el canónigo como su hermana les expresaban su reconocimiento, uno de ellos se levantó, cerró con violencia la puerta de la habitacion, única salida, mientras los otros dos, pistolas y puñal en mano, se arrojaron sobre el auditorio, les intimaron la muerte si daban el mas leve grito ú oponian la menor resistencia, y mientras uno amordazaba y ataba á los dos hermanos, page y sirvientas, que fueron las únicas que pusieron alguna resistencia, el otro los contenia apuntando con las pistolas, y el tercero fué á franquear la puerta á los tres camaradas que habian combinado este robo en dos actos. Reunidos los bandidos y vigiladas las víctimas, lograron por fin su deseo por tanto tiempo acariciado de dar su abance á las talegas del canónigo: avance que fué en toda regla, pues se llevaron cuanto dinero, halajas y [illegible] los encontraron en la casa, la que registraron y saquearon completamente. Las cinco víctimas las dejaron sólidamente atadas y amordazadas, teniendo hasta la prevision de dejar cerradas cuando se marcharon las puertas de las habitaciones.

Vino el dia, y á la hora acostumbrada se abrieron las oficinas del Coro, si bien los dependientes echaron de ver que la puerta que daba entrada á las habitaciones del canónigo, contra lo acostumbrado permanecia cerrada, y ni el page habia salido á la compra, ni las criadas á hacer la limpiera como tenian de costumbre todas las mañanas. Esto los puso en cuidado, por lo que llamaron á la puerta, y

viendo que nadie respondia, ~~[illegible]~~ y solo se oian ~~[illegible]~~ gemidos comprimidos y ruidos de personas como arrastrandose por el suelo, se alarmaron de veras, mandaron descerrajar la puerta y franqueada que fué la habitacion, tanto los dependientes de la oficina como los muchos que habian acudido, no ~~[illegible]~~ pudieron por menos de quedar mudos de espanto ante el terrible cuadro que se presentó á sus ojos. Echados en tierra atados y amordazados se encontraban el canónigo y su hermana, el page, y las dos ancianas criadas; desatadas sus ligaduras, y recobrado el uso de la palabra dijeron cuanto á unos y otros les habia sucedido en la terrible noche anterior, desde el robo en la calle á el otro mas temible y formal, llevado á cabo en la casa, cuyos muebles rotos, bufetes, cómodas y baules descerrajados, y multitud de objetos esparcidos por todas partes, daban testimonio del saqueo que habian llevado á cabo los audaces y terribles ladrones. El page y las criadas pronto se repusieron, pero los dos ancianos hermanos, estuvieron muchos meses sufriendo los terribles efectos de tan brutal atropello.

La policia principió á hacer averiguaciones, todas por desgracia infructuosas, pues los casos, como acontece muchas veces por desgracia en nuestro mal gobernado país, no fueron habidos; y por ~~[illegible]~~ los murmuradores de oficio, se dijo que entre los ladrones habia personas de rango, es decir sujetos de los muchos que se encuentran en la buena sociedad, que gastan lujo y boato, sin saber nadie el origen de sus aparentes riquezas, y cuyo buen nombre, finos modales, alta posicion y aun exhibicion de condecoraciones y ostentacion de títulos nobiliarios, falsos ó verdaderos, no les impide hallarse inscriptos y formar parte la mas importante y terrible de la tan extendida y misteriosa cofradia de San Dimas, ó sea del buen ladron. Concluiremos diciendo que la co-hermandad, puesta sin duda bajo el patrocinio de Gestas, y compuesta de hampones ~~rateros~~, escapados de presidio, granujas, [illegible] y plagiarios, aunque análoga en los fines, y tan criminal una como otra,

y acaso mucho mas la primera, no goza de los privilegios de esta, pues sobre los [illegible] ejerce su vigilancia nuestra policia, y los tribunales se muestran inexorables con los rateros que caen en sus manos, y que enviados á los presidios, en ellos como escuelas del crimen, se perfeccionan en el estudio del robo, del engaño, de la falsificacion y estafas; y los mas aprovechados cuando se ven libres logran con mas ó menos trabajo ingresar en la alta sociedad de San Dimas, abriendose ante ellos un campo mas vasto y productivo, donde ejercer sus instintos de rapiña, viendose en vez de vigilados favorecidos por la policia.

El lego que fué á jeringar y volvió jeringado.

Entre los muchos y en su mayor parte pequeños pueblos de las Alpujarras, existe uno que se llama Almegíjar con su anejo Notaez, que distarán entre sí poco mas de un kilómetro, por cierto de muy mal camino como todos los alpujarreños. Están situados en la vertiente meridional de Sierra Nevada, frente á la Contraviesa, y en los contrafuertes que limitan por su derecha el rio de Cádiar. Ambos forman un ayuntamiento y una sola parroquia, si bien cada uno tiene su iglesia propia. Como para nuestro objeto no interesa nada la posicion y circunstancias de tan reducidos pueblos, que contarán apenas entre los dos unos trescientos ~~doscientos~~ cincuenta vecinos, solo diremos que ocupan como la mayor parte de los de la Alpujarra una situacion pintoresca, rodeados de castaños, olivos, morales, higueras y otros árboles frutales, y todos sus contornos se hallan cubiertos de frondosos viñedos que producen un vino excelente y el reputado aguardiente alpujarreño. Nada mas diremos de estos dos humildes lugares, donde allá por los años de mil ochocientos veinte y cinco ó veinte y seis, tuvo lugar el suceso tragicómico que vamos á referir, + En uno de dichos años, no recuerdo cual, obtuvo del Señor Arzobispo de Granada el cargo de cuaresmal para la predicacion durante la cuaresma, tanto en Almegíjar como en Notaez, un reverendo padre de la orden de San Francisco, que acompañado de su + imprescindible ~~inseparable~~ lego se presentó en ellos segun costumbre, uno de los dias de Carnaval.

[Margin note:] que refleja una [illegible] en el carácter g. + [illegible]mos por apuntado [illegible] el capítulo [illegible] [illegible]rior

Y aquí diremos para evitar divagaciones, que en la diócesis de Granada existe desde tiempo muy antiguo, la costumbre de nombrar todos los años para cada feligresía, un padre de las órdenes mendicantes, cuando estas existian, como en la época á que nos referimos, y despues un exclaustrado, que se dirigia al pueblo + que le designa-

ban para hallarse en él el miércoles de ceniza, y continuar allí toda la cuaresma hasta la pascua de Resurreccion, en que daba fin su cometido; que consistía en predicar dos ó tres veces á la semana sendos sermones, y ayudar al clero parroquial en las funciones de Semana Santa, sin duda para que estas se celebrasen con mas solemnidad en aquellos humildes templos, algunos construidos de adobes, y en los que muchos años despues oí á algun cuaresmal, demasiado fervoroso, tronar contra la gula, á feligreses que se daban por muy contentos cuando no les faltaba el pan de maiz y centeno: declamar contra el lujo á infelices que en su mayor parte se hallaban casi en cueros: amenazar con las terribles penas del infierno, á desgraciados que para procurarse algun pobre sustento trabajaban sin descanso diez horas al dia en el invierno, y mas de catorce en el verano. Pero dejemos estas intemperancias propias del oficio de predicador cuaresmal, y digamos que todos ellos ganaban bien su estipendio, que consistía en una póstula que el domingo de pascua se hacia, yendo el predicador acompañado del Parroco y demas eclesiasticos, del ayuntamiento y notables del pueblo, de calle en calle y de casa en casa, pidiendo para el primero, sin que nunca se diera el caso de que algun vecino, por pobre que fuera, dejase de contribuir ya con aves, huevos, granos ó legumbres, y algunos, pocos, con dinero, pues este siempre escaseaba en todos los pueblos de la Alpujarra, exceptuando los de la costa. Todo se admitía, y en los lugares desahogados y de algun vecindario, ascendía la póstula á una regular suma en dinero y en especies, con que el predicador regresaba á su convento ó á su casa. Así es que los púlpitos de algunas poblaciones acomodadas, si á esta calidad añadian la de ser sus moradores algo fanáticos, eran muy solicitados; y aun se murmuraba que para lograrlos tenia el agraciado que adelantar alguna suma al señor secretario del Arzobispo, sin duda para invertirla en ... asuntos piadosos.

Pero volvamos á Almegíjar y á su cuaresmal y conocido lego. El primero, acaso por humildad y obediencia propias de la orden cuyo hábito vestía, había sin duda aceptado el púlpito de aquel pequeño pueblo, en el que como en todos los que tenían anejo con iglesia, el trabajo era doble, pues á la vez que predicaba por la mañana en el pueblo principal, tenía que hacerlo por la tarde en el anejo, sin quedarle el recurso de repetir los sermones, pues esto hubiera perjudicado sus intereses aminorando la colecta, puesto que el fervor religioso de los habitantes, principalmente el de las mujeres desocupadas, era tal que muchas no se contentaban con oir el sermon en su iglesia, sino que iban tambien á la del anejo y vice versa, con el mismo propósito; pues como hemos dicho la distancia entre ambos lugarcillos no pasaba de un quilometro. No sé como no les predicaria empachado alguno tanto sermon, pues cuarenta y á veces mas en una cuaresma, era á mi ver lo suficiente para adquirir un cólico de sermones.

Volviendo á nuestro asunto diremos, que así como el reverendo franciscano era un padre entrado en años, virtuoso y muy comedido, á la vez el lego era un socarron cumplido, de esos que esquivando el trabajo se acogian á los conventos para ocultar su ociosidad y vicios, sin renunciar por supuesto á estos. Así es que á pesar del buen ejemplo que le daba el padre, era muy aficionado al vino y francachelas, y lo peor de todo á enamorar alpujarreñas. Entre estas llamó su atencion una moza recien casada de Notáez, á la que siempre que veia no dejaba de requebrar, si bien ella lo despedia airadamente; lo que no impedia al lego volver á la carga por aquello sin duda de que á fuerza de martillazos se consigue al fin ablandar el hierro. El marido que se apercibió de esos avances del lego, y que sin duda debia ser descendiente de los antiguos moriscos de aquellas tierras, se propuso dar una leccion algo ruda á nuestro amartelado fraile, y para llevar á cabo su plan

propósito, obligó á su muger, que se resistia á secundarle, á que diese una cita al lego para una noche y hora determinada. En efecto la garrida mora, aunque contra su voluntad, tuvo que obedecer á su marido, y encendida de rubor, que no era en verdad causado por el pudor como lo creyó el engañado fraile, sino por el temor de lo que pudiera ocurrir, citó á este para tener con él una conferencia reservada.

El enamorado lego, loco de contento pues se hizo la ilusion de que sus lúbricos deseos iban á ser satisfechos, vió el cielo abierto, nó el de su seráfico padre, sino el de la lujuria; así es que apenas sirvió la cena al padre cuaresmal y lo vió recogido en su lecho, se apresuró á tomar el camino de Noaez, enteramente solitario, pues eran mas de las diez de la noche; soledad que le convenia, como á todo el que trata de llevar á cabo alguna mala accion, que desea no ser visto. Llegó con felicidad casa de su Dulcinea, que temblando le abrió la puerta y lo introdujo en lo interior de su reducida casa; no siendo poca la sorpresa del lujurioso fraile al verse recibido por el marido y otros dos mocetones que irónicamente lo invitaron á que tomara asiento, y que dijera la causa á que obedecia tan honrosa visita, pues debia ser de importancia atendiendo á lo avanzado de la noche. El pobre lego que conoció aunque tarde, que como raton goloso habia caido en la trampa, desconcertado y balbuciente trató de disculparse como pudo; pero aquellos tres desalmados sin atender á sus súplicas y ruegos, le obligaron á alzarse los hábitos, bajarse las bragas, presentar agachado la parte prepostera de su humanidad, y que quiso que nó, mientras dos lo sujetaban, el marido le puso una ayuda de una infusion ó cocimiento de guindillas ó pimentillos picantes que habia preparado en un lebrillo. La humanidad frailuna recibió sin poderlo evitar este refrigerio; despues fué puesto en la calle, y amenazado sino se ~~[illegible]~~ enmendaba renunciando á sus criminales deseos, para en caso de reincidencia, recibir no un geringazo como aquel, sino otro aplicado con

su saber.

Cariacontecido, magullado de los golpes que habia recibido en la lucha que habia sostenido con aquellos tres jayanes, y maldiciendo de la muger pérfida que suponia ser la causa de su desgracia, el geringado lego tomó el camino de Almegijar, resuelto á callar el lance pesado de que habia sido víctima, jurando tomar venganza de aquellos foragidos. Pero el pobre fraile no contaba con la huespeda; y esta la tenia dentro de su cuerpo, pues al poco tiempo que se puso en camino, el escimiento ó infusion de los pimentillos picantes principió á obrar con tanta energía que el infeliz lego se vió acometido de fuertes dolores de vientre, que se hicieron tan violentos, que rendido y sin fuerzas tuvo que recostarse en el camino encomendandose á Dios y á todos los santos, pues creia llegada su última hora. Al amanecer lo encontraron exánime los trajinantes, que compasivos lo condujeron á Almegijar, donde con gran susto lo recibió el padre franciscano que ignoraba lo que habia sucedido. Bien hubiera el lego querido, como se propuso, guardar el secreto; pero viendo que su estado se agravaba, confesó el hecho, si bien callando por prudencia la verdadera causa que en tan mal hora lo habia llevado á Notaez.

Tuvo que intervenir la justicia, principiandose la correspondiente sumaria; y si bien el geringado lego pudo al cabo de muchos dias recuperar en parte la salud, gracias á su robustez y á las medicinas que le propinaron, los autores de aquel hecho tan salvage fueron encarcelados, encausados y condenados por último á pesidio; siendo lo peor que todos ellos quedaron arruinados, pues las costas del proceso, como en aquella época acontecia, ascendian siempre á mucho mas que los bienes de los condenados á pagarlas. No hay que decir que del sumario solo resultó que el lego habia sido violentamente geringado; y sin duda por prudencia y por honra al santo hábito que vestía, y que por desgracia tantas ini-

quidades ha siempre cubierto, no se hizo mencion alguna de la verdadera causa de la ida del lego á el Ocaer, y el impulso que allí lo llevaba, y que sin duda hubiera servido de circunstancia atenuante á aquellos desgraciados.

Aventuras de algunos vejigueros en las Alpujarras.

Ya que acabo de relatar lo sucedido á un fraile lego en un pueblo de la Alpujarra, voy á entretenerme en describir algunas costumbres peculiares de esta comarca, y muy en uso allá por los años del cuarenta al cuarenta y siete, época en que ejercí mi profesion en aquel territorio, por cierto muy poco conocido y peor juzgado; si bien creo que en la actualidad muchos de los hechos ana logos á los que voy á referir, habrán tenido su necesario correctivo, gracias á la Guardia Civil, y á la mas recta y equitativa administracion de justicia.

Se designa con el nombre de Alpujarra usado ya en singular como en plural, todo el territorio comprendido entre las vertientes meridionales de Sierra Nevada y el Mediterraneo, principiando en Orgiva y terminando en Ohanes, estos, comprendiendo un espacio casi cuadrado, de unas quince leguas de largo por nueve ó diez de ancho, y que comprende setenta y cinco pueblos con ayuntamiento propio, y mas de treinta anejos ó aldeas, dependientes de los primeros, divididos en Thaás, palabra arabe que significa partido ó reunion de varios pueblos. La Alpujarra enclavada en el territorio del antiguo reino de Granada, corresponde hoy en su mayor parte á esta provincia y el resto á las limitrofes de Almeria; y en vez de formar como hasta 1835, un solo corregimiento, en la actualidad se encuentra dividida en cinco partidos judiciales con otros pueblos de dichas dos provincias que se les há agregado. Su territorio, cuya poblacion verdadera se acercará á unos 130 mil habitantes, ademas de ser en extremo agreste y montuoso, ofrece la singularidad de presentar bien marcadas las tres zonas en que dividimos el globo; pues á la ver que en la costa alpujarreña se esperimentan casi los intensos calores de la zona tórrida, hallandose aclimatados allí los frutos y plantas propias de esta region, en la parte media, se disputa la benignidad

de los climas templados, fructificando el naranjo, olivo, moral, higuera, granado y multitud de arboles frutales, principalmente la vid; mientras en lo mas interior de Sierra Nevada el clima es semejante en algunos parages al propio delas zonas frias, viendose todos aquellos barrancos cubiertos de nieve la mayor parte del año, sin prosperar en algunos pueblos ni la vid, ni el olivo, pero sí el castaño, encinas y chaparros; y si algun atrevido viajero ascendiese hasta el pié de Mulahacen, Veleta y demas altos picos, que despues dela cordillera de los Alpes, son los mas elevados de Europa, se veria en plena zona glacial.

Este territorio, que tiene su historia propia, pues parece que los arabes no pudieron enseñorearse de él cuando invadieron la peninsula, y solo el tiempo hizo al fin que prevaleciera allí sus costumbres, religion y creencias, pasados los siglos se identificó al fin de tal modo con la raza mora, que despues dela conquista de Granada por los Reyes Católicos, permanecieron sus moradores tan aferrados al islamismo, que costó arroyos de sangre el vencer y someter á los habitantes, habiendo principiado en aqueste territorio la rebelion delos moriscos en el año de 1568; siendo la Alpujarra el principal foco de aquella sangrienta guerra, que despues de tres años de horrores y excesos inauditos por uno y otro bando, acabó con la extincion dela raza mora, que fué expulsada de su territorio y de España, relegandola á las riveras de Africa. Pero aunque repoblada de nuevo la Alpujarra por familias traidas de otras provincias de España, con todo, siendo una ley natural confirmada por la experiencia, que los hombres se adaptan al terreno que habitan, los actuales alpujarreños, valientes, activos, trabajadores y astutos y suspicaces como todos los montañeses, á su sobriedad y sencillas costumbres, reunen un caracter tal de independencia y arrojo, que con frecuencia se manifiesta en los actos mas triviales de la vida, como daremos á conocer en los varios sucesos de que voy á ocuparme.

Viejo es en España nuestro erroneo sistema administrativo; y aun

cuando desde hace muchos siglos, escritores ilustres han clamado para haber de remediar los abusos, estos por desgracia en vez de disminuir se van acrecentando cada año, hasta el estremo, que lo escesivo de los tributos dará al traste con con nuestra produccion agrícola, fuente de toda nuestra riqueza. Pero es mas, á lo crecido de las contribuciones y mal reparto de ellas, se reune otro mal, cual es el modo de percibirlas, usandose tan irritantes injusticias, que mientras que al rico se le conceden toda clase de moratorias, al infeliz contribuyente se le despoja hasta de la ropa que viste, sin contemplaciones de ningun genero, llegando el caso de que en todas las capitales de provincia existia en aquella época, una falange de individuos, que sin oficio ni rentas, vivian de los apremios que las oficinas de rentas enviaba á los pueblos, haciendo mas aflictiva la miseria de estos.

Tales comisionados de apremio, cuyo número ha disminuido algun tanto, desde que la Hacienda no recauda las contribuciones directas, y conocidos del vulgo de los pueblos con el gráfico nombre de <u>vejigueros</u>, son odiados de todos, pues nuestros inconcientes campesinos, imitando al perro que se revuelve y muerde el palo que lo castiga, en vez de dirigirse al brazo que lo esgrime, toman por blanco de su cólera al pobre diablo que los apremia, en vez de rebelarse contra el que lo envia, ó con nuestros ineptos gobiernos culpa de todo, ó mejor espresado, contra ellos mismos que consienten y toleran tales desmanes é injusticias. Pero basta de inútiles reflexiones, y vengamos á nuestro objeto. En toda la Alpujarra, se detestan y odian como en el resto de España á toda clase de vejigueros; pero aquí gracias al caracter independiente, altivo y agreste de sus moradores y sobre todo á la estrecha union entre ellos, que es tal en la mayor parte de sus pueblos, que si efecto de una injusticia se cometen un delito, por atroz que este sea, nadie denunciará ni declarará contra el delincuente, los tales vejigueros han sido á veces victimas de inauditos atropellos hasta el estremo que en la época á que nos referimos los intendentes de Granada, no solian encon-

trar comisionados que se atreviesen á arrostrar los peligros de ir á alguno de aquellos pueblos. Para muestra vamos á referir algunos hechos.

Llega un desdichado vejiguero á Válor, cuyos habitantes son acaso los mas salvages y fanáticos de toda la Alpujarra: desempeña su cometido, y cuando la Provincia, nombre con que en aquella época se conocian los ayuntamientos, hubo satisfecho los atrasos por que se le apremiaba, le abonó, sin mucho regatear, el importe de las dietas, generosidad que debería haberlo puesto (~~muy con~~) desde luego muy en guardia; el pobre diablo trató en seguida de regresar á Granada contento y satisfecho en vista del buen resultado de su comision, pero la tarde del dia anterior al de su marcha, comete la insigne torpeza de aceptar un convite al que lo invitan ciertos sujetos con los que habia entablado algunas relaciones, y con los que se dirigió á una casa de campo en la que digeron se iba á celebrar el festin. Ya al pié de la sierra sus acompañantes se arrojan sobre él, lo despojan de lo que habia percibido de costas, lo maniatan, y lo que es mas horroroso, lo meten en el vientre y pecho de un mulo muerto, al que previamente habian sacado todas las visceras, y cosiendo la piel del animal, queda el triste comisionado con solo la cabeza y las piernas fuera de aquella repugnante prision. Abandonado en medio de un desierto, sin poderse valer, pues las manos y pies los tenia solidamente atados, y con los dientes no podia rajar la piel del mulo para poder salir de su estraña prision, pasó el miserable toda la noche dando lamentos. Vino el dia, y por mas que gritó, nadie acudia á su socorro, viendo estenuarse sus fuerzas con los violentos esfuerzos que que se veia obligado á hacer para ahuyentar á voces los avantos, nombre que allí se dá á los buitres que el olor del cadaver del mulo atraia premiosos á satisfacer su voracidad, y á los perros que se dirigian allí con el mismo objeto, temiendo el pobre verse devorado por aquellos animales, si bien los cuervos de estos fueron los que lo salvaron.

Un pastor que observó que los bravos mastines que guardaban el gana-

do que apacentaba, al dirigirse hacia un objeto lejano que él no apercibía lo que era, se detenían en su veloz carrera, y ellos tan valientes, retrocedían despavoridos, orejas gachas y rabo entre piernas, excitó su curiosidad, y guiando hacia allí las ovejas con objeto de enterarse de lo que aquello era, al poco trecho oyó los lamentos de una persona, por lo que acelerando el paso poco tardó en cerciorarse de la verdad, y movido á compasión libró de su prisión al desgraciado vejiguero, que en mucho tiempo no pudo recobrar el movimiento de sus torturados miembros. Al fin y con trabajo pudo dirigirse al inmediato pueblo de Yegen, donde contó su desgracia; y si bien algunos lo compadecieron, la generalidad al enterarse que era un comisionado de apremio no le hicieron caso, teniendo el infeliz que regresar á Granada implorando la caridad pública, y sin el consuelo de que se le hiciera justicia pues el hecho no llegó á justificarse. Es de creer que quedaría curado de su afán á desempeñar comisiones de apremio, al menos para los pueblos de la brava Alpujarra.

En Soportújar, otro pueblo de esta, usaban de medios menos inhumanos, pero para el caso bastante eficaces. Al punto que se presentaba un vejiguero, salía por las pendientes calles del lugar, un chusco con bacinilla de metal, y que remedando á los hermanos de la caridad de Granada en los casos de ejecución de algún reo condenado á muerte, gritaba con voz estentórea: „para hacer bien y decir misas por el alma de un comisionado de apremio que ha llegado hoy, y que en pena de su atrevimiento será ahorcado mañana." Los vecinos acudían muy serios á depositar su óbolo en la bacinilla del postulante, reuniendo de este modo lo suficiente para celebrar una francachela á costa del miedo del pobre vejiguero, que al preguntar la causa de lo que oía, que él creía ser una broma pesada, le respondían todos con el mayor aplomo: no es broma como usted se ha creído, sino una costumbre inveterada en el país, y si usted no toma pronto las de Villadiego, acaso le pese demasiado, si es que queda para contarlo, pues lo menos mal que pueda sucederle es recibir una paliza que no le quede un hueso sano, sin que le valga ni Dios ni Roque. Si acudía al alcalde á

pedirle proteccion, este le contestaba que sus paisanos eran unos salvages, capaces de cometer cualquier atrocidad, que él no podia evitar, pues de quererlo, á pesar del cargo que ejercia era muy probable que saliera mal librado. En vista de la actitud hostil y amenazadora de todos los vecinos, hasta las mugeres, el resultado era que los comisionados tomaban el camino de la capital, maldiciendo su mala suerte que le habia deparado pueblos tan brutos como los del Riff, de donde eran oriundos sus moradores. Y gracias si en la escapatoria no recibia alguna granizada de guijarros con que solian despedir á los vejigueros los pilluelos y aun las mugeres de Soportujar.

Y no solo tales atentados tenian lugar contra aislados é indefensos comisionados de apremio; sino que en ocasiones se extendian hasta las autoridades judiciales. Por los años de 1840 salió de Ugijar en comision el Juez de primera instancia acompañado de un escribano, y el correspondiente alguacil, dirigiendose á Mecina Bombaron, uno de los pueblos mas grandes de la Alpujarra pues contaba mas de seiscientos vecinos, para practicar en él várias diligencias judiciales en una testamentaría. Y aquí debemos hacer presente, sino en descargo en atenuacion al menos de este y otros desmanes que en aquella época tuvieron lugar, las circunstancias siguientes.

La Alpujarra hasta 1835 formó uno de los mas ricos, productivos y poblados Corregimientos en que se hallaba dividida la Peninsula, y en los que los Corregidores asumian las funciones judiciales y las administrativas. La capital que era Ugijar, es una hermosa villa asentada en terreno llano y rodeada de fecundos campos, situacion muy excepcional en las Alpujarras, donde casi todos los pueblos, si se exceptuan algunos de la costa, se encuentran colocados en las mismas riscas, pareciendo al que de lejos los mira nidos de águilas mas bien que moradas de hombres, sin acertar por donde se podrá subir hasta ellos. En dicha capital del antiguo Corregimiento, se contaban multitud de abogados, escribanos y curiales, que holgadamente vivian de los muchos negocios que allí se ventilaban. Vino en 1835 la racional y necesaria division judi-

cial de la Península, desapareciendo los Corregidores, que fueron reemplazados por jueces de primera instancia y sin ninguna atribucion administrativa. De aquí que los pueblos de la Alpujarra se vieron repartidos en cinco partidos judiciales, comprendiendo el de Ujijar 17 pueblos de los 65 que hasta allí habian estado sujetos á su jurisdiccion, y con un número de almas que ahora excedia poco de treinta mil. De aquí la ruina y la miséria de aquella parte de poblacion que vivia de los negocios, que de repente se encontró sin ocupacion y sin medios de subsistencia, apelando para no morirse de hambre á los mas reprobados manejos, contando por desgracia con la connivencia de algunos de los jueces y promotores, la falta de un Código penal, y la circunstancia de tener que vivir aquellos, +dos magistrados por su Código sueldos, con el importe de los derechos judiciales en que entendian.

¡ Desgraciados los 17 pueblos que componian el partido de Ujijar! A la mas leve noticia de alguna riña que en cualquiera de ellos tuviera lugar, el juzgado entero se constituia en él; siendo el resultado mas probable quedar reducidos á la miséria los que mas ó menos directamente hubiesen tomado parte; y gracias si el alcalde ó fiel de fechos, como entonces se llamaba á los secretarios de ayuntamiento escapaban de verse encarcelados; á veces por no haber principiado el sumario de un delito que no existia ó del que no habian tenido noticia, viendose unos y otros obligados á ~~pagar~~ entregar unos cuantos duros, no en consonancia con la gravedad de la falta, si es que la habia, sino en relacion con la fortuna de cada uno. El juzgado nunca regresaba á Ujijar, se decia con el mayor cinismo, con la bolsa vacía.

Recuerdo que ejerciendo mí facultad en Válor, dos mozos por cuestion de novias se dieron unos cuantos garrotazos, pero sin herirse ni causarse lesion alguna de importancia, por lo que no reclamaron asistencia alguna facultativa. La primera noticia de esta reyerta, fué la presentacion en el pueblo, del Juzgado, que se habia enterado por hablillas mas ó menos exageradas de lo ocurrido. Constituido el tribunal en la casa ayuntamiento,

fueron llamados ante él los mozos, el alcalde y yo como facultativo. Mandome el juez que reconociera á uno de aquellos, y despues de verificado aseguré que no le encontraba lesion alguna. Bien se conoce, respondióme con cinismo el promotor fiscal, que ó no quiere usted ver, ó que vé muy poco, cuando no advierte el cardenal que este joven tiene en la frente. Pues aseguro á usted, contesté con firmeza, que veo bien; y en este caso mas aun de lo que quisiera, y me afirmo en que en el sitio que usted ha señalado no existe la mas leve señal de lesion alguna. Eludí por prudencia las insidiosas preguntas que me hicieron, pues harto conocia las mañas del juez, promotor y escribano, que me despidieron bruscamente, pues no se les pasó desapercibida la fisonomia, de que acaso veia mas de lo que quisiera. El resultado fué poner á contribucion á los padres de los mozos que habian reñido, á los de otros que habian presenciado la reyerta, y al alcalde por su poco celo en inquirir delitos de aquella gravedad, llevandose unos cincuenta duros que se repartirian como hacen los ladrones con lo que roban en los caminos públicos, si bien con la diferencia de que estos al ejercer su industria se exponen á recibir un trabucazo; mientras aquellos magistrados despojaban al prójimo sin riesgo alguno.

Ya debe suponerse el odio, animadversion y aun horror, que los 17 pueblos que comprendian el juzgado, manifestaban á este, que así los vejaba en toda clase de negocios en que tenia que entender, mayormente cuando comparaban las vejaciones de que eran objeto, con la dicha de los demás pueblos alpujarreños pertenecientes á otros juzgados, en que si bien habia abusos, como siempre los habrá por desgracia en nuestro envilecido país, pero que no consentian en verdaderos robos como los que con frecuencia llevaba á cabo con el mayor cinismo el de Ugíjar.

Pero nos hemos extraviado de nuestro propósito; por lo que volveremos á ocuparnos del juez, escribano y alguacil que desde dicha villa se dirigian por aquellos vericuetos á Mecina Bombaron á evacuar las diligencias judiciales como ya hicimos mencion. El alcalde que se hallaba advertido

de la poco agradable visita del Juzgado, y complice sin duda de la dura leccion que tenian preparada, bajo pretesto de que su casa era reducida para alojar en ella á tan ilustres huespedes, se avistó con su abuela, anciana octogenaria, sorda como una tapia y casi ciega, que habitaba ella sola con una antigua sirviente, una amplia casa, proponiendola que en ella se alojarian dichos señores. La vieja se opuso, pero á las reflexiones del nieto, de que de nada tendria que ocuparse, pues solo necesitaba el local, puesto que la comida y servicio quedaba á su cargo, y todo vendria de su casa, accedió por fin, aunque con repugnancia. Dispuesto todo, el mismo alcalde y los vecinos mas notables salieron á recibir al Juzgado y lo condujeron á la citada casa, disculpandose la autoridad local de no haberlos alojado en la suya, por su poca comodidad. Fueron agasajados con una esplendida ~~cena~~ cena, en que menudearon los brindis, y ya bien entrada la noche condujeron al Juez y escribano á la cámara donde tenian dispuestas las camas, despidiéndose todos y deseandoles un buen sueño. Al alguacil se lo llevó el alcalde á su misma casa, sin duda con el propósito de que no figurase en la tragi-comedia que tenian preparada.

Se sabe que en la Alpujarra, los techos de las casas, principalmente en los pueblos de la sierra no tienen tejas, pues estas volarian en los dias de furiosos vientos que allí con frecuencia se desencadenan; por lo que se hallan cubiertas de una capa de tierra especial llamada launa, que las preserva muy bien de la intemperie, y que en vez de tejados se ~~hallaban~~ hallan cubiertas de azoteas, donde secan el maiz, los pimientos, y sirven para otros usos. La cámara en donde en mullidos lechos gozaban el Juez y escribano de las delicias de Morfeo, digiriendo la abundante y suculenta cena que les habian servido, pues es costumbre entre los habitantes de aquellos riscos, heredada sin duda de sus antepasados, los árabes del desierto, obsequiar opiparamente á los forasteros, tenia el techo cubierto como el de todas las habitaciones altas, de la referida capa de launa, en la que practicaron, ó mas bien estaria ya preparado un boquete, por el que se descolgaron algunos hom-

bres renueltos, cuyo número no llegó nunca á saberse, pues los agredidos no pudieron precisarlo, y solo sí que se vieron desagradablemente dispertados, sujetos con violencia y que á pesar de su esfuerzo para defenderse, recibieron en la oscuridad tal ~~vapuleo~~ tunda de azotes aplicados con un alpargate duro, que quedaron tan magullados y doloridos, principalmente el escribano, al que hubo que practicarle várias sajas en las posaderas; que despues de desaparecidos los incognitos vapuleadores, apenas pudieron gritar pidiendo auxilio, sin contestarles por supuesto nadie. El Juez salió mejor librado, pues á los dos ó tres dias, despues de haber practicado cuantas diligencias le sugirió su celo en averiguacion de los autores de un hecho tan salvaje, pero que no dieron resultado alguno, cabizbajo, triste y ardiendo en deseos de venganza pudo trasladarse á Ugijar, pero andando casi todo el camino, pues el estado de sus hinchadas posaderas no le permitian cabalgar. El escribano, de apellido Valverde, al que despues conocí con el apodo de lazotado, no pudo en muchos dias abandonar el lecho.

Cuando la noticia de este violento y nocturno vapuleo, se esparció por aquellos pueblos, todos sin distincion de clases y personas celebraron el hecho, complaciendose en la impunidad; pues por mas diligencias, astucia y amaños de todas clases que puso en juego el Juzgado, los autores y complices no fueron descubiertos, viendose al cabo la autoridad en el triste caso de tener que sobreseer, dejando abierto el sumario, por falta de pruebas ó indicios de los autores.

Pasemos ahora á otro tambien triste suceso de que fui testigo. Encontrandome de médico en Capileira pueblo del Barranco de Poqueira, situado al pié de Veleta, una noche que me hallaba de visita casa de uno de los principales del pueblo, don Julian Encino, con el que tenia bastante amistad, noté que se hallaba como contrariado, preguntando dos ó tres veces á sus domésticos si no venia el compadre Zambomba; por lo que colegí que se trataba de algun negocio importante; y cuando dicho compadre se presentó intenté retirarme; pero el Encino no lo

consintió, diciendome que aunque secreto el negocio para el que llamaba á Zambomba no quería ocultarlo de mí. El tal compadre era de agigantada estatura, grueso y fornido, con unas manos capaces de derribar un toro de un puñetazo: cabeza voluminosa y cubierta de encrespados pelos; su rostro ovalado, con frente despejada, espesas cejas y barba poblada; nariz descomunal, boca grande y ojos pequeños, pero relucientes como los de un gato. En fin este coloso, dependiente del Encino que lo protegía, ~~[illegible]~~ se encontraba en la plenitud de su edad, y siempre me había llamado la atencion por su alta estatura, inteligente fisonomía, y al mismo tiempo por lo rudo y fiero de su semblante. Si cuando la expulsion de los moriscos se quedaron, como se asegura, algunos de ellos guarecidos en lo intricado de aquellas sierras y precipicios, no hay duda que el tal Zambomba era descendiente de ellos, y hubiera hecho honor á los Monfies sus antepasados. Pero oigamos el diálogo entre él y su amo. Este le dijo: te he llamado para un negocio secreto y de importancia, que es el siguiente: ya sabes como todo el pueblo, que la viuda del tio Gavilan ha tenido que malbaratar la seda que espera cosechar para con su importe, que ha recibido adelantado, poder pagar las dietas á ese condenado vejiguero que ha venido á apremiarla para hacer efectivas las costas que su difunto marido había contraido en la Audiencia de Granada. Y como sea un acto de caridad favorecer á esa desgraciada, que despues de haber perdido á su esposo, se ha quedado arruinada por las deudas y embrollos que aquel dejó, hemos dispuesto los amigos que mañana, que se marcha á Granada el comisionado y vá á llevarlo en su mula el tio Chirivias, tu sales antes y los esperas en la cuesta de Caratamas, armado con tu escopeta, y para que no te conozca el vejiguero te disfrazas lo mejor que puedas; y al llegar ellos das la voz de „ alto „. Chirivias, que está en el secreto, remontará en su mula y echará á correr gritando „ ladrones, que nos matan „ Tú entretanto registras al vejiguero, que lleva cuatrocientos catorce reales que le han quedado

despues de pagar los gastos dela posada, y te apoderas de ellos para devolverselos á la pobre viuda. La justicia de Lañar (en el término de este pueblo iba á tener lugar el hecho) está ya avisada, y por lo tanto nada hay que temer; pero lo que te encargo es que cuidado con tocar un pelo al comisionado; solo queremos despojarlo del dinero tan mal ganado. Todo está muy bién y se hará como ustedes han dispuesto, respondió el compadre Zambomba; pero eso de no tocar un pelo al vejiguero, lo encuentro dificil, pues se resistirá y acaso haya necesidad de darle algunos trancazos, que bien los merece, para que suelte la mosca. ¡Que se ha de resistir el comisionado, replicó el don Julian, cuando se vea salir disparado, que le apuntas con la escopeta, y que el arriero manifiesta miedo, y en vez de protegerlo echa á huir con su mula, diciendo ¡,, ladrones, que nos matan,,! En fin se hará el negocio lo mejor que se pueda, contestó Zambomba, y ahora mismo voy á ponerme de acuerdo con Chirrias, y tenerlo todo preparado, conque salud y buenas noches; y se marchó tan fresco y ufano.

El resultado fué el siguiente: sorprendido el pobre comisionado tal como lo habian dispuesto, se resistió algun tanto á dejarse despojar como habia previsto el compadre Zambomba, ó mas bién acaso este satisfizo el odio que como buen alpujarreño tenia á todos los vejigueros; por lo que á mas de algunas contusiones, le rompió un brazo con el cañon dela escopeta. Apaleado y robado se refugió el infelíz en Lañar, cuyo alcalde no le hizo caso, respondiendole que en la Alpujarra (lo que era verdad) ni habia ladrones ni nunca los habia habido; que sin duda su accidente debió ser causado por alguna caida que acaso ébrio habria dado por aquellos tajos. En fin el desgraciado tuvo que conformarse con su suerte, marchandose cuando pudo á Granada, á llorar su desventura en haber admitido comision de apremio para la Alpujarra.

El compadre Zambomba volvió ufano á dar cuenta de su hazaña

entregando religiosamente el dinero que había quitado al consicionado, el que fué devuelto á la viuda, la que quiso recompensar al Zambomba con medio duro, por el dia de trabajo que había perdido, pero se negó absolutamente á recibir cualquiera recompensa; diciendo con noble altivez que tales servicios se agradecian, pero no se pagaban.

Otros muchos sucesos pudiera añadir que ~~manifiestan~~ patentizan todos el carácter indómito é independiente de los alpujarreños, cuya astucia, desconfianza, prevencion con que miran á todo forastero, buen sentido práctico que manifiestan en ~~todos~~ los asuntos que manejan, y natural talento hasta en las clases mas humildes, reconocen todos los que los tratan. Allí no se conocen mendigos ni familias totalmente desvalidas; pues el mas pobre cuenta con una casa, ó mas bien dicho, una choza de piedras, algunos seis ú ocho castaños y la cria de cerdos, y algunas aves de corral que cuidan las mugeres. Son incansables en el trabajo, aun el mas rudo, no encontrandose ni aun en los mas empinados riscos, una pulgada de terreno que á fuerza de constancia no hayan hecho productivo, cogiendo en todas partes dos cosechas al año, gracias á los bien entendidos abonos que emplean, utilizando ademas el menor hilo de agua, por lo que se ven cubiertas de frondosas vides, hasta los mas áridos peñascos.

A pesar de la altivez y fiereza propia de su caracter, allí no se conocen los asesinatos; y los homicidios que se perpetran, y en pequeño número, son ocasionados por reyertas particulares, y siempre en campo abierto y honrosa lid. El robo con violencia en las personas ó cosas es casi desconocido; pero los hurtos debidos á la astucia y ratería, estan por desgracia bastante estendidos. Tambien los alpujarreños en general, si se esceptua alguno que otro pueblo son pocos fanáticos; y el clero en su mayor parte se encuentra mejor instruido que en otras comarcas, y en su mayoria se muestra tolerante.

Por último para dar remate á este artículo que revela las costumbres alpujarreñas de ahora medio siglo, y que en la actualidad deben sin

duda haberse modificado, principalmente por la mejor y mas recta administracion de justicia, diremos que á pesar dela proverbial astucia y desconfianza de aquellos indómitos habitantes, no pocas veces se han visto engañados y estafados, en prueba delo cual vamos á mencionar dos hechos que durante mi estancia allí tuvieron lugar.

Un tetuandí, que á consecuencia de la violenta inflamacion de un ojo, perdió en él la vision, no quiso nunca convencerse que su mal no tenia remedio, á pesar dehaber consultado con todos los médicos delos lugares próximos y aun de los lejanos. Y hé aquí que se presenta un curandero, que sin duda conocia elflaco del tuerto, y no debia ignorar tampoco la desconfianza innata de aquellos moradores, pues despues de reconocerlo le aseguró que tenia medicinas con las que infaliblemente le haría recuperar la vista, si bien sería largo el tratamiento; añadiendo que no aceptaría cantidad alguna, hasta que se consiguiera el objeto, pero que logrado tendrian que entregarle cuarenta duros. El tuerto aceptó el pacto, tanto mas, cuanto si no recobraba la vision en el ojo no le costaria nada; hecho eltrato el curandero se instaló en la casa de aquel para dirigir la cura, que consistia en infusiones de yerbas desconocidas, segun él decia y de virtudes maravillosas, que él mismo iba á coger á la sierra, y que aplicaba al ojo en forma de colirios y fomentos. Pasaron várias dias, en los que el charlatan consumió los panzas de aquel mentecato, y conociendo sin duda que acabados los pensiles debia tambien acabar la farsa, dijo al tuerto que ya solo quedaba que hacer la última medicina, que consistia en la aplicacion al ojo de dos medias onzas de oro sobrepuestas, que se sostendrian con un vendaje; y que el oro debia ser antiguo, esto es, delos siglos pasados por ser de mejor ley que las monedas actuales, y cuyas emanaciones que se desprenderian por virtud delas ojas hojas de yerbas desconocidas con que él cubriría las monedas, atraerian al ojo la vision perdida.

La muger del tuerto corrió el lugar en busca delas dos medias onzas de

oro antiguas, que le costó bastante trabajo encontrar, y que entregadas al curandero este las envolvió á la vista de todos en unas hojas de yerbas, y metiendolas en una compresa las aplicó á la cuenca del ojo, sujetando todo este estrambótico apósito con un vendage que fijó en la frente y nuca. Les dijo que debería permanecer aplicado sin tocar á él, por espacio de tres dias; y que al quitarlo +habria ~~vería~~ el paciente recobrado la vision del ojo. Como no habia ya nada que hacer en aquellos tres dias, se despidió pretextando iba á visitar un enfermo en un lugarillo próximo, añadiendo que á su vuelta tuviesen preparado el precio concertado de su admirable cura, y marchóse.

Muy contento el tertando tuerto contaba con la seguridad de recobrar su perdido ojo; pero pasaron los tres dias y otros tres mas y el curandero no volvia. Siendole ya insoportable el apósito por los violentos dolores que le producia, decidió quitarselo, y se hallo ~~(encontró)~~ como era natural tan tuerto como antes; pero al buscar las dos monedas de oro se encontraron todos con la novedad de que habian desaparecido, siendo reemplazadas con dos rodajas de plomo de igual grueso y tamaño, no sin que su suegra la tia Calabara, digera que aquello era obra del diablo, pues tanto ella como las demás comadres, habian visto envolver las dos medias onzas de oro en la compresa. Divulgado el chasco todos nos reimos de la credulidad de aquellos mentecatos, celebrando la habilidad del charlatan, que á su oficio de curandero añadia el de experto prestidigitador.

Por aquella misma época fueron no pocos pueblos víctimas de un timo, como ahora se dice, bien urdido, y que tuvo lugar del modo siguiente. Presentaronse en Capileira dos desconocidos bien portados, que entraron en la posada, pidieron de almorzar y pienso para sus monturas, exigiendo ser servidos con prontitud, pues dijeron no podian detenerse. Como los pueblos del Barranco no son de paso sino para los picachos de Sierra Nevada, por lo que los forasteros son allí muy raros, la llegada de estos excitó la curiosidad de todos, que ardian en deseos de

saber quienes eran y que asunto los llevaba allí. Pronto vieron satisfecha su curiosidad cuando los desconocidos dijeron que eran dos dependientes de una casa de comercio de Motril, cuyo principal habiendo recibido de Inglaterra vários generos, entre ellos unas magníficas colchas de lujo, habia vendido á unos comerciantes ambulantes algunas de ellas; los que conociendo sin duda la equivocacion del precio por lo bajo de este, habian aprovechado esta circunstancia volviendo al dia siguiente y comprado todo el surtido, cuya factura se habia equivocado; pues cuando á la casa le costaba cada colcha mas de doscientos reales, por el error cometido las habia vendido en la mitad de su justo valor. Rectificada la equivocacion y para reparar en parte tamaña pérdida, sabiendo que los compradores se habian dirigido á las Alpujarras para ir comerciando por los pueblos, habian salido en su busca para alcanzarlos, con objeto de que rectificado el error poder recobrar las colchas que no hubieren enagenado, pues valiendo cada una mas de diez duros las iban vendiendo á seis y siete. Dieron las señas de los supuestos comerciantes y de sus monturas, y habiendoles respondido que por allí no habian pasado, montaron á escape y se dirigieron hacia la inmediata Ahá de Písar, en cuyos pueblos repitieron la misma comedia.

Al siguiente dia héte aquí que llegan los comerciantes ambulantes cuyas señas ya eran públicas, y principian á recorrer las casas, ofreciendo entre otros generos las tan celebradas colchas, que en efecto eran una novedad desconocida, al menos para aquellos pueblos. Eran de algodon, con bonitos dibujos estampados de flores, pájaros y cenefas de brillantes colores, y que como es consiguiente llamaron la atencion principalmente de las coquetas alpujarreñas, que conociendo el valor que las habian dado los dependientes de la casa de comercio de Motril, no dudaron en comprarlas á cinco y seis duros; y aun algunas jovenes casaderas quedaron disgustadas por no poder por falta de dinero aprovecharse de aquella ganga, que por cierto no fué para los que las compraron sino para los

cuatro timos que representaron tan bién esta comédia, repitiéndola en los demas pueblos hasta que vendiéron á buen precio todas las vistosas colchas, que pronto perdian sus vivos colores, quedando solo un grosero tejido de algodon. Despues se supo que su valor real era de cincuenta reales; y aun de aquí descendiéron á treinta, acabando por no quererlas nadie á causa de su mala calidad.

Este bién meditado timo, me recuerda otro muy análogo, que hace muchos años ~~que~~ tuvo lugar aquí donde escribo. Llegó á la poblacion un relojero ambulante, expuso en un portal una coleccion de relojes de cilindro, última novedad segun aseguraba, y cuyo precio fijó en trescientos reales. Al siguiente dia se presentó otro relojero con otra coleccion de idénticos relojes, diciendo que en competencia con el primero, aunque perdiera trataba de hundirlo en venganza de cierta mala partida que le habia jugado; y supuesto que su enemigo daba los relojes á quince duros, él los ofrecia á doce. Enterado el primer relojero, ~~que~~ (~~[illegible]~~) de esta rebaja, ofreció dar los suyos en diez, y á su vez el otro, aunque con pérdida de su capital decia, los ofreció á ocho. El resultado fué que á este último precio vendiéron ambos, sin duda confabulados para llevar á efecto la estafa que se habian propuesto, un gran número de relojes, pues no hubo menestral ni campesino tal cual acomodado que dejara de aprovechar esta ganga. Marcháronse ambos timadores, sin duda á proseguir en otros pueblos su estafa; y pronto se conoció el engaño, pues los dichosos relojes de cilindro, que no tenian mas valor que el de la delgada tapa de plata, y esta de baja ley, se hallaban tan pésimamente construidos, que al poco tiempo resultaron todos ellos inútiles.

Un infanticidio en Bubion.

Cuando ejercia mi profesion en la Alpujarra por el año de 1845, tuvo lugar en Bubion, uno de los pueblos del Barranco, el siguiente desgraciado suceso. Vivia allí una pobre muger, joven, madre de dos hijos pequeños, y cuyo marido por haber herido en una riña á su contrario, se halla en presidio espiando su delito. Desamparada su muger, mas que al vicio sucumbió á la necesidad en que se encontraba de proveer á la subsistencia ~~[illegible]~~ de sus hijos, quedando en cinta, cuyo embarazo ocultó cuanto pudo; y llegada la época del parto, en una noche oscura y lluviosa al sentir los primeros dolores, salió con sigilo de su casa dirigiendose al coto de Pampaneira, pequeño bosque de encinas, robles y chaparros con bastante monte bajo, que llega hasta muy cerca de las casas de Bubion. Allí fué á ocultar su verguenza, sufriendo los dolores del parto sola y desamparada; dando á luz una criatura débil y enclenque, pues los disgustos y privaciones de todas clases habian minado la robustez de la madre. Esta abandonó el fruto de su adulterio, escondiendolo entre el espeso ramage, y sacando fuerzas de flaqueza en tan crítico trance, se encaminó al pueblo y se metió en su casa, creyendo con alguna razon que su falta y delito quedarian envueltos en el mayor secreto. Pero se engañaba la desgraciada: una persona, de esas que se complacen en causar daño al prógimo guardando el incógnito, sin duda siguió los pasos de la infeliz parturienta, é invisible lo observó todo; y en vez de haber prestado el debido socorro á la abandonada criatura como lo exigía la humanidad, dejó que ~~[illegible]~~ aquella pereciere, y aguardó á que al siguiente dia se abriese la Iglesia para contar todo lo que habia visto y observado á un eclesiastico, bajo el sigilo de la confesion, para que este diera cuenta del delito á la justicia. Traidor modo de herir al prógimo, valiendo de un tercero que por su caracter sagrado no puede descubrir al delator, + y de cuyo medio ~~[illegible]~~ algunas veces se

ha abusado para causar el mal, ignorando yo la razon de porqué nuestras leyes consienten tal absurdo.

El eclesiástico dió parte al alcalde y este al Juez de primera instancia de Orgiva; y como se trataba de un delito castigado entonces con pena capital, en el mismo dia se presentó el juzgado en Bubion á instruir el sumario, siendo yo requerido para desempeñar las funciones de médico forense. Se fué al sitio señalado en la denuncia bajo confesion, y como dejamos dicho, el vil delator habia seguido paso á paso á la infeliz muger, pues en el sitio indicado se halló al primer registro la criatura muerta, que fué conducida al pueblo y depositada en una sala de la casa ayuntamiento. El señor juez, que como despues se convció era algun tanto pedante, y no de muchos alcances, me hizo en público la inconveniente pregunta, de si poseia todos los conocimientos necesarios para esclarecer el grave hecho de que se trataba. Indignado y sonrojado de vergüenza á la vez, contesté con dignidad: que autorizado por mi título, mis estudios y mi práctica de algunos años, me creia en el caso de poder desempeñar mi cometido; mas sin embargo si el señor Juez, añadí, no me creé idoneo me daré por muy contento de no verme en el caso de desempeñar funciones que ni se agradecen ni se pagan, y que en vez de honra y provecho, crean no pocas veces al facultativo graves responsabilidades. Cayose el novel magistrado, que por cierto debia el puesto que ocupaba, no á sus propios méritos, sino como regularmente viene sucediendo, á maniobras electorales; arellanose en un sillon, sacó un libro que abrió, se puso á leer y me ordenó diera principio al reconocimiento y ~~(inspeccion)~~ autópsia del cadaver. Mi curiosidad me dió á conocer que el libro que leia el señor Juez, era un manual de medicina legal publicado hacia pocos meses en una Biblioteca de Jurisprudencia y Legislacion, que estaba dando á luz una sociedad de jurisconsultos. Habia yo leido el tan lacónico manual, extractado sin duda por algun abogado, de alguna obra técnica de Medicina legal, y cuya deficiencia en muchos puntos, equivocaciones y aun errores en otros, me habian llamado la atencion.

Mientras tanto el escribano de la Ydá que era el actuario, don Miguel Alfonso de Vilchez, persona instruida y muy amigo mio, me habia suplicado en secreto que me apiadase de aquella infeliz muger, que hasta allí habia siempre honrada y de buenas costumbres, y ahora víctima de una baja y rastrera delacion; y si se comprobaba el crimen no tenia mas remedio que morir en un cadalso, segun la legislacion vigente.

Lastimado mi orgullo de profesor y dignidad de hombre por las palabras de aquel juez pedante, compadecido ademas de la desgraciada muger, é interesado tambien en atender los ruegos y súplicas de mi amigo el escribano, revistiendome de una cómica seriedad dije: voy á dar principio al desempeño de mi cometido. Primeramente peso el cuerpo, despues mido su longitud, y en particular los diametros de la cabeza, acompañando las palabras con la ejecucion de los actos á que se referian; continuando en el mismo tono siguiendo al pié de la letra las indicaciones del Manual que leia entretanto el Juez, y que notando la conformidad de mis operaciones con ellas, tacitamente aprobaba lo que iba + yo + efectuando, moviendo la cabeza en sentido afirmativo. Continué diciendo: este recien nacido es de todo tiempo, pero muy debil y poco desarrollado. Despues de todos estos preliminares voy á efectuar la docimasia pulmonal, operacion la mas importante y que decide de hecho si la criatura há ó no respirado, es decir, si al nacer estaba viva ó muerta. Estas apreciaciones mias, conformes en un todo con el Manual, contenian como este no pocas inexactitudes, pues ni la docimasia pulmonal es un medio cierto, único y siempre seguro para averiguar si una ~~(recien nacido ha respirado ó no)~~ criatura ha nacido viva ó muerta, ni el solo há que se deba acudir para depurar la verdad en casos tales. Pero el juez con un movimiento de cabeza aprobó mis afirmaciones.

Y ahora entramos en el modo y manera de como me burlé de aquel juez presumido y descomfiado, que creia que con las inexactas apreciaciones del Manual × y su propio criterio, podía impedir el error, equivocaciones ó mala fé del perito médico. Abrí el pequeño cadaver saqué sus diminutos pulmones, y al

mismo tiempo extraje el hígado, y con destreza y aplomo lo envolví con ellos, uniendo ambas vísceras por medio de un hilo, sin que el Juez echára de ver la maniobra. Sumergí este envoltorio en un cubo de agua preparado al efecto, donde como es consiguiente se fué al fondo, haciéndoselo notar al magistrado. A seguida corté pequeños trozos del mismo hígado que tampoco sobrenadaron, y apretandolos entre los dedos dentro del agua, claro es que no pudieron dar lugar á burbuja alguna. Concluí pues diciendo con tono magistral y campanudo: no queda duda de que la criatura no ha respirado. ¿Pero se seguía de aquí que no hubiese nacido viva?. Nada menos que eso; y en este punto se echaba de ver la deficiencia del famoso Manual para servir de guía á abogados y jueces. El que había presenciado todos estos ardides y supercherías, sin darse cuenta de ellos, quedó convencido de mis conclusiones, y aun despues dijo á varios sujetos lo satisfecho que había quedado de mi pericia y ciencia!...

Mi amigo Vilchez que algo mas instruido que el Juez, sabia distinguir los pulmones del hígado, me dió las gracias diciendome que al notar mis maniobras confesaba de un lado mi aplomo y travesura y de otro la petulancia é ignorancia del Juez. El resultado fué que aquella desgraciada se libró del patíbulo, y mi superchería sólo tuvo que adelantarse en su beneficio por medio de un tan grosero engaño, (á) las disposiciones del Código penal que se publicó á los pocos años, y en el que se consignan penas mas suaves á las desgraciadas madres que para evitar su deshonra sacrifican el fruto de sus entrañas; y aun en el Código vigente se mitigan aquellas. Mi conciencia quedó tranquila sobre este punto, pero nó sobre otro. Como en todo proceso en que tengan que intervenir los médicos, son necesarios dos, para que actuen como peritos, en el caso actual había nombrado el Juez á un Cirujano sangrador recien examinado para que en union conmigo practicaramos la autopsia. El tal Cirujano, que pretendia colocarse en el Barranco, era un barbero tan ignorante que creí prescindir de él, como así lo hice, pues estaba seguro de que aprobaría todo lo que yo ejecutase. No conoció mi superchería, pues sin duda sabia tanta anatomía como el Juez: pero

esta ignorancia que no se ocultó al Vilches, fué causa de que no lograse establecerse en ninguno de aquellos pueblos, si bien se calló el motivo. De esto me confieso culpable, pero no pude remediarlo, acaso si me hubiera descubierto al Cirujano, todo se hubiera perdido.

Este hecho demuestra cuan errado concepto tienen los jurisconsultos de su omnisciencia, al pretender conocer é intervenir en los arduos problemas de Medicina legal, para cuya resolución es necesario haber aprendido el conjunto de todas las ciencias que forman la medicina. Sin conocimientos anatómicos creo que el Juez en este caso no se hallaba obligado á distinguir en un cadaver una viscera de otra. ¿Y en casos de envenenamientos?... ¿No sería muy fácil á un perito venal variando los reactivos hacer ante un Juez que careciese de profundos conocimientos químicos, que el veneno mas activo se convirtiera en una sustancia inofensiva? Desengáñense nuestros engreidos jurisconsultos, es preciso dar entera fé á los dictamenes periciales sin prevenciones ni dudas de ninguna clase. Mejor que con abundar desconfianzas, se conseguiría depurar la verdad, legislando para que los Médicos viesen remunerados sus trabajos en estos casos, en los que solo encuentran compromisos y responsabilidades á veces graves, y nunca el premio á que son tan acreedores. Es una triste verdad en estos tiempos de tanta inmoralidad, que algunos peritos médicos, no todos, ya que el Estado no satisface sus trabajos, á los que se les obliga velis-nolis se indemnicen en algunos casos sucumbiendo al soborno. Pero si esto, siempre reprensible, en algun caso pudiera tener escusa, en los asuntos Médico-legales tiene al menos alguna atenuacion; pues no debemos olvidar que en todas circunstancias y sin escepcion de ninguna especie, el fin y los resultados son siempre el aminorar ó eximir de pena á algun delincuente; pero sin perjudicar ni causa daño á ningun inocente.

Me ha recordado este hecho del que repito no me queda remordimiento alguno, pues solo adelanté algunos años los beneficios del Código penal; la lectura del decreto de arreglo publicado el año anterior, de los estudios de Jurisprudencia, en los que el sabio ministro de Gracia y Justicia tendrá

Gamazo, sin duda con mejor buen deseo que acierto, dispone que los estudiantes de leyes deberan cursar un año de Medicina legal. Sin conocer la anatomía en toda su extension, la fisiología y patología y otros varios ramos que abarca el estudio de la Medicina, careciendo ademas de las indispensables nociones de física y química ¿Qué provechosos conocimientos adquirirían los estudiantes de leyes asistiendo á las explicaciones de una cátedra de medicina legal?... Muy mas racional sería contentarse con los preceptos del incompleto Manual que leia el Juez de Orgiva, mientras yo practicaba la inspeccion ~~[illegible]~~ del feto de Bubion.

Un barbero hablador.

Todos los de este oficio, si es que este nombre puede darse á la ocupacion de rapar barbas, son como se sabe habladores; y conocido es el antiguo refran que dice: <u>ni barbero mudo ni cantor cuerdo</u>. Pero como en todo lo existente hay graduaciones, pues ni las hojas de un mismo árbol son iguales, del mismo modo entre los rapabarbas los hay, y los habrá, mas y menos charlatanes. Conocí hace años á uno, que por cierto sobresalía entre todos sus compañeros en charlar sin descanso ni medida, siendo su fuerte contar anecdotas y chascarrillos mas ó menos verosimiles ó disparatados, lo que ejecutaba por lo regular con cierta gracia y desparpajo, en términos que muchas veces se desternillaban de risa sus oyentes. Como es de suponer su tienda se hallaba siempre concurrida, no solo para afeitarse sino mas bien para oir á aquel incansable hablador, dotado de suma facilidad para ensartar frases y dichos agudos, y de pronta imaginacion para improvisar cuentos con el fin de esplicar el origen de muchos de nuestros refranes, tarea que por lo regular desempeñaba con bastante donaire y gracejo. No hay duda que tenia el don de la palabra, si bien pudiera disputarsele el del talento y buen sentido, pareciendose en esto á muchos de nuestros oradores parlamentarios, que si bien poseen el primero, carecen de los segundos, dando un solemne chasco cuando gracias á su verbosidad escalan el poder, donde manifiestan que no son otra cosa que maquinas de hablar con mas ó menos elegancia. Pero volviendo á nuestro barbero, diré que es bien sensible que haya desaparecido hace algunos años del número de los vivientes, pues á existir en estos tiempos, acaso los de su oficio, mirando por el interes de la clase, y conociendo que en charlar ningun mortal le llevaría ventaja, hubieran intentado tal vez sacarle diputado por (~~aclamacion~~) acumulacion. Lo que no hubiera sido de estrañar, pues vemos que las tendencias del dia son que cada

clase social se vea representada en nuestros sabios, útiles y aprovechados congresos, por individuos que aboguen por sus respectivos intereses, esto es, que como dice el refran cada cual aplique el ascua á su sardina; debiendo tambien añadir nosotros, que nuestro rapabarbas en esto de hilvanar frases, hablar por los codos y narrar chascarrillos, hubiera dejado muy atrás á los don Fesser Zórbos, Maricales y otras lumbreras de nuestros modernos parlamentos.

Para muestra de la facundia de nuestro buen barbero, voy á continuar mis ócios refiriendo algunos de los muchos cuentos que le oí, y de que conservo memória. Acaso este entretenimiento parezca trivial; pero yo parodiando al autor del Diablo mundo, me digo:

Yo con pasar mí tiempo me contento...
Conforme está mi humor, porque á él me ajusto
Y allá van cuentos donde vá mí gusto.

El que no te conozca que te compre.

Para esplicar este refran nuestro rapabarbas lo hacia del siguiente modo.

Es el caso decia, que una noche lluviosa y tan oscura como boca de lobo, en la que no se veian como se dicen los dedos de la mano, tres pobres y hambrientos estudiantes, que habian ayunado aquel dia, sin ser viernes de cuaresma, y no sabian si lograrian cenar, caminaban pensativos y cabizbajos por una estrecha senda llena de barro donde se hundian sus pies, y casi sin hablar palabra, pues cada uno se lamentaba en su interior de su desdicha, cuando los sacó de sus tristes reflexiones la voz gangosa y acompasada de algun labriego que los precedia y gritaba „ave muto„ frase que repitió várias veces á intervalos marcados, así como el buho deja oir á compas su penetrante ahullido. Uno de los estudiantes levantó de repente la cabeza, y como si en ella se hubiera forjado una salvadora idea, con ademan resuelto se dirigió á sus dos compañeros y

les dijo: hé aquí como de repente se me ha ocurrido un pensamiento que puesto en ejecucion, y ayudandome vosotros, puede por lo pronto remediar nuestra hambre y miséria. Tú te adelantas, le dijo al uno, te colocas al lado de ese desconocido, que probablemente será un sencillo labriego cuyo timbre de voz indica, sino me engaño, que es un imbécil; travas con él conversacion, le cuentas unas cuantas histórias de duendes y aparecidos, hasta cautivar su atencion de modo que no nos descubra cuando nosotros dos con sigilo y recato nos aproximemos al mulo, para lo que tambien nos ayuda el maldito barro en el que se nos hunden los piés hasta los tobillos, lo que impide el ruido de las pisadas. Incorporados nosotros con el macho, yo le quitaré la jáquima y me la pondré para ocupar su lugar, mientras este se apodera de él, lo saca del camino y viene hasta aquí á esperarnos. Hecho el cambio, que para mas ~~facilidad~~ facilitarlo, es preciso que en el momento de obrar, dijo al primero de sus compañeros, redobles tus cuentos que hagan unas veces destornillarse de risa, y otras poner de punta los cabellos de ese labriego, siendo sumamente fácil que en tu cualidad de estudiante te impongas á él, Verificado el trueque con cualquier pretexto dejas al campesino, y vas á reunirte con este y el mulo, y allí me esperais ambos hasta que llegue yo, que ya tengo meditado el modo de salir airosamente de este enredo.

Ambos estudiantes obedecieron en un todo las indicaciones de aquel pícaro, pues en hecho de invectiva lo reconocian como maestro, así pues el primero se adelantó hasta incorporarse con el labriego, al que dió las buenas noches, se puso á su lado, y le preguntó la causa de caminar en una noche tan oscura. El dueño del macho le contestó que se habia detenido mas tiempo del que pensaba en el molino, al que habia ido para hacer harina. Prosiguió el diálogo, que nuestro estudiante amenizó contando mil cuentos y anecdotas al cándido labrador, que se quedaba escuchandolo con la boca abierta. Alerta el oido el estudiante notó la aproximacion de sus dos compañeros, alzando entonces la voz lo suficiente para que no fueren sentidos, y arreciando en sus chistes diciaje al amo del mulo que no se apercibió de la sustitucion de este por el estudiante; verificado lo cual el narrador de cuentos se despidió del burlado labriego, diciendo que iba á seguir una trocha para mas pronto llegar donde ~~(iba)~~ se dirigia á pasar la noche; y apartandose del camino

fué á reunirse con el que se habia apoderado del macho, y esperar ambos la vuelta de su compañero, sin atinar el médio que pondria en práctica para salir airoso en su empresa.

Solo ya el labriego, siguió repitiendo el arre mulo que habia olvidado, oyendo la charla del estudiante; pero notando que el macho en vez de acelerar el paso, lo retardaba cada vez mas, se volvió para castigarlo. ¡Y cual no seria su sorpresa al ver que en vez de un mulo tiraba de un estudiante! Este se quitó la jáquima, poniendose en actitud de defensa por si acaso se veia acometido por el campesino; pero este se redujo á preguntar azorado: ¿y mí mulo, donde está mí mulo? No lo busques, pues no lo encontrarás, le dijo el estudiante. ¿Y como no encontraré mí mulo? replicó el labriego. No lo hallarás mas, añadió el estudiante, y escúchame con calma. Hace en este instante mismo diez años justos, que reprendido por mí buen padre que con razon iba á castigarme, yo insensato y loco, dejado de la mano de Dios, alcé la mía contra el autor de mis dias. Horrorizados todos los que presenciaban tan terrible escena, oyeron que mí padre indignado me maldijo pronunciando estas terribles palabras: que en justo castigo de tu horrible culpa, Dios te convierta en bestia y durante diez años de tu vida sufras todo el trabajo y castigo de los animales de carga. Y ¡oh prodigio! Dios oyó la maldicion de mí padre, pues al punto quedé convertido en mulo, cual otro Nabucodonosor que allá al principio del mundo quedó tambien transformado en bestia, para expiacion de sus muchos pecados. Há cumplido el plazo, y héteme aquí vuelto á mí ser de hombre, y decidido á hacer en adelante una vida ejemplar. Dió un salto y se alejó del atónito labriego yendo á reunirse con sus dos compañeros que se rieron de su invencion y de la estupidez de aquel pobre hombre, que con la boca abierta habia oido tal disparate. Vendieron por su puesto el escamoteado macho y la carga de harinas, y con lo que les dieron remediaron por algun tiempo su miséria.

Entretanto nuestro campesino, que no sabia á qué atenerse, y que aun

cuando recorrió aquellas inmediaciones el mulo no pareció, continuó el camino de su casa triste y pensativo, á la que llegó bien tarde y contó á su familia la desaparicion del mulo. A los lamentos de su muger é hijos por tamaña desgracia acudieron los vecinos, que enterados del suceso, unos se rieron interiormente de la astucia con que le habian escamoteado el macho, y otros á cuyo numero debemos agregar las viejas, dieron crédito al cuento creyendo ser verdad el castigo del desnaturalizado hijo que habria atentado contra su mismo padre, corroborando lo sucedido con antiguas consejas, como aquella muy estendida entre el vulgo, de que al ir un mal hijo á dar un bofeton á su madre se le secaron el brazo y la mano, y otras por el estilo.

El resultado fué que el labriego perdió de hecho el mulo; y como no podia pasar sin una bestia, á fuerza de economías y el auxilio de algunos parientes que se compadecieron de su desdicha, reunió la cantidad necesaria para comprar otro mulo; para lo cual cuando llegó la temporada de ferias, marchó á la que se celebraba en la capital, y cuando examinaba las bestias de carga puestas á la venta, hé aquí que entre ellas distingue á su mulo. Se acerca á él, lo registra, lo examina, y se convence de que era el mismo. No quedandole duda alguna de la identidad, se hizo entre sí el razonamiento siguiente: este pícaro sin duda há hecho otra fechoría, y Dios lo ha vuelto á castigar convirtiendolo otra vez en mulo, añadiendo en voz alta, y volviendo la espalda: <u>el que no te conozca que te compre</u>.

Dios te la depare buena.

Hé aquí otro refran y su esplicacion segun aquel incansable hablador.

En tiempos antiguos existia un cachazudo boticario cuyo padre, abuelo y bisabuelo habian ejercido tan productiva profesion, por lo que su botica era una de las mas antiguas de la comarca, encontrandose en ella en vetustos botes la uña de la gran béstia, la carne momia, el higado de lobo, polvos de dientes de jabalí, de craneo humano, de víbora y otras drogas tan estrañas como estas que nuestros antiguos galenos hacian tragar á sus enfermos, haciendoselas por cierto pagar bién caras, y que tenian tanta virtud que ya nadie se acuerda de ellas. Pues bién, este formalote y sério boticario, alquimista como todos los de su clase que del agua hacen plata, bién al revés de los que buscando el oro ó la piedra filosofal de la plata hacen ceniza, á mas del mancebo tenia á su servicio un fámulo dedicado esclusivamente á reducir á polvo sustancias tan duras como el marfil, el coral, los colmillos de jabalí y otras análogas, pues los señores médicos han hecho administrar á nuestros antepasados desde los polvos de guijarro hasta los huesos molidos de nuestros semejantes, y siempre con provecho, sino de la salud del enfermo, al menos en el de sus bolsas. Aquellos eran otros tiempos, y no sin razon dijo el vate granadino, tan mediano poeta como pésimo político:

Aquí yacen cuatro socios
que juntaron gran caudal:
un médico, un boticario
un cura y un sacristan.

Pero volviendo á nuestro pulverizador en mortero de mármol de sustancias tan raras, ayudante caido hoy en desuso, pues el oficio de boticario, á pesar de tanto como inutilmente se les obliga á aprender en nuestras sabias universidades, ha quedado reducido á despachar medicamentos ó cosas á que se les dá este nombre, elaboradas en droguerías estrangeras, diremos que era un joven vivaracho, travieso y emprendedor

en cuyo cerebro se le fijó el deseo de hacerse médico á todo costa, cuya idea no le abandonaba un momento. Oia con la mayor atencion los curiosos dialogos de los hipócrates que diariamente acudian á la oficina de Esculapio, aumentando su curiosidad cuando examinaban algun enfermo; por lo que aprendió del mejor modo posible la manera y modo de tomar el pulso, la gravedad conque interrogaban al doliente, ordenandole que sacara la lengua, respirase con fuerza, escupiese, se volviese de izquierda á derecha, como recluta al que enseñan los giros de pies, y demas gerigonzas acostumbradas para formar como dicen diagnostico. Pero cuando llegaba al mas alto grado la admiracion de nuestro mancebo, era en los repetidos casos que presenció, en los que despues de un minucioso examen del doliente por dos ó tres galenos, cuando aquel se habia marchado cada uno de aquellos era de distinta opinion, no logrando casi nunca ponerse de acuerdo, ápesar de que momentos antes todos habian asegurado al enfermo que se curaria, mediante el uso de las várias drogas que le habian recetado simples y compuestas. No eran poco simples, añadia nuestro barbero los enfermos que acudian á los médicos, y estos á la vez muy compuestos de gravedad y promesas de salud para sacarles los cuartos. Pero esto decimos nosotros, sucedia en aquellos remotos tiempos, en que algun despiadado crítico dijo: <u>medicina ars manducandi fallendo.</u>

Pero continuemos el relato barberil. Decia aquel mordaz hablador, que el tal machaca-drogas, cada vez se encariñaba mas y mas con su disparatada idea de hacerse médico <u>propia auctoritate</u>, como tantos otros que hay esparcidos por España; y la casualidad vino en su ayuda de la manera siguiente: á altas horas de una cruda noche de invierno fué acometida una señora de la poblacion de un fuerte dolor, tan violento que su familia tuvo que avisasen con urgencia al médico de la casa. Acudió este, visitó la enfermas, recetó una pocion de drogas segun en aquella época se acostumbraba; y en vez de su cliente se ~~ofreció~~ ofreció á ir el mismo á la botica para advertir al farmaceutico el modo mejor de prepararlas, como

así lo hizo. El médico era compadre del boticario, el que despachada la receta rogó á aquel, que pues ya era muy tarde y llovía á torrentes, se quedase en la botica ~~[illegible]~~ secandose la ropa al fuego; pues se encontraba empapada en agua. Accedió nuestro galeno, y despues de calentarse y tomar un buen refrigerio que le ofreció el compadre, ambos se retiraron á dormir, el uno calculando lo que llevaría por los polvos y ungüentos que á hora tan intempestiva había tenido que despachar, y el otro lo que debería hacerse pagar por su visita en noche tan tempestuosa y desapacible.

Nuestro triturador de medicamentos, que ~~oido~~ con el alerta de todo se había enterado, vió la ocasion que tanto deseaba, y como á esta la pintan ~~[illegible]~~ calva, no dudó un momento en no dejarla escapar, pues una de las mayores dificultades que no había hallado hasta aquí medio de vencer para llevar á cabo su idea, se le presentaba ahora fácil y llana. Consistía esta dificultad en poder hacerse de un traje de médico, cosa que en el dia parecerá extraña; pero debemos tener presente que la verídica historia que vamos refiriendo tuvo lugar en aquella ya remota época en que todas las clases sociales se distinguian entonces por su propio y peculiar traje, ostentando los hipócrates y galenos su chupa pajiza, calzon ~~[illegible]~~ de color oscuro, sombrero de tres candiles, guantes amarillos y baston con abultadas borlas del mismo color, ~~[illegible]~~ cabalgando por lo regular, los que podian hacerlo, en mansas mulas que los llevaban casa de sus enfermos en cuyo portal se apeaban, no se conocian coches tilburys, ni cupés. Pues bien, nuestro tentando mancebo, se levantó con el mayor silencio, entró en la cámara donde roncaba como un canónigo el médico, muy lejos por cierto de sospechar lo que iba á sucederle, y se apoderó de toda su vestimenta, de la que hizo un lio: á seguida se introdujo en la antebotica, donde segun inmemorial costumbre, ensartadas en alambres, guardaban los boticarios las recetas que cada año despachaban: aquí se proveyó de gran número de ellas, y con el mayor sigilo se salió á la calle atravesó el pueblo y ya en el campo tomó á la ventura el primer camino que se le presentó, pues para él todos le eran indiferentes, siendo su único deseo

alejarse lo mas pronto posible del lugar de su fechoría, por lo que no diremos que caminó, sino que el temor de ser perseguido y descubierto, le prestó alas.

Como en aquella época no habia ni telégrafos, ni Guardia civil, ni siquiera cedulas personales, nuestro héroe logró su objeto de tal modo, que á los pocos dias de su acelerada marcha se instaló en un pueblo que le dijeron tenia la desgracia ó la ventura, añadieron algunos, de no tener médico. Allí se vistió con las ropas robadas, salió á la calle, con la precaucion de meterse en el bolsillo una ó dos docenas de las recetas de que se habia apoderado, y que para él, que no sabia latin, eran letra griega, lo mismo que los signos ó estraños garabatos conque se entienden médicos y boticarios; y remedando en todo lo posible la prosopopeya, el tono magistral y la seriedad que habia aprendido de los galenos que concurrian á la botica, se dió á conocer como médico: y ¡cosa rara! tuvo clientela, si bien debemos decir en su abono, que otros que han estudiado tanta medicina como él, y que ni siquiera tienen cuentan en su favor haber molido quina, tambien la han logrado, y no en aquellos tiempos de ignorancia general, sino en estos que se dicen ilustrados. Pero veo que la narracion de este suceso se vá haciendo prolija, por lo que concluiré diciendo que nuestro ignorante y atrevido charlatan, despues de visitar un enfermo, con la mayor gravedad del mundo metia la mano en el bolsillo, sacaba al acaso una de las recetas robadas, la entregaba á la familia del doliente, y mentalmente decia entre sí: Dios te la depare buena.

Eres tan goloso como el paje que ponia huevos.

Este dicho vulgar lo explicaba nuestro barbero del siguiente modo:

Habia en un lugar un cura que tenia la inveterada costumbre de acabar siempre la cena sorbiendose un par de huevos pasados por agua, á lo que añadia el capricho de que estos huevos fueran frescos ó puestos por las gallinas aquel mismo dia, siendo su paladar tan fino que conocia a los huevos que tenian mas larga fecha, por lo que el paje que lo servia, para evitar ser reñido, recorria todas las casas del pueblo en busca de huevos frescos, cualidad que no todas las veces encontraba; hasta que por último dió con una vieja fea y apergaminada, que vivia en una casa aislada, y que todos los vecinos huian de su trato por su fama de bruja con puntas de hechicera y visos de alcahueta, la que siempre que el paje del señor cura la pedia huevos para su amo, al punto lo servia sacandole un par que aun conservaban el calor de las gallinas que los habian acabado de poner. Esta buena vendedora de huevos frescos era la que convenia á nuestro paje, que desde entonces no volvió á ser reñido por su amo. El tal paje era un muchacho avispado, travieso, enredador y tan goloso que constantemente estaba atisbando los descuidos del ama del cura para probar cuantos guisos y salsas hacia aquella, metiendo los dedos en cacerolas y pucheros para gustarlos todos. Si en vez de paje de cura hubiera sido mancebo del boticario no hay duda que con tal de satisfacer su golosina, hubiera probado todos los botes de la farmacia.

Con la seguridad de encontrar siempre dispuestos los huevos para su amo, acudia todas las noches casa de la proveedora poco antes de la hora en que el buen cura se sentaba á la mesa. Estas visitas diarias, y el no ver nunca una gallina ni oir su cacareo, dieron en que pensar al avispado paje, que ya habia hecho la observacion de que la casa no tenia corral, que la vieja á su llegada le ordenaba siempre la esperase en el portal, mientras ella subia por los

huevos; de lo que dedujo el picaresco paje que el gallinero debería estar en la cámara, y que debía ser muy numeroso, pues siempre la dueña bajaba con su par de huevos todavía calientes. Picada su curiosidad, y chocándole que la vieja nunca permitía que la acompañase, determinó seguirla una noche en su ascensión por una empinada escalera, y recatándose de ella ver dónde tenía el gallinero y las muchas aves que en él debían encerrarse. Dicho y hecho, sube tras la vieja, y observa que esta se detiene en la meseta de la escalera, abre una alacena, saca de ella una redoma, se la pone en la boca y según trazas se tiró al coleto un buen trago, y dejando en su sitio la vasija, siguió subiendo el segundo tramo de la escalera, tan empinado como el primero. La curiosidad del paje de querer ver el gallinero, se desvaneció ante su vicio de querer probar de todo, y de consiguiente saborear el contenido de la redoma, que supuso sería algún licor exquisito, por lo que se detuvo ante la alacena, sacó aquella se la aplicó á los labios, y antes de apercibirse de lo que era tragó un buen sorbo, pero de un brevaje tan infernal y de tan pésimo gusto que á la desagradable impresión que experimentó su paladar, por poco se le cae la redoma de la mano. Haciendo horribles visajes y escupiendo, oye los pasos de la vieja que bajaba, y para no ser descubierto pone la redoma en su sitio y se lanza apresuradamente al portal á esperar el consabido par de huevos, que le entregó aquella que no se había apercibido de la acción del paje, y advirtiéndole como siempre que aun estaban calientes como acabados de poner.

Tomó los huevos el muchacho, y renegando de la vieja y sus licores, salió á la calle y se dirigió á la casa del cura, pero hé aquí que pocos pasos había andado, cuando se vió acometido de un fuerte dolor de vientre, tan violento, que apenas le dió tiempo de bajarse los calzones y hacer su necesidad corporal en un rincón de la calle. Exoneró el vientre, pero llegó su ~~[illegible]~~ miedo al colmo al notar que en vez de excrementos lo que había depuesto era... ¡un huevo! En efecto un huevo de gallina igual á los que él llevaba para su amo había en el suelo. El miedo se apoderó del atribulado paje, que siguió su camino con los pelos de punta, cuando hé aquí que próximo ya á

su casa, vuelve á sentir nuevos retortijones de tripas, tiene que volver á bajar las bragas, y... otro huevo sale de su humanidad, dejándolo aterrado. Llega desemblantado y temblando casa del cura, contando á este y al ama lo que le ocurrió, que por lo pronto creyeron que el paje ó se habia embriagado con lo que dijo haber bebido, ó bien habia perdido el juicio, pero no tardaron en rectificar el suyo, cuando aquel al sentir nuevos retortijones, sin recato alguno se volvió á bajar los calzones y en la misma habitacion delante del cura y las amas depuso otro huevo, quedando todos maravillados, confusos, aturdidos y sin poderse dar cuenta de un hecho tan extraordinario é incomprensible. El cura mandó llamar al beneficiado y al sacristan sus íntimos consejeros, que enterados del caso todos convinieron en que allí andaba mezclada la mano del diablo; que la vieja vendedora de huevos recien puestos, merecia bien el calificativo de ~~(bruja y)~~ hechicera que le daban los del pueblo, siendo sin duda una maldita bruja con pacto con el demonio que le habia enseñado á componer el brevage que bebido ~~([illegible])~~ daba tales resultados. Dióse cuenta á la Santa Inquisicion, tomó esta cartas en el asunto, prendió á la bruja que en el tormento confesó el pacto que tenia hecho con Satanás, proveyendo de huevos, que ella misma ponia á toda la poblacion, bebiendo del maldito brevage.

No hay que decir que el cura, que tantos huevos de tal procedencia habia engullido, los aborreció de modo que jamas volvió á comer ninguno en toda su vida. El paje, que sin duda en su apresuramiento habia tragado mas licor que el necesario para poner un par de huevos, siguió con sus deposiciones hasta completar una docena, y quedó algun tanto curado de su golosina y curiosidad.

Condicion y figura hasta la sepultura

Hé aquí el cuento baladí con que aquel incansable hablador explicaba el origen de este antiguo refran; debiendo advertir que nuestro narrador de cuentos, á pesar de no haber pisado jamas Universidad ni Colegio alguno, tenia alguna tintura de geografía é historia, mas acaso que la que se nota en muchos que ostentan títulos académicos.

Allá en las estepas que rodean al mar Caspio y en territorio del Turkestan decia, habia unas antiguas ruinas abandonadas, bien de un templo ó de un palacio, en las que todas las noches se reunian dos ancianos mendigos, llamado uno Saran, originario de la India, y otro Zemin de procedencia persa. En el invierno cada uno acudia provisto de algunas boñigas de camello, único combustible que por allí se conoce, para encender fuego y poder calentarse sus ateridos miembros. Contábanse mutuamente las peripecias de su cuotidiana cuestacion, y cuando alguno de los dos habia obtenido pocos víveres de la caridad musulmana, si el otro habia sido aquel dia mas afortunado, compartia con él su frugal comida: y acabada esta, que como debe suponerse nunca fué opípara, ambos se tendian en el suelo con un pedrusco por almohada, pasando de este modo el resto de la noche entregados al descanso, hasta que la aurora los despertaba, tomando á seguida cada uno camino distinto para no perjudicarse en sus cuestaciones; y á Dios y á la ventura se dirigian donde mejor les parecia para implorar la caridad pública en nombre de Alá y de Mahoma su profeta.

Así pasó mucho tiempo, sin faltar ninguna noche alguno de los dos á guarecerse en las solitarias ruinas; y en una en que la cena habia sido mas abundante, gracias á la buena cuestacion de aquel dia, despues de haberse dado segun costumbre mutuamente cuenta de lo que les habia acontecido, Saran dijo á su camarada: á pesar de hacer ya tanto tiempo

que la casualidad nos hizo descubrir estas antiguas ruinas quenos sirven de albergues, y de haber pasado en ellas juntos multitud de noches, relatandonos mutuamente las peripecias diarias de nuestras vidas de mendigos, con todo á ninguno se nos há ocurrido ocuparnos de nosotros mismos, contandonos nuestra história; que en verdad si la vuestra es como la mia deberá ser interesante en alto grado— ¿Y á que entristecer el ánimo, contestó Zenin con antiguos recuerdos por cierto bien amargos? ¡Ay! la naturaleza há sido bien injusta al no dotar al hombre de facultades mas potentes que se desarrollasen en él desde su juventud. Esto le daría precozmente la esperiencia necesaria para poder luchar desde luego con alguna ventaja de su parte, en medio de la sociedad donde lo arroja el destino, y en la que solamente á fuerza de decepciones y desengaños aprende á conocerse á sí mismo y á los hombres. Pero ¿cuando adquiere esta esperiencia? ¡Ay! cuando ya le es inutil, pues la vejez há calmado sus pasiones, y ya casi le es indiferente todo, pues se encuentra cercano al sepulcro. Pero dejando aparte inútiles y tardías reflexiones, y puesto que deseais conocer mí história y que yo sepa la vuestra, amigo Saram, os diré que á pesar del miserable estado á que me veis reducido, cubierto de andrajos, encorbado bajo el peso de los años y obligado para ir sosteniendo mí ~~inutil~~ esteril vida á mendigar de puerta en puerta, una limosna que muchas veces se nos niega, sufriendo el desden y la repugnancia con que en todas partes se nos recibe, fuí en mí juventud un gallardo y apuesto mancebo al que la fortuna pérfida sonreia. Soy natural de Persiá é hijo de un Sátrapa de los mas considerados y distinguidos de Ispahan donde ví la luz. Rodeado desde mí infancia de todos los goces y lujo oriental, servido por esclavos y saboreando todos los placeres posibles, pasé los años de mí juventud en fiestas y devaneos. Mi padre me entregó á várias maestros, que si bien me enseñaron los rudimentos de algunas ciencias, ninguno de ellos se ocupó jamás en darme lecciones de la mas importante y necesária, cual

el conocimiento del mundo, y lo indispensable que es al hombre aprender á vencer sus pasiones no dejandose dominar de ellas; bién al contrario, los mas de mis preceptores, en vez de reprimir incitaban mis deseos para que adulandome de este modo, obtener mis favores y poder participar ampliamente de mis dádivas. Llegué á los veinte años, en cuya edad perdí á mi padre, entrando á ser dueño de sus inmensas riquezas, que en mi ceguedad y necio orgullo creí inagotables, ¡ay! ¡cuanto me engañaba! Sin freno alguno dí rienda suelta á mis pasiones, entre ellas á la mas desenfrenada lujúria. No ví joven que me agradase para cuyo goce omitiese gasto de ninguna especie. Rios de oro derramaba hasta conseguir mi objeto; y logrados mis deseos á los pocos dias el hastío se apoderaba de mí, cayendo en el abatimiento, hasta que la vista de una nueva beldad venia á escitar mis lúbricos deseos, y abandonando á mi antiguo ídolo, sacrificaba mis riquezas en aras de una nueva pasion. Así pasaron vários años viviendo en la molicie, en la crápula y en el desenfreno mas loco, acompañado de otros calaveras como yo, contando nuestros dias por los triunfos conseguidos ya sobre frágiles beldades, ya sobre hermosuras que se rendian á los primeros embates, muchas entre ellas para obtener mas elevadas recompensas en la venta de sus encantos. Descuidada mi hacienda, que creí inagotable como he dicho, pronto fué desapareciendo mi riqueza, y si bién acabado el oro de mis arcas acudí á la rica pedreria que habia heredado de mis antepasados. Tambien esta desapareció, y cuando ya nada me quedaba, acudí á los usureros contrayendo deudas hasta que agotados todos mis recursos, me ví pobre, experimentando en esta aciaga época de mi desordenada vida la proverbial ingratitud de los hombres, pues aquellos á quienes mas dádivas habia hecho, al ver que nada podian obtener de mi insensata generosidad ó mejor dicho, prodigalidad, fueron los primeros que me abandonaron. Envilecido, despreciado y aborrecido de todos, huí de mi patria para ocultar mi deshonra; y lejos de ella soporté por muchos años una vida de privaciones y miséria, cuyo relato omito pues seria demasiado prolijo. Baste saber que yo rico potentado de Persia, tuve en los numerosos paises que re-

tuvé que ejercer los mas degradados y viles oficios para no morirme de hambre. En esta calamitosa época de mi vida aprendí en duras lecciones á conocer al género humano, que en verdad es bastante despreciable; y cuando adquirí el conocimiento del mundo que tan provechoso me hubiera sido, si en vez de bajas adulaciones me lo hubieran inculcado en mi juventud mis maestros, haciéndome conocer que el hombre no debe ser esclavo de sus pasiones, y que las mayores riquezas, si en vez de emplearlas en socorrer á los desgraciados, se derrochan inconscientemente en satisfacer nuestros desordenados apetitos, acaban por desaparecer, y no habiendo aprendido á tiempo ninguna ocupacion ni oficio con que poder ~~subvenir á ella~~ procurarse honrosamente la subsistencia, por elevado que haya sido nuestro rango en la escala social la miséria será nuestro porvenir. La vejez vino entretanto á sorprenderme, hasta el extremo en que como vos me veo en la degradante necesidad de mendigar mi sustento, obligado á hacer uso de manjares que en otra época no hubiera creido dignos para mantener los perros que guardaban mi suntuoso palacio. Si el hombre, compañero Saran, tuviera la dicha de poseer en su juventud la experiencia que solo alcanza en la vejez ¡ cuantos males y decepciones se evitaría!.. Pero como buenos musulmanes resignémonos con nuestra infausta suerte, pues como dice el ~~Profeta~~ Profetas lo escrito escrito está!

Calló Zemin, reclinó su calva frente sobre el pecho, y al parecer se entregó á amargas y tristes reflexiones. Notando Saran su silencio interrumpido por ahogados suspiros, tomó la palabra y dijo: si el conocer los males de nuestros semejantes es un bálsamo que en parte mitiga los propios, y si estos males comunicados á un amigo en cierto modo les quitan amargura, vuestra relacion amigo Zemin há distraido algun tanto ~~disminuido~~ mis propias misérias y para que vos participeis de igual consuelo voy á grandes rasgos á referiros mi propia história que tanto se asemeja á la vuestra; pues variando solamente el nombre de la pasion que os há arruinado y envilecido, por el de la que á mí me há igualmente sumido en la abyeccion

y miséria en que me veo, aparte de detalles insignificantes, nuestras histó-rias son enteramente iguales. Por vuestra conversacion, ideas y modo de discur-rir, hace dias habia entrevisto que no erais un mendigo vulgar, sino que sin duda en otra época debiais haber pertenecido á un rango elevado; lo que por la misma causa habreis opinado respecto á mí, pues el haber nacido en altas esferas imprime en el hombre modales, apreciaciones, lengua-jè y maneras que aunque la mas abyecta miséria y envilecimiento lle-guen á oscurecerlas, sin embargo no se borran del todo. Pero dejando á un lado inútiles reflexiones entro en materia y voy, imitando vuestro e-jemplo á contaros mi propia história.

Nací en la India, siendo mi padre un Nabad de los mas ricos y po-derosos de aquel encantador país. Como yo tuve maestros que cual los vues-tros lejos de darme lecciones de moral se dedicaron á enseñarme el uso y manejo de las armas, á domar caballos y á combatir al tigre y al leon montado en domésticos elefantes. Estos maestros fueron para mí los menos malos, pues al cabo de ellos aprendí á desafiar el peligro y á adquirir el valor, tan necesario al hombre, y tan precioso en los va-riados accidentes de su vida. Otros preceptores me dieron lecciones de vá-rias ciencias, pero ninguno de ellos se ocupó de inculcarme mis de-beres como hombre y como potentado; y mucho menos me hablaron de moral y de la mision que todos tenemos que llenar en el mundo, cada uno segun el rango social á que el nacimiento le ha hecho pertenecer. Muy al contrario, en vez de deberes solo me inculcaban ideas despó-ticas, haciendome comprender que los que han tenido la fortuna de per-tenecer á las altas clases sociales, son muy superiores á los demas hombres, y que estos les deben obedecer y complacer en todo como á seres superiores. Para el rico y poderoso no hay leyes, ni deberes, ni moral; sus deseos y caprichos deben ser de todos respetados. Imbuido en esta moral falsa y egoista, si bien nunca me avasallaron los deseos lúbricos y ¿como po-dia ser así el que nunca conoció sino el amor físico, y para satisfacer—

lo tenia un harem donde se encenaban multitud de esclavas de todos colores y razas, blancas, negras, amarillas y de color cobrizo? Empero pues de subyugarme como á vos el otro sexo, mi pasion favorita fué el juego: á ella consagré mi vida, mi reposo y todas mis facultades: funesta pasion que nunca ví saciada, á pesar de haber ganado en ocasiones sumas enormes, que hubieran satisfecho la mas desordenada codicia. Como siempre sucede, despues de haberme por algun tiempo favorecido la fortuna, esta veleidosa beldad me volvió las espaldas en términos que en pocos meses perdí en el juego la mayor parte de mis riquezas. Estos reveses que me debrian haber enseñado lo necesario que era mudar de conducta, bien al contrario enardecian mi codicia, hasta el extremo en que interesado mi amor propio, entablé una lucha ciega queriendo dominar mi contraria suerte, habiendo sido el resultado, como debia suponerse, mi completa ruina. Como vos (⁂) me ví abandonado de mis amigos y de todo el mundo, y descendiendo cada vez mas del rango social en que habia nacido, huí de mi país para esconder en otro mi abyeccion y miseria. Cual vos, amigo Zemim adquirí esperiencia cuando ya no podia aprovecharme, y despues de increibles trabajos, degradaciones y miséria, caí alfin en el fango de la mendicidad, y en él me encuentro sumido esperando que la muerte venga á poner fin á mis tristezas y dolores.

¡Ay! si el hombre despues de envejecer llegase de nuevo á nacer, conservando el recuerdo de toda la esperiencia anteriormente adquirida ¡cuan diversa seria su conducta! Si tal prodigio se efectuase, ¡como huiría del juego y de los placeres fútiles! ¡Como me dedicaria á enjugar las lágrimas del pobre y del necesitado, haciendo buen uso de mis riquezas!.. En efecto añadió Zemim, que hasta aquí habia prestado atento oido á la relacion de su amigo, si la esperiencia del viejo se trasladase al joven, la faz de la humanidad cambiaria sin duda; y por cierto los que como nosotros tuvieran la suerte de nacer

ricos y poderosos, no perderían su rango y bienes satisfaciendo innobles pasiones. Pero ¡ay! Todo se há perdido para nosotros, y la única esperanza que nos resta es el descanso que el sepulcro pronto nos proporcionará, cuando Eblis corte el hilo de nuestra existencia.

Ambos viejos guardaron silencio, quedando sumergidos á la vez en inútiles reflexiones, trasladándose allá en su ardiente fantasía á los años de su lejana juventud; y haciéndose la ilusion de que si volvieran á aquel risueño periodo de su vida, en vez de entregarse al juego y los amores, se hubieran consagrado á ser hombres útiles al Estado y á sus semejantes. Cuando ya el sueño iba cerrando sus parpados hé aquí que con asombro primero y con temor despues, ven que una inmensa claridad ilumina las ruinas, trasformandose la noche en dia, y que condensandose en un punto aquel extraordinario resplandor, se dejó ver un Genio, espíritu sobrenatural cuya existencia es un hecho cierto y evidente entre los orientales, así como entre los cristianos lo son los ángeles, pues siempre el hombre en todas épocas y religiones ha dado rienda suelta á su fantasía, creando los seres imaginarios que mas falta le han hecho para su consuelo y elucubraciones.

Pero volvamos á nuestro Genio al que con espanto miraron aparecer los dos viejos mendigos, si bien se tranquilizaron algun tanto, pues sin duda en el resplandor que le rodeaba, que era de luz y no de fuego, conocieron que aquel era un Genio bueno. Si hubiese sido un Genio malo, se les hubiera aparecido rodeado nó de luz, sino envuelto en fuego, como dicen nuestros teólogos que se presenta el diablo cuando aparece á los mortales. El Genio dijo al decaido Satrapa de Persia y al que fué Nabad en la India: Alá ha oido vuestros coloquios, y conociendo vuestros loables deseos, y teniendo en cuenta el arrepentimiento que demostrais de vuestros grandes errores, habeis hallado misericórdia en su presencia, por lo que me envia para haceros saber que compadecido de vuestra miséria, abyeccion y sufrimientos, quiere poner término

á vuestros dolores, concediendoos la gracia de que volviendo á vuestra juventud, rango y riquezas, repareis en lo posible el daño que vuestra locura é insensatez, y vuestras innobles pasiones os há acarreado. Por lo tanto tú Saran jugador empedernido, toma este rico collar de finísimas perlas con el que rodearas tú cuello; y tú Zemim incorregible enamorado, acepta este anillo de esplendorosos brillantes y colócalo en tu dedo. De este modo recobrareis ambos la perdida juventud, y adquiriendo de nuevo vuestro anterior rango y fortuna, Alá espera de vosotros que repareis los pasados yerros y vivireis una vida conforme á los sabios preceptos del Alcoran. Pero os advierto que si alguno de vosotros se deshace del talisman que á cada cual entrego, en el mismo instante volverá á su actual situacion, y en castigo de su desobediencia no tendrá entrada en el paraiso de las huríes. Calló el Genio, entregó á cada uno su respectivo talisman, desapareció, y de nuevo las tinieblas envolvieron á los dos mendigos, que al principio creyeron haber sido todo un sueño, pero la luz del nuevo dia los sacó de su error, pues se vieron ambos transformados en jovenes vigorosos, y robustos, vestidos segun sus respectivos rangos y ostentando Saran el maravilloso collar en su cuello y Zemim el portentoso anillo en su mano.

Dieron fervientes gracias á Alá por sus favores, al que como buenos musulmanes adoraron con la cara vuelta al oriente; y despues se separaron tomando cada cual el camino de su pátria con el firme propósito de hacer en adelante una vida ejemplar de virtud y buenas obras.

Pasaron algunos meses, cuando hé aquí que una noche fria de invierno se vió un anciano encorbado, triste y abatido, cubierto de harapos, que con paso vacilante se dirigia á las ruinas que ya conocemos. Era Saran el incorregible jugador, y en cuyo arrugado cuello no se veia brillar el misterioso collar de perlas. Entró en las ruinas, arrojose al suelo, y con voz dolorida acompañada de ardientes lágrimas que surcaban sus macilentas mejillas, rompió en sollozos y suspiros lamentandose de su infausta suerte, pues de nuevo habia caido en su antiguo vicio, á pesar de su experiencia y buenos propósitos, pues olvidando el mandato del Genio, se veia

reducido segunda vez á la abyeccion y la miséria. ¡Ay! decia el triste, ¡que malrro he hecho segunda vez de mí juventud y riqueza! ¡Que cruel castigo merezco! ¿Como he podido olvidar en mí insensatez los consejos del Genio? ¡Desdichado de mí! Sin duda mí antiguo compañero Zemin habrá tenido mas cordura, y en este instante en que me veo sumido por segunda vez en el oprobio y la miséria, él en los palacios de Ispahan gozará tranquilo los dones que Alá nos otorgó por mediacion del Genio... Aquí ~~(…)~~ interrumpió su triste monólogo, pues oyó los pasos de alguno que se acercaba. ¿Quien será, se dijo, el que á estas horas y en noche tan lóbrega y tempestuosa, se acerca á estas inhabitadas ruinas?.. Pronto salió de sus dudas pues vió entrar otro mendigo, viejo, triste y cabizbajo que con paso lento se acercaba, y en el que reconoció á su antiguo camarada Zemin. Ambos se besaron las caras y lácias barbas, y despues de inútiles lamentos contó cada uno la desgracia por la que de nuevo se veian reunidos.

La nueva história de Sarama fué muy concisa, reduciendose á que vuelto á su país y dueño de una fortuna inmensa, los primeros meses hizo una vida arreglada; pero pronto el fastidio, y mas que este su innata propension, le hizo jugar, al principio por pasatiempo y como mera distraccion, pero no pasó mucho tiempo sin que revivido en él su antiguo furor ~~(…)~~ perdió la fortuna que debia á Alá, y en una noche desgraciada, febricitante por las continuas y reiteradas pérdidas, no teniendo ya nada que ofrecer, olvidado de la condicion impuesta por el Genio, en un rapto de furor se quitó el rico collar de perlas y lo puso en el tapete... pero apenas se hubo ~~(…)~~ desprendido de él, cuando su cuerpo se transformó en el de un asqueroso mendigo, que los jugadores, creyendo que se habia introducido furtivamente en la estancia, lo arrojaron ignominiosamente de ella. Vuelto pues á su anterior estado, de nuevo se dirigió á las ruinas despues de haber por várias dias mendigado su sustento.

Lo mismo habia acontecido á Zemin. Vuelto á su pais y en posesion de sus fabulosas riquezas, los primeros meses fué bueno, morigerado en sus costumbres y compasivo con sus semejantes. Pero su genio malo por gradaciones insensibles lo fué inclinando á su antiguo vicio, la lujuria, presentando primero á su vista fáciles beldades que con sus halagos excitasen sus pasiones: despues jovenes encantadoras, pero no prostituidas, que con sus desdenes enardeciesen mas sus lúbricos deseos: hasta que al fin una huri de celestial belleza deslumbró sus ojos, quedando tan ciego de amor, que se entregó todo á vencer la resistencia de esta deidad, á la que prodigó á manos llenas sus tesoros, pero sin lograr vencer su pudor, verdadero ó fingido. Una noche en lucha desesperada con su amada, que resistia entregarse á aquel incorregible enamorado, á la vez que lo fascinaba con sus miradas de fuego, sus labios entreabiertos y humedos de voluptuosidad, y su seno palpitante, le indicó con la mayor perfidia el deseo que la acosaba de poseer el ~~anillo~~ rico anillo que relucia en su mano. Al punto Zemin para complacer á su bella le entregó el misterioso anillo: pero tan luego como lo sacó de su dedo y se despidió del don del Genio, cesó el encanto, y se encontró como antes, esto es viejo, asqueroso, pobre y convertido en mendigo.

Hé aquí un hecho verídico, añadia nuestro incansable hablador, que demuestra la verdad del adagio: <u>condicion y figura hasta la sepultura</u>.

Hagamos lo que nos conviniere sin hacer caso de lo que digeren.

Hé aquí la explicacion barberil de este tan conocido refran:

En un cortijo del termino de Jabalquinto vivia un matrimonio con várias hijos, en cuya compañia estaba el padre de la muger del cortijero. En el agosto y cuando mas afanados se hallaban todos con los trabajos de la siega y la trilla, se vieron sorprendidos, pero no agradablemente por la visita de un comisionado de apremio que las oficinas de rentas de Jaen enviaban para que el pobre labrador hiciera efectivo cierto pago que debia al fisco. Reunida la familia y contando por fortuna con fondos disponibles para solventar la deuda, de comun acuerdo convinieron en que el suegro marchase de madrugada á la capital, pagára el crédito y volviese por la tarde, para quitarse de encima cuanto antes á tan molesto huesped, que cuando menos lo esperaban se les habia presentado. La cortijera como buena hija, quiso que á su padre, ya viejo y achacoso, lo acompañara su nieto, zagal de unos catorce ó diez y seis años de edad; y en el apuro de que no debian distraer de la trilla mas que un mulo viejo y cojo, el abuelo y el nieto irian unos ratos á pié, y otros montados, segun las fuerzas se lo permitiesen. Arreglados estos y otros preliminares, mucho antes que amaneciese el viejo y su nieto aparejaron el mulo, bajaron á la llanura y emprendieron el viaje montando primero el nieto, pues su abuelo decia que queria dar elasticidad á sus piernas, y que ya avisaria á aquel para que se bajase, cuando él se encontrára cansado.

En esta disposicion llegaron á la carretera, y á los pocos pasos se cruzaron con una recua de arrieros manchegos, saludandose mutuamente. Mas al separarse de ellos nuestros viajeros oyó ~~[illegible]~~ el viejo decir á uno de los arrieros: Bueno esta el mundo; un mocetón capaz

de cargar con una cátedra vá montado, y el pobre viejo que segun su edad ya lo pide la tierra vá á pié; já, já, já.

El abuelo que era de aquella gente antigua, muy mirado en todo lo que hacia, respetando siempre la opinion de los demas y ajustando á ella sus acciones, se apresuró á detener al mulo haciendo que su nieto se apease para ocupar él su lugar. Así lo hicieron ambos prosiguiendo su camino en paz y gracia de Dios como dicen los campesinos, cuando al poco trecho andado vieron venir por el camino otra recua de traginantes que al cruzarse se dieron los buenos dias; pero cuando aquellos dejaron atras á nuestro abuelo y nieto, aquel que tenia á pesar de su edad bien fino el oido oyó decir: está bien que ese viejo taimado vaya tan arrellanado en el mulo, y el pobre chico no endurecido aun en el trabajo vaya siguiendolo á pié. Oir esta censura el buen viejo, detener el mulo y hacer que á las ancas montase el muchacho, fué cosa de un momento. De este modo dijo el abuelo al nieto, los que encontremos ya no tendrian motivo para criticar que uno de nosotros vaya montado y el otro andando.

Pero se engañaba, pues no habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se dibujaron en el camino las siluetas de otra recua. Era ya de dia, y al emparejar unos y otros caminantes se hicieron la ordinaria salutacion deseandose feliz viaje; pero al separarse oyó murmurar el viejo, y que criticaban que los dos fuesen montados, tanto mas cuanto el mulo decian era viejo y cojo, y no podia soportar la doble carga. Incómodo el abuelo de oir tan contrarios pareceres, paró el mulo, se bajó de él, ordenando á su nieto que tambien lo hiciese, pues de este modo ~~(ya bastaba)~~. ~~tendria motivo para criticar~~) no tendrian motivo para criticar los que en adelante se encontrasen; y puesto que ya distaban poco de la capital, ambos llegarian á pié á ella sin temor de verse censurados. Nueva equivocacion del anciano que á pesar de los muchos años que habia vivido, ignoraba sin duda que los hombres siempre reprueban lo que ven, y su propension es constantemente aprobar lo contrario.

El sol de Julio derramaba ya sus ardorosos rayos por la campiña de Jaen, siendo cada vez mas calurosa la temperatura anunciando un dia de fuego. Hé aquí nuevos pasajeros con quienes se cruzan en el camino; se saludan prosiguiendo unos y otros su marcha en sentido contrario, pero no sin que uno de aquellos deje de prorrumpir en una ruidosa carcajada, diciendo á sus camaradas ¡habrá un par de majaderos semejantes, que con el calor que hace van los dos á pie, mientras llevan por delante el mulo sin carga alguna!...

Atolondrado el viejo y cansado ya de su manía de evitar la crítica de los demas que tanto había temido hasta allí, dijo al nieto: sirvanos de leccion lo ocurrido y de hoy en adelante hagamos lo que mejor nos convenga sin hacer caso de lo que digan.

Calleja y Callejon.

En otra ocasion nuestro maestro Papabarbas preguntandole los ociosos que se complacian con su eterna charla, la esplicacion de la frase tan estendida de _se sabe quién es Calleja_, al punto respondió con el disparatado cuento siguiente:

Han de saber ustedes que en cierto pueblo de Andalucia cuyo nombre no hace al caso, vivian dos honrados labradores compadres por mas señas, á los que además de este lazo espiritual, unia una antigua y sincera amistad que cada dia se aumentaba mas al compás que sus análogos sufrimientos subian de punto; pues así como la prosperidad suele relajar en los hombres los dulces lazos del cariño y amistad, á la vez las comunes desgracias los aprietan y estrechan. Llamabase el uno de ellos Calleja y el otro Callejon, y sus disgustos y sufrimientos tenian por causa el encontrarse (los) uno y otro casados, pero no con mugeres mas ó menos buenas y amables, pues ya sabemos el antiguo y cierto epigrama que dice:

Y muger jamas espero,
encontrar sin tacha humana;
Esa tiene su manzana
las demas tienen su _pero_...

sino con dos furias que no podian sufrir, pues ambas eran maliciosas, soberbias, derrochadoras, embusteras, chismosas, desconfiadas, coléricas, presumidas, y de tan mal caracter que todo el mundo huia de ellas, menos los pobres maridos que por su malaventura tenian que aguantarlas. Estos desgraciados compadres no tenian mas solaz y pasatiempo que juntarse alguna que otra vez en secreto, huyendo de sus mugeres, para contarse mutuamente sus pesares y sufrimientos. Como buenos cristianos y vecinos, cada uno aconsejaba al otro la paciencia y re-

siguacion de que tanta necesidad tenian ambos; siendo su único consuelo de que acaso la edad corrigiese al cabo las malas mañas de aquellas dos harpias. Uno de estos secretos coloquios, que por lo regular amenizaban ambos compadres echandose al coleto algunos vasos de buen vino, pues estos eran sus únicos goces, se prolongó una noche algunas que lo acostumbrado, y animados uno y otro con las libaciones que hacian al dios Baco, se enardecieron las cabezas, y Callejon en un arranque de buen humor dijo á Calleja: compadre nos encontramos yá en los lindes de la vejez, y esto unido á los berrinches y sofocones que cada dia nos dan nuestras mugeres, que en vez de disminuir van al contrario aumentando, me ha hecho pensar várias veces que los años de vida que nos quedan, deben ser muy pocos. Yo en verdad no temo á la muerte, pues ella me librará para siempre de la tirania de mí muger; pero sin embargo tiemblo al pensar en la cuenta que nos pediran allá arriba, que como dice nuestro señor Cura será muy estrecha y delgada. Pensando en esto se me ha ocurrido una idea que es la siguiente: ambos tenemos que morirnos, y si no es á la par, uno ha de preceder al otro en viaje tan largo: ¿no podiamos hacer un pacto entre ambos, que consista en que el que muera primero vuelva acá abajo y cuente al que sobreviva como le vá por allá arriba? Callejon apuró de un sorbo un buen vaso de vino antes de contestar, imitando á su compadre, que no habia dejado mientras hablaba de refundar el pasaporte, como se dice entre bebedores, y poniendo su vaso en la mesa, y limpiadose (quadruple) los labios, y sacado que hubo de un canuto de hojadelata un torso de tabaco negro para hacer un cigarro, contestó reposadamente: las misma ideas que á usted se me han ocurrido várias veces á mí, y conforme en un todo con su decir creo muy bien pensado que el que de nosotros sobreviva vuelva á este picaro mundo á contar al otro como le vá allá en lo alto. Luego convenido y prestemos ambos el juramento de cumplir nuestra promesa. Como buenos amigos y bebedores llenaron ambos

sus vasos, y algo chispos los amigos, dandose las manos y prometiendose mutuamente cumplir lo pactado.

Retiraronse tarde, y el bueno de Callejon al entrar en su casa recelosa del recibimiento que le haria su cara mitad por su tardanza, la encontró segun costumbre hecha una furia vomitando su viperina lengua las mas atroces injurias é insultandolo terriblemente hasta el extremo que el pacientisimo marido tomó tal berrinche que de allí á los pocos dias se murió, y por supuesto lo enterraron.

El compadre Calleja cuando supo tan fatal nueva se entristeció en sumo grado, pero recordando la promesa que mutuamente se habian hecho, esperó con cierto temor si el difunto la cumpliria. Este no faltó á su palabra, y á la noche del dia siguiente al de su fallecimiento, allá á las doce, hora convenida para que duendes, fantasmas, y aparecidos hagan su exhibicion, el compadre Calleja vió que su alcoba se inundó de luz, y que rodeado de llamas y envuelto en su sudario se le apareció su amigo Callejon. Temblaba Calleja de miedo, pero aquel lo tranquilizó diciendole, nada temas. En cumplimiento de nuestro juramento vengo á darte cuenta de lo que allá arriba sucede. Apenas llegué á las puertas del cielo llamé temblando, se abrió un ventanillo y por él sacó la cabeza San Pedro, que sin duda estaria mal humorado, pues me preguntó muy hosco: ¿ quien eres y que quieres ? Soy le respondí el buen Callejon, y quiero entrar en el reino de los cielos. ¿ Y cuales son tus méritos ? me dijo. A lo que le respondí: señor, he sido un hombre honrado, he cumplido con mis deberes de buen cristiano, y aparte de algunos pecadillos, como el de empinar alguna que otra vez el codo, cosa de que no debeis admiraros, pues segun cuentan, tambien trincabais vos, cuando andabais por el mundo, no tengo de que acusarme, sino de la continua desesperacion en que he vivido durante mas de treinta años; pues mi negra estrella hizo que me casase con una muger que á fuerza de disgustos me ha acarreado al fin la muerte... cortó á seguida á San Pe-

dió el modo como mi muger se portaba conmigo, refiriendole alguno de los lances desagradables que sin duda no debieron sorprenderlo si se atiende á que tambien su muger, de quienes hablan los evangelios, no de-bió ser muy santa, cuando no ha logrado que la canonicen, + sujeto en aquellos siglos en que hasta los ladrones fueron hechos santos. Mis penas y sufrimientos debieron enternecerlo, puesto que desarrugó el entrecejo, descorrió un enorme cerrojo, abrió la puerta y me dijo: entra, pues un hombre que durante mas de treinta años ha sufrido lo que tú, y no se ha ahorcado, bien merece entrar en la gloria que mi + divino maestro prometió á los pacientes y sufridos. Entré pues con el regocijo que puedes imaginarte, y á seguida (~~[illegible]~~) pedí permiso, que me concedieron, para venir á contarte mi (~~dicha~~) buena suerte, con la condicion de que te exigiese que mandes á decir unas cuantas misas por las almas del purgatorio del que me he librado, y como no debo permanecer sino unos pocos instantes en este pícaro mundo, cumplida mi promesa te dejo en paz. Dijo y desapareció el compadre Callejon, quedando sumida en la oscuridad la alcoba de Calleja, que no pudo por menos de envidiar la suerte y ventura de su amigo que ya disfrutaba en el cielo (~~la~~) el premio de su paciencia y longanimidad en haber sufrido el pésimo caracter de su iracunda y endiablada muger. Cumplió por supuesto el encargo que se hizo de mandar ~~decir~~ sendas misas por el alma de las animas del purgatorio, no imitando la conducta de aquel sacristan al que otro aparecido hizo igual encargo, y que contestó sarcasticamente; pues como individuo de la iglesia conocia el pié de + que esta cojea, traeme al punto igual número de pesetas al de misas que deseas se digan, y tu encargo lo verás cumplido.

Pasaron algunos meses, siendo + le atormentado sin descanso por su muger el compadre Calleja, que así como los siervos de Dios se complacen y bendicen los trabajos que el cielo les proporciona, pidiendo fervorosamente que vayan en aumento, pues son meritos para

alcanzar la bienaventuranza, él á su vez se regocijaba con lo que le hacía sufrir aquella furia, pues veía en esto nuevos méritos que alegar ante San Pedro. El destino hizo que aquella muger endemoniada muriese casi repentinamente de un ataque cerebral que contrajo en un acceso de ira, por lo que el buen Callejas quedó viudo y en paz y tranquilo. Vino el invierno y con él las noches frias en las que aquel se revolvia en su cama; y si bien no echaba de menos á su muger, sin embargo no se sentia bien del todo; sin duda le hacia falta el que lo calentasen. Una de dichas noches se puso á recordar su vida anterior, evocó la memoria de su difunto compadre, sintió á la vez su aislamiento en la cama, y no pudiendo conciliar el sueño hacia en su mente los siguientes comentarios:: ya voi á viejo, tengo la esperanza de haber ganado el cielo como mi difunto compadre, pues si su muger era mala, la mia fué mucho peor. Tranquilo sobre ese punto no veo ningun inconveniente en pasar á segundas nupcias, pues una de dos: si mi futura es muger buena y de bello caracter, los pocos años que me queden de vida los pasaré en paz y contento, no teniendo el disgusto de verme en perpetua conversacion con la almohada, frio y desabrigado: si al contrario la muger con la que comparta el lecho es de tan mala indole como la que he perdido, lo que no es probable pues dudo halla en el mundo muger mas mala que aquella, en tal caso se aumentaran mis méritos, y San Pedro se apresurará á abrirme las puertas del cielo.

Dicho y hecho el compadre Callejas se volvió á casar y lo que fué mayor disparate, con una moruela que le hizo pagar bien caro el yerro que cometen los hombres entrados en años que se enlazan con jovenes, esto es; que vió adornada su frente no con aureola de plata como las que ponen á los Santos, sino de la materia de que antiguamente se fabricaban los tinteros, siendo tal su desventura que si su primera mitad habia sido perversa, la segunda fué peor, pues

lo que al año ó poco mas de haber celebrado su segundo matrimonio, no pudiendo sufrir mas murió el pobre ~~(Callejon)~~ hombre; y siguiendo el mismo itinerario de su compadre Callejon llegó á las puertas del cielo, llamó, se abrió el ventanillo, sacó por el su calva cabeza San Pedro, y como de costumbre le hizo las preguntas de ordenanza, esto es, quien era y que queria. El difunto Calleja le informó de sus deseos que eran los de entrar en el cielo, y como méritos para conseguirlo le hizo una relacion exacta de lo mucho que le habia hecho sufrir en el mundo su primera muger, y que si esta habia sido mala la segunda ~~muger~~ fué mucho peor. Al oir San Pedro esto de segunda muger, dió al pobre Calleja con el ventanillo en los hocicos diciendole airado: necio tan rematado, que no habiendole servido de escarmiento los disgustos que le proporcionó su primera esposa se volvió á casar, no merece entrar en el Reino de Dios.

Desconsolado Calleja y sin saber que hacer, anduvo por mucho tiempo errante por aquellos alrededores, viendo con envidia que á cada momento llamaban á la puerta, se abria el ventanillo, despues se oía descorrer el cerrojo, y un nuevo elegido entraba en el cielo. Pero en esto debió de acontecer algo grave, pues se oía como ~~murmullo~~ ruido, voces descompuestas y movimientos tumultuosos, habiendo callado los coros de angeles, arcangeles, serafines, querubines, potestades y dominaciones, cuya salmodia habia resonado hasta allí por los resquicios de la puerta. Calleja ignoraba á que se debia aquel tumulto en tan celestial mansion; pero pronto salió de sus dudas al notar que una religiosa se acercó á la puerta, llamó repetidas veces, pues tardaban en responder, y al fin apareció San Pedro por el ventanillo, muy mal humorado, preguntando quien era: soy una esposa de Cristo le contestó... pero aquel que por los muchos años de ejercicio habia contraido sin duda todo el mal humor, despotismo y groseria peculiares de los porteros, le atajó la frase diciendola: para esposas ni esposos de Cristo estamos, cuando el Papa

representante de Dios allá en la tierra acaba de ser desposeido de su poder temporal, por esos herejes garibaldinos que envié al infierno, y se retiró dejando sumida en el mayor desconsuelo á la pobre monja. Al poco suena el trote de un jamelgo, y montado en él aparece un militar que con el cuento de su honra llama á la puerta del cielo, y al presentarse San Pedro, y hacerle la consabida pregunta ~~[illegible]~~ el soldado respondió: soy un Zuavo pontificio que acaba de morir defendiendo los sagrados derechos de nuestro Santo Padre. No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando San Pedro sin mas informes, abrió de par en par las puertas de los cielos para dar paso al Zuavo y su cabalgadura, lo que extrañó algun tanto Callejas, si bien reflexionó que hallaríanse sin duda en el cielo el caballo blanco que montaba Santiago cuando bajaba á pelear por nosotros en contra de los moros, la sierpe de San Jorge, los leones de San Marcos y San Gerónimo y otros varios animales, con mas no debia de chocar. Al mismo tiempo concibió la idea de engañar á San Pedro jugándole una treta basada en lo prevenido que le habia visto al oir que se trataba de un Zuavo pontificio al que nada habia preguntado, y ni siquiera lo habia examinado como cumple á un portero receloso, y que consistió en lo siguiente: llama con fuerza otra vez, y al asomarse San Pedro le dijo, soy un guardia noble de nuestro Santo Padre que acaba de morir peleando en su defensa. Al punto oye descorrer el cerrojo y dar vuelta á la llave, y no bien se habia abierto la puerta del todo, cuando nuestro compadre se precipita dentro echando á correr, no pudiendo que San Pedro conociera el engaño, y allá fué á buscar á Callejas diciendo para sí: <u>¡Sépase quien es Callejas!</u>

¿Porqué el saludo de los perros consiste en olerse lo que se tapan con el rabo?

Pues que tan curiosos sois, decia nuestro barbero enjabonando á un parroquiano, que deseais que os esplique la causa de que los perros de todas castas y tamaños, siempre que se encuentran han de saludarse oliendose mutuamente el agujero que se tapan con el rabo, y que sin duda no debe exalar perfume agradable al olfato, saludo igual en todos ellos, en lo que es en verdad se diferencian de los hombres pues estos, unos como los europeos, nos saludamos dandonos un apreton de manos, los árabes se saludan besandose las barbas, los kamulcas frotandose las narices y aun entre los salvajes y otras naciones se ven saludos aun mas estraños que seria ocioso repetir, os diré pues el origen de tan general uso perruno.

Sabeis que por desgracia suya, cuando el instinto genérico vence á los canes de distinto sexo, si sucumben á la tentacion y satisfacen sus deseos, se encuentran tan ligados el perro y la perra, que por algun tiempo parecen dos presidiarios que unidos á una cadena espian el delito que juntos cometieron. Esta ~~propiedad~~ particularidad que solo se observa en los perros, y que como decia un viejo mordaz, si se hubiera estendido al hombre, las uniones amorosas de apetito no tendrian lugar, por lo que nuestro festivo Iglesias en un dia de Medellin no hubiera sin duda dicho:

Doila encabertome
muchacha de tal gracia
que sin querer lo pone.

Pues bien todos hemos observado lo caro que cuesta á los perros el instinto que los fuerza á reproducirse, pues los resultados son bastante graves, viendose apedreados de los muchachos, apaleados de los animales de dos pies, mordidos por algun otro can celoso, y sin poder huir ni defenderse de estas acometidas, saliendo á la postre ambos amantes con sendas contusio—

nes, rasguños y heridas, y no pocas veces con alguna pata rota. Cuestion tan grave hizo reflexionar siempre á los perros doctos para haber de ponerle remedio: pero asi como nuestros profundos políticos por fortuna de ellos y desgracia de nosotros, nunca hallan el medio de atenuar los males que nos originan nuestros gobernantes, los canes tampoco á pesar de sus elucubraciones encontraron medio de sustraerse á los daños que tanto les hace sufrir. En esto llegó hasta ellos la noticia de que los perros de la China habian sabido librarse de padecer por esta causa vejamen alguno. Tan sorprendente nueva llamó la atencion como no podia por menos de todos los canes de España; y despues de várias reuniones perrunas en las que se discutió asunto de tamaña importancia, y en las que los grandes oradores pronunciaron fogosos ladridos, sosteniendo cada cual su opinion en la cuestion que se ventilaba y para cuya resolucion ninguno estaba de acuerdo con los demas, lo que no debe ciertamente sorprendernos, y menos tratandose de perros, puesto que á nuestros hombres reunidos en Congresos y Academias les sucede otro tanto; al fin los que menos habian ladrado resolvieron la dificultad aconsejando que lo mas acertado seria nombrar una comision de ochenta perros que sacrificandose por el bien de la casta se trasladaran al Celeste Imperio, y allí inquirieran de sus compañeros el medio que habian adoptado para librarse de las fatales consecuencias á que los exponia sus ayuntamientos. Como esta comision, aunque honorífica, era gratuita y muy expuesta á percances, pues la China está lejos, y en los caminos que tenian que recorrer y rios que atravesar, se sufririan no pocos peligros y privaciones, en el nombramiento de los que habian de componerla no sucedió lo que se vió entre nosotros cuando años atras se nombró otra para ir á Italia á traernos un rey, en que faltó poco para que los padres de la pátria anduviesen á tinteravazos, para lograr ser elegidos. Es verdad que la diferencia era enorme: los perros nombrados solo esperaban sufrir hambre, sed, cansancio y los peligros de una marcha larga llevada á

~~(cada)~~ cabo por cada individuo sobre sus cuatro patas: á la vez quelos que fueron á Itália que no está tan lejos, eran ampliamente remunerados, caminaban en ferrocarril por tierra y en lujosos vapores por el mar, saboreando soberbios banquetes; y ademas de la satisfaccion de sacrificarse de este modo en bien del pais, tenian la esperanza de obtener empleos lucrativos y otros intringulis. Pero volvamos á los perros: convenidos en el número, ya no alborotaron tanto con sus ladridos los canes oradores para la eleccion, y asi como entre nosotros sucede, aquellos que mas amaban el porvenir y bien estar de su cara persona, se ofrecieron gustosos á sacrificarse si necesario fuere en bien de sus semejantes: sublime abnegacion que fué acogida con alegres gruñidos por los perros oradores, que como el patron de estraña embarcaban gente para ellos quedarse en tierra. En fin, entre fieros mastines, galgos corredores, bravos podencos, ágiles lebreles, terribles alanos y otros perrazos de fuerza y talla, se cubrió el cupo de ochenta, número designado; y con alegres ladridos de faldeillos de damiselas, gorques de salon y otras castas que sin peligro alguno para sus perrunas personas, esperaban saborear el fruto del desinteres ageno, emprendió la comision su viaje.

La China como hemos dicho está muy lejos, y no pudiendo los delegados perrunos embarcarse, se vieron en la necesidad de hacer el viaje por tierra, teniendo que atravesar la Francia, la Alemania y Polonia hasta llegar á Rusia, que recorrieron hasta la Siberia, y desde aquí segun se supo despues, por Kiakhta entraron en la China, sin sufrir por supuesto el severo registro de los aduaneros de la frontera. Seria interminable el relato de las fatigas que sufrieron en tan dilatado camino nuestros valerosos perros, teniendo que atravesar interminables estepas sin encontrar que comer sino los despojos de algun caballo ó buey muerto, franquear altas cordilleras cubiertas de eternas nieves, y pasar á nado anchos y caudalosos rios; pero como todos ellos eran robustos jovenes y vigorosos, ninguno sucumbió en el camino, siendo en esto mas

afortunados que los que fueron por el borrachón de domesticador, que dejaron en su expedición al veterano cazador, que no contando con sus muchos años, y sí con el deseo de querer figurar en todo, se quedó por allá.

Como dejamos dicho, nuestros perros llegaron á la China, y allí se pusieron en inteligencia con el can de un mandarín, tan inteligente y sabio como su amo, y que les dijo ser verdad que sus camaradas chinos habían encontrado el medio de evitar el quedarse fuertemente ligados verificado el acto genésico. Esto no debe sorprendernos, pues sabemos que los chinos se han adelantado á los europeos en el descubrimiento de la imprenta, de la pólvora, de la brújula, de la vacuna y de otras muchas cosas que después han pasado entre nosotros por modernas invenciones: por lo tanto no es de extrañar que los perros de la China se hayan anticipado á los canes de Europa, en encontrar el modo de sustraerse á los continuos ultrajes que sufren en calles y callejuelas. Pero es el caso que el medio era complicado y no fácil de conservarlo en la memoria, por lo cual de común acuerdo se convino en que se escribiera la receta en un papirus, á lo que se prestó de buen grado el can del mandarín, y traerla á España.

Así se hizo; pero como aquellos animalitos no tenían donde llevar la tal receta, pues en la boca les hubiera incomodado, tomando el ejemplo de algunos presidiarios que saben ocultar muy bién objetos que les está severamente prohibido, metiéndoselos en cierta parte oculta de su cuerpo, enrollaron cuidadosamente el papirus, y el perro de mas talla se lo introdujo ó por mejor decir se lo introdujeron por el ano en el conducto intestinal. Allí lo consideraron convenientemente seguro ~~preservado~~ y libre de cualquier accidente.

Cumplida su misión, dispusieron regresar á España, alegres por el buen éxito que habían obtenido, pensando seguir el mismo itinerario que habían traido. Pero los pobres canes que hicieron su viaje en el verano, no tuvieron en cuenta que su vuelta iba á verificarse en el invierno, lo que la hacía mucho mas penosa y difícil. Esta imprevisión tampoco tiene nada

BIBL… GRANADA

~~[illegible]~~ de particular, y mas tratandose de perros, + pues ~~cuando~~ hemos visto que el gran Napoleon cayó en el mismo error cuando invadió la Rusia, lo que en verdad costó el pellejo á millares de hombres; pero al darse vida por aquel déspota, debieron quedar bastante satisfechos. En fin nuestros perros tomaron la vuelta á España, pero al recorrer la Siberia sufrieron lo que no puede imaginarse, y lo que fué mucho peor, al atravesar un anchuroso rio, no se sabe si el Jenisea, el Angara ó el Lena, la violencia de la corriente fué tal que se vieron arrastrados por las aguas. Salvaronse milagrosamente unos cuantos, diez ó doce, que por mas que buscaron á sus camaradas de comision no pudieron dar con ellos, y lo mas triste del caso fué que uno de los perros desaparecidos era el que llevaba la receta en el [illegible] ga-[illegible]do. No pudiendo permanecer en China tanto tiempo, tuvieron que abandonar las investigaciones, y rabo entre piernas volvieron á España, dando cuenta á los demas perros de todo lo que les habia sucedido, por lo que recibieron un millon de gracias; pero no habiendo erario público perruno, no pudieron concederseles pension ni premio de ninguna clase como es costumbre entre los hombres, aunque los agraciados por lo regular son siempre los que menos han hecho.

...niseá, Angara
...na, Oby

No faltó quien fuera de parecer que se encargase algun can docto de hacer la historia de esta célebre expedicion; pero como los perros hasta ahora no han aprendido á escribir, esta idea se quedó en proyecto, lo que es de lamentar, pues algun can que no hubiera salido de casa de su amo, y de consiguiente no hubiera arrostrado los trabajos y peligros de tan largo viaje, se hubiera encargado en describirlo, en cuyo caso no es dudoso que hubiera alcanzado fama y dinero, como entre nosotros alcanzó el sabio y aprovechado Alarcon, con su historia de la Guerra de Africa, campaña por cierto tan provechosa para la nacion, como la expedicion perruna á la China.

Como no constaba de un modo cierto y evidente la muerte del perro portador de la receta, y como lo último que se pierde entre los hombres y

sin duda entre los perros es la esperanza, los cuales todavía la tienen esperando la vuelta de aquel tan deseado perro. Y para cerciorarse, siempre que se encuentran dos de ellos de cualquier clase, sexo y casta, lo primero que hacen es oler mutuamente el culo... perdonarme, caballero, añadió el barbero, ha sido un lapsus linguae, pues debí decir el ano. Aunque una y otra parte indica lo mismo, sin embargo la segunda sin saber porqué no es tan disonante como la primera. Esta inspección, y de tan recio paraje (~~[illegible]~~) tiene el objeto de enterarse ~~[illegible]~~ por el olfato, si aquel perro es por ventura el portador de la tan deseada receta. Y si se objeta que parecía racional que después de tanto tiempo transcurrido, deberían ya haber perdido los perros la esperanza, diré que esta persistencia nada tiene de extraño, y tratándose de perros mucho menos, pues vemos una raza de hombres, por cierto todos muy astutos, y no pocos de ellos sumamente sabios, que después de diez y nueve siglos, aun conservan la esperanza de que vendrá su suspirado Mesías á remediar los males que los afligen.

Noche toledana.

Ordinariamente se dá este nombre á la que se pasa sin dormir. Pero yo, decia nuestro barbero, voy á relatar la que cierto quidam pasó en Toledo y pecó de lo contrario, esto es, de dormir demasiado.

En el siglo pasado habia en Madrid una grande señora; esto nada tiene de particular, pues en la córte siempre ha habido y habrá señoras grandes, en varios y distintos sentidos; la de que tratamos era grande en aristocracia y en otras y distintas cosas, la que poseedora de muchos bienes, entre ellos contaba un productivo cigarral ó huerta en Toledo en las margenes del famoso Tajo, que tenia dado en arriendo á un viejo y ladino castellano, que por desgracia, debido á su mucha familia y malas cosechas, se descuidaba algun tanto en pagar las rentas, por lo que la dueña determinó desposeerlo de la finca, cuyo deshaucio segun contrato debia tener lugar lo mas tarde el último dia de Diciembre; y para llevar á cabo este deseo, determinó que autorizado con poderes competentes marchase á Toledo su mayordomo y además ayuda de cámara, jóven vizcaino mofletudo, rollizo y bien mozo, al que su señora solia emplear en varios asuntos, y aun se murmuraba que en algunos íntimos que se relacionaban con secretos de alcoba; seguramente murmuraciones de lacayos ociosos y bien mantenidos.

Como la naturaleza avara, al que prodiga los dones físicos por lo general escatima los intelectuales, el tal mayordomo no era muy aviado, teniendo más de un pelo de tonto. Para cumplir las ordenes de su señora dos dias antes del último de Diciembre montado en una mula andadora convenientemente enjaezada, salió de la coronada villa, y tomó el camino de la ciudad imperial, pues en aquel tiempo no habia ni ferrocarriles ni aun carreteras, teniendo que hacerse á lomo todos los viajes que se emprendian. Molido y asenderea-

do el mayordomo ó ayuda de cámara de la señora; despues de una caminata de nueve leguas llegó á Toledo, y aun tuvo que prolongar su camino hasta dar con el cigarral en las orillas del Tajo. Llegó por fin á él, sorprendiendo con su visita al descuidado arrendatario, que previó la causa de su venida que era sin duda precursora de su ruina. Pero allá en sus adentros, ya que otro medio no le quedaba, para evitar el golpe que le amenazaba, apeló á la astucia. Desde luego recibió al improvisado huesped con el mas risueño semblante, le tuvo el estribo para que se apease, y mientras que un hijo suyo llevó la mula á la cuadra ordenandole la diera un buen pienso, hizo que otra hija suya trajese un refrigerio al vizcaino, consistente en el renombrado mazapan de Toledo y en una botella de escelente vino de Esquivias. La solemne cara del enviado, que preveia no ser recibido con tanta cordialidad, se desarrugó, sintiendo allá en sus adentros ser el encargado para dar tan mal rato á un hombre tan obsequioso.

La noche habia cerrado, y el ladino hortelano prolongó la conversacion con su no esperado huesped, preguntandole por la salud de la escelentisima señora y noticias de la corte, pues no existiendo aun lo que ahora se llama el cuarto poder del Estado, las nuevas mas importantes solo se sabian en provincias por la relacion de algun transeunte que viniese de Madrid. El mayordomo molido y cansado daba muestras de desear que la cena estuviese preparada cuanto antes para recogerse y descansar. Pero el astuto arrendatario se hacia el desentendido, si bien avivaba á su familia para que pusiesen la mesa, entreteniendo entre tanto al huesped, al que decia con frecuencia que en tierra de Toledo era necesario acostarse tarde pues las noches eran allí muy largas, especialmente largas en el invierno, y contandole al mismo tiempo algunos chistes que le hacian reir. Por fin allá á las diez sirvieron la mesa, abundante en manjares cuya vista alegró al vizcaino que era algo gloton. El hortelano le hacia comer de todos los

platos, remojándolos con sendos tragos, y prolongando cuanto pudo, pues importaba á sus intentos, tan opípara cena, ahuyentando el sueño de su huesped merced á su mucha charla. Por último á la media noche, vió ser imposible prolongar mas la conversacion, por lo que alumbrando con una palmatoria al bueno del mayordomo, lo condujo á un cuarto en el que se hallaba dispuesta una mullida cama, y deseandole un buen sueño le dió las buenas noches, repitiendole que las de Toledo eran bien largas; y que si algo se le ofrecia á la cabecera del lecho habia un grueso garrote, con el que golpeando el pavimento sería oido, y acudiria á ver lo que deseaba, pues los llamadores y timbres aun no se conocian en los cigarrales de Toledo.

No bien el cansado mayordomo se acostó cuando se durmió profundamente gracias á lo incómodo de la caminata, á la abundante cena que le habian servido, y á las repetidas veces que el hortelano le habia obligado á levantar el codo. De un tiron durmió diez horas, por lo que despertó allá á las once de la mañana del siguiente dia; se desperezó, se encontró bien, y como reinaba en toda la casa el silencio mas profundo, y la oscuridad mas completa, creyó que aun no habia amanecido, por lo que se volvió del otro lado y reconcilió por segunda vez el sueño. Pasadas como unas dos horas ~~[illegible]~~ despertó de nuevo, siendo ya la una de la tarde. Incorporose en la cama ~~[illegible]~~ conociendo que habia dormido bastante, quizas demasiado; pero viendose en la misma oscuridad, y no sintiendo el mas pequeño ruido, se determinó á valerse del garrote para llamar al amo, pues á su juicio debia ya ser bien entrado el dia; pero como no tenia reloj, pues en aquella época los de bolsillo eran muy raros, no pudo cerciorarse de la hora que era. Llamó pues, y á poco oyó ruido de cerrojos que se descorrian, y de puertas que se abrian, y al fin se presentó el hortelano con gorro de dormir y alumbrandose con una palmatoria, diciendo: ¿ que es eso, señor mayordomo, le ha ocurrido algo á su ~~[illegible]~~ merced? Nada, pues me encuentro perfectamente, y me maravilla que segun veo, aun no haya a-

manecido, contestó el mayordomo, á lo que replicó el arrendatario: ¿no le dije á su merced que aquí en tierra de Toledo son las noches muy largas? Abríguese su merced que hace mucho frio y pudiera acatarrarse en estas crudas noches de invierno: voy á traer á su merced un refrigerio, pues siendo tan largas las noches, bueno es confortar el estómago para esperar el dia. Dijo y salió de la habitacion entrando á poco con una bandeja bien provista, vaso y la correspondiente botella, á todo lo cual tiró bonito el huesped. Tomado este refrigerio, el patron se despidió, cerró cuidadosamente la puerta, volviendo á encargar á su huesped que se arropase bien y se entregase al sueño hasta que amaneciese, que en Toledo era bastante tarde.

Volvió el mayordomo á rebujarse en la cama, y aun cuando ya habia dormido mas que demasiado, con todo los vapores del vino y lo confortable de los bizcochos, le hicieron dormirse de nuevo, pero con un sueño agitado é ~~[illegible]~~ intranquilo como debe suponerse despues de haber dormido durante mas de catorce horas; al fin despertó, y aun cuando los tontos duermen mucho y les gusta el sueño con todo por el pesado de cabeza que sentia conoció era ya hora de levantarse; pero como no oia ruido alguno en la casa, ni veia luz por rendija alguna, volvió á empuñar el garrote llamando por segunda vez. Vuelta á oir descorrer cerrojos y abrir puertas, presentandose á poco el patron con su gorro de dormir y alumbrandose con su palmatoria. ¿Que se le ha ofrecido á su merced, dijo al entrar? ¿Que se me ha de ofrecer, contestó el mayordomo sino preguntar si ha amanecido, pues sin duda debe ser ya mas de mediodia, y el asunto que me ha traido es necesario quede despachado hoy mismo? ¡Quia! replicó el taimado toledano, ni en ocho horas amanece todavía. ¿No le tengo dicho á su merced que aquí en esta tierra son muy largas las noches? Y para que su merced se convenza, asómese á esa ventana, pero muy abrigado pues pudiera constiparse, y verá su merced las estrellas. En efecto siendo ya mas de las seis de

la tarde del dia siguiente al de la llegada al cigarral del borrachon del mayordomo, saltó este de la cama, se asomó al postigo que en el pasillo inmediato abrió el hortelano, y vió las estrellas pues ya era anochecido. Con burlona risa cerró el patron la ventana, se despidió de su huesped; y se ensanchó su animo viendo que el plazo para poder ser despedido del cigarral habia espirado, por lo que se fué tranquilo á su habitacion, no sin quitar antes todas las cortinas y paños que durante el dia habia impedido que entrase resplandor alguno ni se oyese ruido del espacio que pudiera llegar á los oidos de su huesped. Acostose sin cuidado riyendose de la segunda mala noche que debería pasar el señor mayordomo, pues no amaneciendo hasta las siete de la mañana, tiempo tendria este de dar vueltas en la cama.

En efecto el burlado mayordomo, cansado de estar echado se levantó paseando el cuarto, asomandose de rato en rato á la ventana, esperando con ansiedad la venida del dia. El tiempo se le hizo insoportable, y poco le faltó para desesperarse maldiciendo su viaje y las noches de Toledo. Por fin amaneció, y tan pronto como vió la claridad, salió de la habitacion, bajó á tientas las escaleras, sacó la mula de la cuadra y se puso á ensillarla, cuando se presentó el hortelano que le dijo: ¿que es esto? ¿donde vá su merced tan temprano? Espere su merced que se levante la familia y nos dé de almorzar. Ni un instante mas contestó el amostazado mayordomo estoy en esta maldita tierra. Temo que anochezca segunda vez, por lo que á buen paso me voy; y montando en la mula, sin acordarse siquiera el objeto que allí lo habia llevado, la espoleó y desapareció. El ladino castellano se rió con sus amigos del lance, y del miedo del mayordomo de pasar otra noche en el cigarral que le evitó el hacerle ver que el plazo para poder ser despedido habia ya espirado, y descuidado ya al menos por aquel año, no pudo por menos de soltar la carcajada recordando las treinta mortales horas que habia hecho dormir al mayordomo.

Cuando este llegó á Madrid refirió lo que le había sucedido, y por los días de la semana corrió la burla de que había sido víctima. Todos no pudieron por menos de reirse á su costa, inclusa su egregia ama, que no volvió á encomendarle comisiones de esta clase, y menos para tierra de Toledo en donde en verdad le habían hecho pasar una noche toledana.

El santo de Cherin.

Cherin es un lugar de la Alpujarra inmediato á Ujíjar y situado como esta villa en una amena llanura, lo que forma escepcion en aquel áspero y montuoso territorio. Como todas las poblaciones chicas y grandes, este pequeño pueblo, que en la época á que nos referimos contaría algunos doscientos vecinos, tiene su santo patron, que es San Bartolomé, que se venera en la iglesia de aquel lugar, y cuya fiesta se celebra el 24 de Agosto, dia en que acuden allí en romería gran número de familias de los pueblos cercanos atraidos por los buenos melones y sandías que ya están maduros, y se crian en gran cantidad en aquellas ramblas, y para pasar un dia de jolgorio, riyendose á costa de los Cherineros, que á decir verdad no poseen tanta astucia y sagacidad como los demas alpujarreños. En efecto los romeros se burlaban con censurable irreligiosidad del padre cura, que en los tiempos aquellos era un eclesiastico gordo como un cerdo [lechon] bien cebado (disimulese la comparacion en gracia de su exactitud), colorado como un tomate, y que hacia notable contraste con su sacristan, viejo apergaminado, derecho como un junco, de largas zancas y que parecia un mirique, y aun no esceptuaban de su crítica mordaz al mismo Santo cuya festividad se celebraba, y que por una rareza inesplicable y grotesca, tenian la costumbre de envolverlo hasta el cuello con ramos de albahaca, de tal modo que la imagen del buen apostol parecia un inmenso haz de yerba ~~[illegible]~~ colocado en posicion vertical.

Celebrada la funcion de iglesia, que los mas de los asistentes no veian por su gran número y pequeñez del templo, si bien desde lejos podian contemplar al Santo pues medía mas tres varas de alto desde la peana hasta la aureola de albahaca con la que tambien adornaban su cabeza, siendo tan estraño atavío objeto de burla mas que de devocion, se esparcian despues por aquellas ramblas á atracarse de melones y sandías y comer ademas lo que cada cual llevaba, pues en tan reducido pueblo ni habia albergue para tanto bullon ni comestibles para saciar su voracidad.

A la tarde, despues de la bullanguera procesion en que era llevado el Santo por ocho cofrades que conducian las andas, tal era el peso de la imagen, cubriéndose aquellas también de sendos ramos de albahaca, cada familia aparejaba sus mulos ó borricos, y despidiéndose del cura, del sacristan y del atalage del Santo ~~[illegible]~~ tomaban el camino de sus casas alegres y regocijados de haber pasado un dia divertido á costa de los Cheimeneses, muy engreidos y ufanos al ver su humilde lugar tan concurrido, y que en su ignorancia creian ser esto debido á la admiracion que á todos causaba lo voluminoso del santo y el atalage con que lo adornaban, por lo que cada año se proponian para el siguiente aumentar los ramos de albahaca; y algun cofrade fué de parecer que ellos mismos debian cubrirse de manojos de aquella olorosa yerba con lo que llamarian mas la atencion de tanto forastero.

Pero sucedió que un dia sacudiendo el sacristan el polvo al Santo, se encontró con que la polilla habia causado en la imagen tanto destrozo que amenazaba convertirse toda en serrin de madera. Alarmado corrió presuroso á dar esta mala nueva al cura cara de tomate, que despues de un detenido exámen del coloso apostol, se convenció de la imperiosa necesidad que habia de mandar fabricar otro santo, cuanto mas pronto mejor. Los vecinos del pueblo, como en tal caso sucede, todos se apresuraron á contribuir con su óbolo para que se enmendase tamaña desgracia. Llamaron un artífice que despues de registrar al San Bartolomé, declaró que excepto la cabeza, lo restante del cuerpo estaba próximo á convertirse en polvo; por lo que le encargaron que á la mayor brevedad posible fabricase otra imagen igual en tamaño y si era posible algo mayor, que la que habia destruido la maldita polilla, que no respeta ni aun á los santos, cuando estos son de madera. Pero el San Bartolomé era tan colosal, que no sería facil ~~[illegible]~~ hallar un tronco de donde sacarlo; pues aun cuando no lejos de allí se encontraban castaños y nogales bien grandes por cierto, estos corpulentos árboles crecian en la tierra, y el tran-

parte sería además de costoso muy difícil.

Este grave asunto traía preocupado al cura y sus feligreses, cuando el sacristán dió la noticia de que la tia Perejila dueña de una vetusta casa, tenía en el corral un antiguo naranjo de tan grueso y prolongado tronco, que muy bien se podía hacer de él un nuevo San Bartolomé tan alto como el antiguo. Fueron á ver el añoso árbol, y el escultor tomadas las medidas, dijo que en efecto podía aprovecharse aquel grueso tronco. El cura entró en tratos con la tia Perejila, que como ladina alpujarreña vió en esto un buen negocio para hacerse pagar á buen precio el naranjo de su propiedad, el que por viejo ú otras causas que se ignoran nunca había echado fruto y sólo servía de sombra. Hecho el ajuste, primero el hacha y después los instrumentos del artífice hicieron lo demás y al cabo de unos cuantos meses la nueva imagen del San Bartolomé quedó concluida, pintada y barnizada con grande alegría y contento del buen cura y sus feligreses que con orgullo lo llevaron á la Iglesia, pues si el apolillado santo tenía tres varas de alto, el recien fabricado le excedía en más de un palmo. Los vecinos de Cherin como se vé tenían el decidido empeño de poseer un San Bartolomé gigante ~~[illegible]~~ anteponiendo el tamaño á la delicadeza de la escultura.

Todos fueron á adorar la nueva imagen, entre ellos la tia Perejila dueña del naranjo de cuyo tronco la habían fabricado, y que contrita y algun tanto burlona, se hincaba de rodillas, y señalándose en la frente decía sotto voce:

Naranjo que en mi corral
nunca naranjas te vís
los milagros que tú hagas
que me los claven aquí.

Y aquí daba fin el cuento. Pero es de advertir que nuestro rapa-barbas, ó como decía el festivo Quevedo, tundidor de mejillas y sastre de bigotes, aprovechaba la ocasión para referirnos, de que se encontrase en la

tienda alguno de aquellos sujetos que por desgracia tanto abundan en la sociedad, conocidos de todos por su escasa bondad y sobra de egoismo, los que por nada ni por nadie prestan servicio alguno á sus semejantes, ni dan jamás una limosna al mendigo, ni socorren necesidad alguna; siendo su código de moral que solo se debe prestar... paciencia; dar... los buenos dias; convidar... á misa; y protejerse... así mismo. Cuando las circunstancias favorecia á nuestro maligno barbero, acompañaba sus palabras con la mímica mas maliciosa que le era posible, tanto que ninguno de sus oyentes dejaba de conocer á donde se dirijian sus disparos, provocando la risa de todos los concurrentes. Y aun se dió el caso en que el aludido no pudo por menos de incomodarse, aumentando con esto las carcajadas de todos, y la mordaz malicia del narrador, que afilando con cachaza sus navajas, solia disculparse con soma, contestando satiricamente que su intento no era el de ofender á nadie y mucho menos á aquel sujeto, cuyas acciones de desinteres y bondad, y recalcaba las palabras, eran tan públicas y notorias en toda la poblacion. Con esto aumentaba la hilaridad general.

El gorro de dormir del Cura de Urda.

Cuando en nuestro desgraciado país reinaba Carlos Quinto, que á la vez era Emperador de Alemania, al que todas las historias dan el sobrenombre de Grande, debido sin duda á sus continuadas guerras siempre emprendidas con el deseo de ensanchar su poder y sus estados á fuerza de conquistas, que tan caras cuestan á los conquistadores y á los conquistados, y que con sobra de verdad dió origen al dístico siguiente:

¡Oh mundo falso, de maldades lleno!
¡Robar es malo, y conquistar es bueno!

cuyas campañas coronadas con célebres victorias, y no pocas derrotas en los que perdieron la vida miles de españoles, encontrandose sus huesos esparcidos por toda Europa, principiando por cierto en esta época la ruina y despoblacion de nuestro país, que si bien es cierto que durante más de un siglo dió la ley al mundo, no lo es menos que perdimos nuestras libertades, nuestros fueros y veneranbas leyes, entronizandose entre nosotros un feroz despotismo que aun no hemos podido desarraigar, pues todavia nos subyuga y seguirá imperando en tanto que no cortemos el mal de raiz....
Pero veo que me estravio de mi propósito, que es solo la narracion del gorro de dormir que usaba al acostarse un señor Cura, por lo que dejando á un lado disquisiciones impropias de un ignorante barbero, diré que durante una de las estancias que hizo aquel héroe en España, para descansar y distraerse de los arduos negocios de Estado, dispuso se celebrase una caceria en los Montes de Toledo, enmarañada sierra abrigo de fieras de cuatro patas y no pocas de dos, pues en aquellas espesas y despobladas selvas, se abrigaban y escondian no pocos malhechores ápesar de los Cuadrilleros de la Santa Hermandad, institucion algo parecida á la de la Guardia Civil de nuestros dias, y de la que sus biógrafos dicen que es continuacion; pues sin duda en su afan de dar el

prestigio de la antigüedad á tan benemérito cuerpo (cuerpo han olvidado el dicho de Cervantes, cuando don Quijote apostrofaba á los de la Santa Hermandad, llamandolos con todo descaro cuadrilleros ó ladrones en cuadrilla.... Advierto que de nuevo me voy estraviando, por lo que vuelvo á la caceria que en tan intrincados Montes celebraba el hijo del rayo de la guerra como le apellida el mismo Cervantes, acompañado de los Grandes de España, cuya altivez domada por el brazo de hierro del tan famoso Cardenal Jimenez de Cisneros, de Señores de horca y cuchillo, se iban convirtiendo en palaciegos y aduladores del Soberano; siendo un alto honor para ellos el ejercer las funciones de criados en el alcazar de nuestros reyes, perdidas en un todo su antigua soberbia y preponderancia; justa humillacion á su errada politica de ponerse de parte del trono contra el pueblo cuando este defendia sus libertades, fueros y derechos. De aquí que nobleza y pueblo pronto se vieron supeditados al soberano, convirtiendose los soberbios ricos-homes de Castilla y proceres de Aragon, en humildes servidores de la institucion real; y el valiente y honrado pueblo en esclavo sin derechos ni libertad alguna.... Por tercera vez noto que me estravío, y con propósito de no hacerlo la cuarta, diré que en lo mas recio de tan famosa caceria el Emperador acompañado de un Grande, dió en perseguir un bravo jabalí, separandose de sus monteros que dejó atrás, y despues de vertiginosa carrera, perdió la pista de la pieza, y lo que fué peor, se estravió en aquellas intrincadas maleras. Hizo alto, imitandolo su acompañante, y por mas que ambos aguzaron el oido, ni trompas, ni ruido de las traillas percibieron; y no pudiendo orientarse, pues los altos, copudos y espesos robles y encinas, apenas dejaban ver en algunos claros el cielo, siguieron á la ventura sin poder dar con la régia comitiva de la que se habian separado. En esto llegó la noche, pues ya habian pasado los tiempos en que el sol se detenia para dar lugar á que los grandes capitanes antes de oscurecer dieran fin y rema-

te á sus empresas. Entretanto el Emperador prosigió caminando entre espesos jarales seguido del (su acompañante el) Grande de España, ambos mal humorados por su extravío, y dudando que deberían hacer, cuando observaron que el bosque se iba aclarando, y allá á lo lejos vieron brillar varias luces, que les dió á entender que sin duda habia allí una poblacion, y como es consiguiente á ella dirigieron sus cansadas cabalgaduras en busca de hospitalidad. En efecto se hallaban en las inmediaciones de Lloda, pueblo habitado en su mayoria por toscos y pobres carboneros, que tan mala fama le habia de dar siglos despues, nuestro tan fecundo novelista como soñador de disparates, Fernandez y Gonzalez. Al llegar á las primeras casas, el Emperador ~~dijo~~ á su acompañante que para evitar que el respeto debido á su persona fuera causa de que en vez de descansar, lo moliesen con cumplimientos y ridículas ceremonias, sería prudente guardasen ambos el incognito, diciendo eran dos nobles de la Corte que ~~[illegible]~~ acompañaban al Emperador en la cacería, y que habian tenido la desgracia de estraviarse. Respecto á albergue en que pasar la noche, el Grande de España fué de opinion que lo mas acertado sería irse derechos casa del Cura, que como el principal del pueblo, habitaría la mas cómoda casa, y probablemente allí hallarían sino delicada, abundante cena y regular lecho en que reposar.

Así lo hicieron, siendo cortesmente recibidos por el buen eclesiástico, que los tomó como le dijeron por dos caballeros estraviados de la comitiva del señor Emperador. El Cura era un anciano de rostro afable, frente despejada, mirar sereno, y que no demostró turbacion alguna al recibir en su casa á nuestros estraviados cazadores, á los que trató con el respeto debido, sin pasarle por las mientes que uno de ellos era nada menos que el Gran Carlos Quinto Rey de España y Emperador invicto de Alemania; y hecho cargo de lo muy fatigados que se hallaban, espoleó al paje y al ama para que cuanto antes sirvieran la cena, y dispusieran dos camas en una alcoba inme-

diata á la que él ocupaba, donde ambos nobles reposaren: añadiendo con galantería que aun cuando su voluntad para servir y obsequiar á tan nobles huespedes, era mucha, sin embargo le faltaban los médios para conseguirlo, pues un pobre Cura de aldea carece de un palacio de que disponer y demas objetos necesarios, no pudiendo ofrecerles mas que humildes, pero aseados lechos, y una cena abundante sí, añadió el buen clérigo, pero de alimentos que carecerian de la delicadeza de los que se usan en la Corte, por lo que anticipadamente les pedia y esperaba toda su indulgencia.

Servida la cena se sentaron á la mesa los incógnitos huespedes, y el bueno del Cura que les invitó á comer de un sustancioso gigote de liebre, perdices en escabeche, asado de carnero, confituras y postres; por lo que se vé que aunque se hubiera añadido algo á lo ordinario por la presencia de los dos nobles, nuestro padre de almas no se daba mal trato. El Emperador, al que la larga caminata, lo mismo que á su acompañante habia abierto el apetito, hizo honor á todos los platos, comiendo, sino en calidad, en cantidad mayor que la que acostumbraba á hacer en su soberbio y suntuoso alcazar. Un vino añejo del que el Cura hacia frecuentes libaciones, procurando al mismo tiempo que se hallasen siempre llenos los vasos de sus huespedes, alegró á todos y desató la lengua de aquel, que preguntó que nuevas habia de la Corte. El Grande de España le contestó, pues el Emperador guardaba su natural reserva, y el Cura que sin duda era algun tanto preguntón, insinuó en su deseo de averiguar lo que se hablaba de guerras y conquistas; lamentandose al mismo tiempo de los despilfarros del Gobierno, lo recargados (~~[illegible]~~) que se hallaban los pueblos de tributos y la mala administracion de la Hacienda; achaques por desgracia como se vé, muy antiguos en nuestro país. El acompañante del Emperador hizo ademan de poner coto á la charla ~~[illegible]~~ algun tanto irrespetuosa del Cura de Urda, pero á una seña de Carlos Quinto se contuvo; y este trató de explorar las opiniones

de aquel, asintiendo por maravillado á lo que decia, y alentandolo á que hablase, pues reconoció en lo que decia un juicio recto, mucho patriotismo y deseos de que mejorase la dura condicion del pueblo. El Cura no se mordió la lengua, y expuso con bastante claridad los males que se notaban, partiendo del supuesto de que su magestad el Emperador tenia malos consejeros, de los que era la culpa de todo, no de su imperial persona, á la que aquellos ocultaban la verdad.

Como se vé, y por desgracia ha llegado hasta nuestros dias, el pueblo en su buena fé é ignorancia ha creido siempre impecables á sus monarcas, atribuyendo todas las desgracias que sufre el pais á los malos gobernantes, como si estos no fueran nombrados y sostenidos en sus puestos por el soberano. Y si bien estos en aquella época merecian en algo tanto disculpas, puesto que rodeados siempre de viles aduladores y corrompidos palaciegos, les era en ocasiones dificil descubrir y conocer la verdad, en el dia no existe esta atenuacion, puesto que la lectura en todas circunstancias y casos de la prensa de oposicion, aunque á veces exagerada y apasionada en su crítica, con todo siempre refleja el estado de la opinion, y aun cuando como de costumbre se la amordace, y la tribuna permanezca muda, no por esto deja de transpirar los deseos y necesidades del pais, anunciando las catástrofes que contenidas por mas ó menos tiempo, al fin estallan. Pero los reyes salen del apuro cuando ven que la cosa vá de veras, con manifiestos como aquel de marras que principiaba, si mal no recuerdo con estas palabras: *Españoles: una série de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros, introduciendo entre el pueblo y el trono absurdas desconfianzas...* ¡y los cándidos españoles creyeron en las palabras y promesas de su augusta soberana!.. que tan luego como halló ocasion propicia los ametralló sin piedad, reincidiendo como todos sabemos por nuestra desgracia en la série de deplorables equivocaciones, las que no tendrán fin sea cualquiera la persona que ocupe el trono.

mientras el pueblo no se atreva á hacerse justicia, teniendo muy presente en la memoria, aquellos admirables versos que el inspirado Quintana puso algunos siglos despues en boca del mismo Carlos Quinto:

¡Oh míseros humanos!
Si vosotros no haceis vuestra ventura
¿La lograreis jamás de los tiranos?

Pero veo que por cuarta vez me estravío, por lo que volviendo á la cena que el párroco de Uclés, sin conocer á sus huespedes dió al Emperador y al noble que lo acompañaba, diré que los tres se levantaron complacidos de la mesa, dirigiendose nuestros incognitos caballeros á la alcoba donde tenian dispuestos los lechos que habian de ocupar, admirando el procer castellano la longanimidad y paciencia del Emperador que habia escuchado impasible la filípica del cura que en su juicio habia demostrado no poco atrevimiento. Todos se acostaron, y los incognitos huespedes oyeron con estrañeza que el buen eclesiástico llamó al paje y le dijo: muchacho esta noche traete tres gorros de dormir, el mio de siempre y otros dos para esos caballeros.

De allí á poco el rapazuelo volvió con una bandeja, en la que habia tres grandes vasos de vino aromatizado con canela y endulzado con azucar, llevando el suyo al cura que lo despachó de un trago, y los dos restantes á los caballeros, á cada uno el suyo, que á invitacion del cura y bajo la palabra de este que aseguró que bebiendolos reconciliarian un buen sueño los apuraron tambien, no pareciendoles mal los gorros que para dormir acostumbraba á usar aquel eclesiástico. Y en efecto tanto el Emperador como su acompañante se durmieron profundamente.

Apenas clareó el dia se vió invadido el pueblo por multitud de Grandes y pequeños, monteros, cazadores, ballesteros, traillas de perros, resonando las trompas de caza, el piafar de los caballos, el ladrido de los canes, y el grito de multitud de cortesanos, que venian en busca del Emperador, guiados por alguno que les habia dicho que en la no—

che anterior dos personajes de la Córte habian llegado á Ueda buscando albergue, alojandose en la casa del señor Luna. A tan infernal ruido despertó este y todos los suyos, quedando atónitos y pasmados al enterarse de tamaña novedad, temblando de piés á cabeza cuando se cercioraron que uno de los huespedes de la noche anterior era nada menos que la sacra magestad cesarea en carne y hueso, á que habian tratado si con respeto, pero tambien con alguna llaneza. El pobre Luna al recordar lo suelto que habia andado de lengua, pues llevado de su patriotismo y deseo del bien del pais, habia criticado al gobierno y los palaciegos, hubiera deseado en aquellos instantes hallarse siete estados bajo tierra, pues temía el enojo del Emperador; y el menor castigo que esperaba era verse encerrado por toda su vida en el alcazar de Segovia, prision de Estado en aquellos tiempos. En ninguna ocasion mejor pudo repetir y aplicarse á sí mismo aquel famoso dístico de Quevedo, si bien es el caso que este mordaz poeta no lo habia aun compuesto, por la sencilla razon de que aun no habia venido al mundo, y que años despues dijo:

¡Siempre se ha de sentir lo que se dice!
¡Nunca se ha de decir lo que se siente!

Tranquilizose algun tanto cuando vió aparecer la noble figura del Emperador, que lo recibió con afabilidad, no permitiendo que se arrodillase para besarle la mano, antes bien levantandolo le dió dos golpecitos en el hombro, diciendole entre risueño y severo: no olvidaré dos cosas: la primera la epelente noche que me habeis hecho pasar vuestro gorro de dormir; y la segunda vuestra crítica de mi Gobierno, que tendré en cuenta para poner remedio á los abusos que me habeis hecho presente; y en vista de vuestras sanas ideas y acrisolado patriotismo, la primera canongia que vaque en el Cabildo de Toledo se proveerá en vos. Despidió á un anchas el atribulado Luna deshaciendose en disculpas por la llaneza con que habia tratado á su magestad

imperial y real, que seguido de sus cortesanos, y aclamado por todos los habitantes de Ucda, que jamás habian visto que un rey los visitase, y probablemente ningun otro volverá á aquel poblacho de carboneros, salió de él á continuar su cacería.

Al cabo de algun tiempo el Cura logró la canongía prometida, pero los abusos del Gobierno, como siempre sucede no se corrigieron, siguiendo los flamencos esplotando el país y enriqueciendose á su costa; tanto que estraido casi todo el oro de España, que pasaba á Flandes, dió lugar á que cuando algun ducado de oro caia en manos de un español, lo miraba como cosa rara, se quitaba el bonete, y le saludaba diciendo: _salveos Dios, ducado de á dos, que monsieur de Devres no topó con vos._

Sin duda el Emperador distraido por sus continuas guerras, olvidó las quejas del Cura, que eran las de la nacion entera; si bien recordó mas de una vez en su agitada vida y en las muchas campañas que emprendió, la escelente noche y el apacible sueño que le proporcionó el Gorro de dormir del Cura de Ucda.

No hay que molestarse, pues yo me bajaré

En aquel tiempo en que no se conocian los ferrocarriles ni las carreteras, en que no se habia inventado el telégrafo, y aun cuando existia el correo, este caminaba por lo regular con la velocidad de un borrico, pues recuerdo que en mi juventud una carta desde Granada á Barcelona gastaba una semana en llegar á su destino; de modo que si se contestaba á correo seguido, á los quince dias se tenia la respuesta, existia para casos urgentes un tipo especial, cual eran los andarines, esto es, hombres que á pié caminaban mas que una caballería, habiendo alguno de ellos dotados de tan flexibles piernas que andaban quince y aun veinte leguas al dia y sin detenerse hasta llegar á su destino. En las ocasiones apuradas en que un particular se veia en la necesidad de trasmitir velozmente una noticia, ó dar un aviso, se servia en vez del correo, de un andarin, que desempeñaba con la mayor rapidez el encargo.

En cierta ocasion un sujeto echó mano de uno de estos, dandole la comicion de que á la mayor brevedad llevase un pliego á una poblacion distante, y trajese la respuesta. El andarin provisto de sus alforjas, de su garrote y del calzado especial que usaba en tales casos, se puso en camino, y en la tarde del segundo dia, cuando ya llevaba andadas mas de treinta leguas entró en un ventorrillo á llenar la bota que habia dejado vacia, y sin mas detenerse prosiguió su caminata. El ventero, curioso como todos ellos, interin medía el vino, le preguntó donde iba y que comicion llevaba; y satisfecha su curiosidad quiso en pago darle un buen consejo, cual fué, que seria muy prudente que no pasara adelante, pues la noche iba á cerrar, y segun el itinerario que llevaba tendria durante ella que atravesar un bosque vecino, en el que si bien creia no seria robado, pues hacia pocos dias que habian

x dispersado

x una partida de bandoleros que en él se abrigaban, habiendo hecho justicia con algunos ahorcandolos, con todo, de no tomar su consejo de pasar la noche en el ventorrillo y salir al dia siguiente, iba á correr un peligro mayor que el de ser robado, pues eran tan numerosos los lobos que habia en el bosque, que sin duda se veria acometido de ellos y correria el peligro de ser devorado. El andarin le dió las gracias por sus consejos pero de ningun modo quiso detenerse, pues habia ofrecido al sujeto á quien servia, que á la tarde del siguiente dia deberia sin falta entregar el pliego de que era portador. El ventero no insistió, pues de hacerlo acaso creeria el andarin que su objeto era el lucro que podria dejarle el pasar la noche en su posada, pero si le reiteró que al atravesar el bosque caminase con mucha cautela.

Emprendió de nuevo el andarin su caminata, entró resuelto en el bosque ya cerrada la noche y conforme iba internandose en él, principió á oir ahullidos en todas direcciones, viendo agitarse la maleza y brillar en la oscuridad puntos relucientes que se iban acercando hacia él y cuyo número crecia cada vez mas, hasta el extremo que aunque no era muy medroso, se le pusieron los pelos de punta, pues se vió rodeado de una manada de furiosos y hambrientos lobos, cuyas relucientes pupilas al traves de los jarales se fijaban con insistencia en él. Temiendo ser acometido y devorado, pues no tenia mas armas que el garrote para defenderse, se acogió á una corpulenta encina y con la agilidad de un mono trepó á las primeras ramas. Ya era tiempo, pues al subirse á ella, una de aquellas fieras le dió tal zarpazo que si le alcanza hubiera concluido desastrosamente su viaje. Encaramado en la colosal encina, y no creyendose aun seguro en las primeras ramas, se subió á las mas altas desde donde vió que mas de veinte lobos iban y venian rodeando el tronco del árbol, dando ahullidos y saltos con objeto sin duda de echarle las garras al andarin y cenarselo. Bien sabia este que tan malvado intento no podian lograrlo, pero para mas seguridad, y evitar que si (se durmiera) mudaba de postura

x ó bien se dormia

x pudiera caerse, si bien el miedo ahuyentaba su [illegible]

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

descinó la faja, y con ella él mismo, despues de tomar la postura mas có-
moda, se ató sólidamente á una rama. Desde este improvisado ob-
servatorio veia la furia de los lobos, que no se alejaban del árbol apesar de
las voces que daba para ahuyentarlos. Entonces conoció el sano consejo del
ventero, y lo cuerdo que hubiera sido el seguirlo, pues su viaje de uno
ú otro modo se veia retrasado en una noche, y hubiera sido mejor y mas có-
modo pasarla en la posada, y nó encaramado como águila en un árbol, y
vigilado por tan poco amables huespedes.

Haciendo estas reflexiones vió relucir de pronto y allá á lo lejos multitud
de luces que se movian y que se iban acercando al paraje del bosque en que
se hallaba. Se aproximaban lentamente, pero siempre avanzando en la mis-
ma direccion, distinguiendo á poco que era como una procesion de hombres
provisto cada uno de su correspondiente hacha de viento; y ya á menos
distancia llegó á sus oidos una salmodia fúnebre, pues oyó que cantaban
el: Requiem æternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis...
por lo que no le quedó duda que aquello era un entierro, corroborandolo
ya mas cerca la vista de un negro estandarte, de un ataud que condu-
cian cuatro hombres y que se encontraba vacío, la cruz parroquial, várias
curas con sobrepellices, distinguiendo además la vara de un alcalde que
en aquella época era un baston de dos varas y media de largo, sin duda
para que visto desde muy lejos todos se apresurasen á respetar la auto-
ridad del que lo llevaba, y hacer de este modo imposibles ó muy raros los
casos de desacato, tan frecuentes en nuestros dias, debidos quizás á la
pequeñez de los bastones ó á la malicia y soberbia de las personas que
los llevan; que bien pudiera ser lo segundo mas que lo primero, añadia
nuestro mordaz rapabarbas.

El andarín se deshacia en conjeturas, no atinando la causa que moti-
vaba un entierro á altas horas de la noche, ni adonde iban por el difunto, y atravesando un bosque espeso
y solitario de los que tantos existian en aquella época en nuestro pais en que
no habia ni Direccion de Montes, ni ingenieros agrónomos, ni guardas forestales,

ni pesitos, y sin embargo faltando tantos empleados habia montes; y ahora gracias á tantos funcionarios para cuatro diablos, los montes van desapareciendo. Es verdad que entonces, aunque se conocia la plaga de oruga y otros insectos que destruyen las hojas de los árboles, no existia la otra clase de orugas de dos pies que tala los troncos, siendo muy raros los comedores de pinos y toda clase de arbolado, que tanto abundan en nuestros dias, testigos los pinares de Cuenca, los de Soria, Sierra Segura y otros muchos mas que pudieran citarse. Pero volvamos, decia nuestro sempiterno hablador, al andarin cuya estrañeza subió de punto cuando vió que directamente se dirigió la comitiva que formaba el entierro á la misma encina á la que se habia acogido huyendo de los lobos, los que habian desaparecido al ver las luces y tanta gente. Pararon delante del árbol, y no es decible el terror de nuestro hombre, cuando oyó al alcalde decir con tono de autoridad: que suban dos y lo bajen. Ya no dudó el andarin que se trataba de él, ~~[illegible]~~ y que sin duda se proponian enterrarlo, cuando se hallaba vivo y solo muerto de miedo, sin atinar la causa de la desgracia que presagiaba; y para demostrar que se hallaba vivo y muy vivo, al mandato del alcalde respondió con toda la fuerza de sus pulmones: <u>no hay que molestarse, que yo me bajaré</u>... Grande fué su asombro al ver que apenas habia pronunciado estas palabras, la procesion se disolvió, echando todos á correr en distintas direcciones, inclusos el grave alcalde y los curas, que en los jarales se les enredaban las hopalandas, por lo que se arremangaron las sotanas para huir mas de prisa.

Todo el bosque volvió á su antigua oscuridad, y nuestro andarin sin atinar ni la razon de venir sin duda por él y querer enterrarlo, ni la causa del miedo que á sus palabras los habia sobrecogido. En esto vino el dia, y entonces todo se lo esplicó, hasta la insistencia de los lobos en rondar la encina, pues al bajarse de ella, vió que de una de sus ramas pendia el cadaver de un ahorcado, que sin duda seria uno de los malhechores

que el ventero le dijo que habian sido ajusticiados, y que como se sabe se exponian sus cadaveres en los caminos para escarmiento, y miedo mas bien de los transeuntes. Los del pueblo inmediato habian venido para darle sepultura; y al querer descolgarlo, oyendo las voces del andarin que les dijo que no se incomodaran que él se bajaría, como campesinos supersticiosos creyeron que el ahorcado les habia contestado, apoderandose de todos ellos un terror tal, que los puso en completa dispersion huyendo apresuradamente.

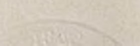
Y esta era la verdad; y como el andarin prosiguió su camino dando gracias á Dios cuando se vió fuera del bosque, y sin cuidarse de averiguar el pueblo de donde habia salido el entierro que tal susto le dió, y desengaño á los supersticiosos que tan de prisa habian huido, es fama en el mismo, trasmitida de padres á hijos, que al ir á descolgar para ~~[illegible]~~ darle sepultura el cuerpo de un ajusticiado este no tuvo por conveniente acceder á ello, y así lo expresó con tremendas voces, huyendo despavoridos los que iban á cumplir con aquella obra de misericórdia; suceso ~~[illegible]~~ verdadero é indiscutible, pues habian sido testigos de él todos los hermanos de ánimas de aquel tiempo, los mismos señores curas y el respetable alcalde; que por mas que se habian devanado los sesos, no pudieron atinar con la causa de porqué el ahorcado no quiso ser enterrado sino algunos dias despues, cuando ya casi se lo habian comido los gusanos y los buitres.

Una respetable matrona del lugar en aquel tiempo, beata de las mas asiduas á la iglesia, sin que su reconocida y pública devocion se opusiera á que ejerciese en ciertos casos funciones de hechicera, y aun de alcahueta, fué la que resolvió todas las dudas, asegurando que el cadaver del bandido no se habia dejado enterrar, pues tenia que cumplir antes vários encargos por orden de Satanás.

Indice

1. Ocios de un solteron. — 5
2. El fantasma. Publicado — 7.
3. Los tres golpes á media noche. id. — 24
4. Los milagros de un Reverendo. id. — 30
5. Convicto, confeso, y sin embargo inocente. id. — 45
6. La tia Marisanchez. — 54
7. Un cadaver convertido en onzas de oro. publicado — 63
8. El fraile que engañó al diablo. id. — 82
9. El muerto que salia de su sepulcro á sacudirse la mortaja. id — 95
10. San Eufrasio y sus tres diablos. id — 105
11. Marido cuya mujer era bruja sin el saberlo. id — 108
12. Los cabrones del Señor Cura. id — 123
13. Los terremotos de Granada. id. — 136
14. Robo á un Canonigo, id. — 148
15. El lego que fué á geringar y salió geringado. — 156
16. Aventuras de algunos ovejeros en las Alpujarras. — 162
17. Un infanticidio en Bubion. — 180
18. Un barbero hablador. + — 186
19. El que no te conozca que te compre. + — 187
20. Dios te la depare buena. + — 193.
21. Eres tan goloso como el paje que ponia huevos. + — 195
22. Condicion y figura hasta la sepultura. + — 198
23. Hagamos lo que nos conviniere sin hacer caso de lo que digeren. + — 208
24. Calleja y Callejon. + — 211
25. ¿Porqué el saludo de los perros consiste en olerse lo que se tapan con el rabo? × — 218
26. Noche toledana. + — 224
27. El santo de Cherin. + — 230
28. El gorro de dormir del Cura de Ucela. + — 234
29. No hay que molestarse, pues yo me cagaré. + — 242

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA



juicio oral por delito de robo.

Figuraban entre los jurados el doctor Medinaveitia y el concejal Carretero, ambos afiliados al partido socialista, y como se negaran á jurar por Dios, alegando no poder violentar sus creencias y añadiendo que jurarían por su honor, la presidencia les impuso á cada uno cincuenta pesetas de multa, amenazándoles también con pasar el tanto de culpa al juzgado.

Carretero manifestó que en otra ocasión semejante un presidente le admitió el juramento de honor.

La presidencia insistió en su determinación, diciendo que la ley obliga á jurar por Dios.

A poco de registrarse este incidente, se repitió con Perezagua, concejal socialista también, que figuraba como testigo, el cual se negó lo mismo á jurar por Dios.

Medinaveitia y Carretero se retiraron, siendo sustituídos por jurados suplentes.

EL LIBERAL *en Bilbao.*

PARIS

PELLETAN

Es el hombre del día; pero es el hombre del día *malgré lui*. Los periódicos, y no sólo los franceses, sino los ingleses, los alemanes, los italianos, hablan de él á diario y dicen, unánimemente, con una uniformidad ya monótona, con una insistencia antes nunca vista, las más crueles cosas. «Si, lo que Dios no quiera —escribe un marino inglés—la guerra estallara entre la Gran Bretaña y Francia, ésta no podría acariciar la más lejana esperanza de triunfo, pues las economías de hombres, de carbón, de material de toda especie han anemiado en estos dos últimos años su marina.» Y otro oficial, también extranjero, exclama: «La presencia de Pelletan en el mi-

CIENCIA
SOCIAL

Caja
2
66